

NOVELA

OMAR GIRALDO GIRALDO

UNA BELLA PROVINCIA TROPICAL

“Esta obra literaria recoge apasionantes aventuras de un inquieto personaje latinoamericano, elocuentemente narradas por él mismo desde los misteriosos espacios de la Eternidad”.

ÁNGEL ZULUAGA G.
(Educador colombiano – Español y literatura)

DEDICATORIA

A la venerable memoria de mis
abuelos y mis padres; a mis hermanos;
a mi esposa y a mis hijos.
A todos ellos, mi profunda gratitud
porque me dispensaron, en forma
permanente, el cariño y el apoyo
necesarios para recorrer con fe y con
decisión, el difícil camino de la vida.

(O.G.G.)

*La presente novela está basada en hechos reales.
Sin embargo, algunos de los episodios narrados
en ella, y la mayoría de los nombres, son ficticios.*

“Una novela no es historia”
CHANG CHU-KUN

Copyright © 2022 – J. Omar Giraldo Giraldo
Reservados todos los derechos. Se prohíbe, bajo
las sanciones legales pertinentes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio,
sin permiso del autor.

Editor: J. Omar Giraldo Giraldo
Correo electrónico: ogiraldogiraldo@gmail.com
Bogotá, D.C. (Colombia)

Asesoría Editorial:
María Elena Giraldo Palacio

Coordinadora Editorial:
Claudia Patricia Arias Giraldo

Diseño de Portada:
Jenny Paola Giraldo Loaiza
Foto: Cortesía de la Federación Nacional de
Cafeteros de Colombia - Ministerio de Cultura
(Paisaje Cultural Cafetero - PCC) - UNESCO
Fotógrafo: David Bonilla Abreo.

Diagramación y Armada Electrónica:
Jairo Andrés Beltrán
Correo electrónico: anbilli@gmail.com

Impreso y encuadernado en Colombia por:
Autores Editores S.A.S.
Dirección: diagonal 36 Bis No. 20 – 70
(La Soledad)
Bogotá, D.C. Colombia
www.autoreseditores.com

Primera Edición: 25 de marzo de 2022
ISBN: 978-958-49-5257-8

“Hay momentos de gran belleza en un cafetal. Cuando florecía la plantación al principio de las lluvias, había una visión radiante (...). Cuando los frutos maduros enrojecían el campo, todas las mujeres y niños, a los que denominaban Totos, eran llamados para recoger el café de las plantas, junto con los hombres; luego los carros y carretas llevaban el café hasta la factoría cercana al río”.

ISAK DINESEN (KAREN BLIXEN)

Dinamarca (1885-1962)

“Memorias de África”

RBA-Editores (Barcelona), 1993.

CONTENIDO

<i>Dedicatoria</i>		5
PRÓLOGO		11
<u>CAPÍTULO I</u>	<i>Casa Paterna</i>	13
<u>CAPÍTULO II</u>	<i>La cosecha de café</i>	23
<u>CAPÍTULO III</u>	<i>La nueva vivienda</i>	33
<u>CAPÍTULO IV</u>	<i>Los pesados fardos de mi infancia</i>	39
<u>CAPÍTULO V</u>	<i>Dos accidentes domésticos y un grave siniestro</i>	45
<u>CAPÍTULO VI</u>	<i>Episodios escolares</i>	49
<u>CAPÍTULO VII</u>	<i>El maleficio</i>	55
<u>CAPÍTULO VIII</u>	<i>Primeras experiencias laborales</i>	61
<u>CAPÍTULO IX</u>	<i>Costumbres de La Ceiba</i>	65
<u>CAPÍTULO X</u>	<i>Bardos populares</i>	75
<u>CAPÍTULO XI</u>	<i>Otras facetas provincianas</i>	83
<u>CAPÍTULO XII</u>	<i>Problemas de orden público</i>	91
<u>CAPÍTULO XIII</u>	<i>Viaje a Sandoval</i>	97
<u>CAPÍTULO XIV</u>	<i>El hospital y el memorial</i>	101

<u>CAPÍTULO XV</u>	<i>Discordias y querellas</i>	107
<u>CAPÍTULO XVI</u>	<i>Bochica y algunos incidentes memorables</i>	113
<u>CAPÍTULO XVII</u>	<i>Un infausto suceso familiar</i>	123
<u>CAPÍTULO XVIII</u>	<i>Recuerdos del Caribe</i>	127
<u>CAPÍTULO XIX</u>	<i>Un país en guerra</i>	133
<u>CAPÍTULO XX</u>	<i>Romances de Samuel</i>	141
<u>CAPÍTULO XXI</u>	<i>Otras revelaciones</i>	153
<u>CAPÍTULO XXII</u>	<i>Suceso inesperado</i>	157
<u>APÉNDICE No 1</u>	<i>Tres cuentos colombianos</i>	161
<u>APÉNDICE No 2</u>	<i>Temas infantiles</i>	177

PRÓLOGO

No puede desconocerse que la presente obra, constituye un valioso aporte a la narrativa hispanoamericana, no solo por su gran valor sociológico, sino también, por sus grandes méritos literarios, los cuales se revelan desde el momento en que se inicia la lectura, y se conservan, invariablemente, hasta el final, convirtiéndose su texto en un valioso instrumento de cultura y de sana distracción.

El autor ha querido reflejar en estas páginas, diversas facetas de su itinerario vital, utilizando el recurso de la ficción, en una forma bastante amena y dentro de un estricto orden cronológico, creando, así, una novela que no solo será muy llamativa para el público lector, sino que habrá de contribuir al análisis de nuestro carácter latinoamericano, y particularmente, de las costumbres y creencias propias de la zona tropical del continente.

Respecto a su trama, podemos decir que Samuel, protagonista de la obra, fallece en forma inesperada, a consecuencia de un accidente de tránsito ocurrido en la ciudad de Bochica, Capital de la Re-

pública Andina del Norte. Un tiempo después, su espíritu le hace un emotivo relato autobiográfico a uno de sus amigos, de nombre Gregorio, cuando éste se encuentra disfrutando de un sueño plácido y profundo.

Luego, Gregorio procede a plasmar estas revelaciones en un libro que, finalmente, refleja, con especial precisión y lucidez los distintos episodios de la vida de Samuel, incluyendo muchos incidentes sociales y políticos de su país natal, el cual afrontó graves problemas de orden comunitario y enfrentamientos bélicos de gran complejidad, todo lo cual ha quedado maravillosamente consignado por petición expresa del extinto.

Se trata, entonces, de un magnífico trabajo, como corresponde a un consagrado escritor que ejerció la docencia y el periodismo durante muchos años en Colombia, su país, y que fue asesor en este último aspecto, de instituciones internacionales, como USAID y Winrock International.

El buen estilo, el cuidadoso manejo del idioma y las notables capacidades narrativas que se observan en la obra, son factores que, seguramente, le granjearán una entusiasta acogida en los círculos culturales de la exigente sociedad contemporánea, tanto a escala regional, como global, en una época de excepcional integración, merced a los portentosos avances de las comunicaciones y de los recursos electrónicos en las diversas naciones del Planeta.

OMAIRA BETANCUR GÓMEZ
Docente (Área de Español y Literatura)
Licenciada - Universidad de San Buenaventura
Medellín (Colombia)

CAPÍTULO I

CASA PATERNA

“No me exija el lector una exactitud que tengo por imposible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando, cercano a mi fin después de una larga vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma (...)”

BENITO PÉREZ GALDÓS (1843-1920)
Escritor Español - Trafalgar (Novela)

Un grave accidente de tránsito ocurrido en cierta vía de Bochica, Capital de la República Andina del Norte, fue la causa inesperada de mi muerte. Y, ahora, en mi estado espiritual, estoy rememorando mi largo discurrir por el planeta Tierra, el cual me dio albergue generoso hasta los 65 años; una edad que, ciertamente, es alta, ante los grandes riesgos que se corren diariamente allí, y particularmente en mi país natal.

Afronté sufrimientos y sinsabores por las más diversas causas, pero también disfruté de inolvidables momentos de jolgorio y alegría. En ese mundo temporal llevaba yo el nombre de Samuel Naranjo Manantial, y pertencí a una familia campesina que totalizó la muy respetable cantidad de once vástagos, nacidos en serie impecable, pues cada diez y ocho meses, aproximadamente, un nuevo bebé venía a sumarse al hogar, con la alegría que es de suponer (para la familia), pero también con la preocupación que traía consigo el incremento de la prole, sin recursos suficientes.

Es de anotar que nuestra madre, una mujer de indiscutibles virtudes morales y singular belleza física, al decir de sus contemporáneos, hubo de enfrentarse, casi sola, a la crianza de sus numerosos hijos, frente a las frecuentes y a veces prolongadas ausencias de su esposo, por razones de trabajo rural en otras latitudes.

Nací en el Municipio de La Ceiba (Provincia de Colón) del país ya mencionado, en 1942, esto es, al promediar la Segunda Guerra Mundial, en una pequeña casa ubicada cerca del Camino Real, o vía principal de la vereda, ocupando el quinto puesto en la sucesión fraterna del hogar. Varios años después de mi nacimiento, la familia abandonó aquella vivienda (la cual no le pertenecía), para tomar posesión de una pequeña finca cercana que mis padres compraron, tras mucho trabajo y grandes sacrificios.

El predio adquirido, disponía de una modesta residencia con paredes de bahareque, dotada de solo dos alcobas, una estrecha cocina con fogón de leña, y una pequeña letrina independiente. Poco después, fue anexado un cobertizo rudimentario a manera de pesebrera, para los pocos, y, a veces, esporádicos caballos de la chacra.

En el pequeño corredor, bordeado de estantillos de guadua, algunos agujereados por el rompimiento de alcancías infantiles, servían de comedor, una mesa, y dos o tres viejos taburetes. A un lado, solían colocar mis progenitores una banca de madera para descansar y observar, con particular delectación, un hermoso paisaje natural.

Debajo de este largo asiento, dormitaba casi todo el día un fiel y perceptivo can, que, al menor ruido, corría ladrando en plan de asustar a los ladrones, los cuales, ciertamente, no eran muchos, en una época en la cual la honradez era una virtud prevaeciente, y solo en forma eventual se presentaban pequeños robos campesinos. Sus ladridos estentóreos anunciaban, también, la llegada de visitas generalmente no esperadas.

Mi infancia transcurrió entre tupidos cafetales, sombreados generosamente de guamos y churimos, a los cuales yo trepaba ágilmente en compañía de mis hermanos, para buscar entre el denso follaje, sus dulces frutos, los cuales consumíamos con gusto sin igual, mientras nuestra madre, angustiada y temerosa, salía a buscarnos entre la espesa vegetación, para evitar que sus retoños entrañables quedaran expuestos a la posibilidad de algún percance.

También había en la nueva finca, aguacates, limoneros, naranjos, guacamayos y arbolocos. Además, algunos ejemplares de carbonero. Esta última especie, por su notable desarrollo, solía atraer temibles rayos en temporadas de aguaceros y tormentas.

La humilde casa de la finca fue demolida algunos años después, tras la construcción de una espaciosa vivienda de buen diseño y magnífica presentación, gracias al generoso

apoyo de la Asociación de Productores de Café, a la cual estaba afiliado mi padre. Atrás quedaron gratas huellas de mi niñez y el testimonio de una época feliz, pletórica de juegos infantiles, de candorosas actitudes y de muchas travesuras que jamás podré olvidar.

Cierto día llegó a nuestra finca, un señor, a quien mis hermanos mayores llamaban "TÍO JUAN". El hecho no tuvo mayor importancia para el conjunto de mi familia. En cambio para mí, con siete años de edad, revestía singular trascendencia, pues venía vestido con un elegante uniforme lleno de insignias que lo asemejaban a los policías de mi pueblo, a quienes yo observaba con curiosidad cuando mi padre me llevaba de la mano, los domingos, día de mercado.

Pues bien, ese gran señor, con atuendo verde-oliva, lleno de adornos y botones amarillos, y con kepis elegante de tipo militar, era precisamente mi flamante tío Juan, o mejor el Comandante de la Policía, a nivel municipal.

Ese día cometí una pilatuna que me generó un duro regaño del pariente Policía. Tal actitud, que para él solo tenía el carácter de una simple broma, fue para mí, una fuerte reconvención, y una amenaza que suscitó de inmediato mi llanto prolongado, pues era, a la sazón, un niño asustadizo.

Todo se reducía a unas cuantas palabras que remataban así: "Te voy a meter a la cárcel, so' granuja". Y luego procedió a perseguirme, como queriendo atraparme para cumplir con su propósito, horrendo para mí.

Era tanto el miedo que me infundía el tío Juan (quien lamentablemente falleció años después, en forma trágica), que siempre quise eludirlo a partir de aquel momento, aún

en los encuentros familiares de rutina, pues yo había tomado muy en serio su amenaza de llevarme a un horrible calabozo por aquella travesura.

Pasó el tiempo, y un domingo fui al poblado cercano (o Cabecera Municipal) acompañado de mis padres, pero con el inmenso temor de encontrarme con “ese Policía”. Tan pronto lo ví, salí corriendo y él emprendió veloz carrera tras de mí, obviamente queriendo chancear con su sobrino.

Debo decir que tal juego “al gato y al ratón”, se repitió durante mucho tiempo en el pueblo, para mi tortura y sufrimiento. Por ello, a lo largo de varios años permaneció en mi mente la figura altiva de un Agente de Policía con mirada severa, solemnemente ataviado, y armado con rigor particular, dispuesto a demostrar su gran poder, y a imponer el orden público sin ninguna consideración, y a cualquier precio.

Tal vez esta experiencia infantil, fue la causa del temor reverencial que siempre me inspiró la presencia de un representante de la autoridad, con uniforme, en mi edad adulta, incluyendo mi vejez. Se trataba de un trauma psicológico que corría paralelo a otro, expresado en un miedo insuperable cuando, eventualmente un perro se atravesaba en mi camino, y cuyo origen pudo estar en otra infortunada circunstancia infantil.

Recuerdo que una fría mañana, dos perros furiosos y de gran tamaño, se avalanzaron en forma intempestiva sobre mi tierna humanidad, cuando solo tenía ocho años, al invadir, solitario, la finca de un vecino, por un sector boscoso, con el objeto de recoger la leche para uno de mis hermanos menores.

No sobra decir que al sentir sobre mi cuerpo el formidable peso de esos bravos canes, con sus gruñidos y sus grandes fauces abiertas como queriendo devorarme, yo creí que, definitivamente, había llegado el momento de despedirme de este mundo, cuando apenas empezaba a conocerlo.

Por fortuna, pronto apareció el dueño de los feroces animales, quien logró salvarme de tan grave situación, pero el impacto emocional recibido fue tan fuerte y grave, que jamás se borró de mi mente este horripilante suceso de mi infancia.

Quiero describir, también, un caso particular de juegos infantiles que se presentó cuando yo apenas frisaba en los nueve años, el cual se relaciona con la imitación de escenas o ritos religiosos en nuestra casa campesina.

Según mi padre, yo dejaba ver ya una “vocación sacerdotal indiscutible”, tal vez porque manifestaba mi inclinación por las oraciones hogareñas. Y mis hermanos, conocedores de esas opiniones paternas (lamentablemente equivocadas), me designaron por unanimidad, para desempeñar el papel de sacerdote. En tal virtud, me pidieron que los confesara y les diera la Santa Comunión.

Una vez terminé de celebrar el Sacramento de la Penitencia en un confesionario improvisado, procedí a distribuir las Hostias, en ejercicio de la Santa Eucaristía.

Comoquiera que al revisar las provisiones respectivas, no encontré las tajadas redondas de banano maduro que había preparado para tal efecto, prorrumpí en “santa ira” contra todos. Y tras darme cuenta de que mi hermana Amelia ha-

bía cometido el sacrilegio de comérselas en su totalidad, le lancé un objeto contundente, el cual le produjo una lesión en uno de sus brazos, según supe después.

Ante los gritos de Amelia, y el desconcierto de todos los chiquillos, en momentos en los cuales ninguno de nuestros padres estaba presente, apareció un vecino llamado Eduardo, quien se encontraba cortando caña panelera en un predio de su propiedad, vecino al nuestro.

Tal señor, que además era carnicero, esto es, expendedor de carnes con funciones en el pueblo, salió del espeso cañadulzal armado con un machete, y al escuchar de labios de mi parentela, la causa de tal algarabía, procedió a perseguirme, aparentando gran furia y solo pretendiendo actuar en plan de broma.

Yo, recordando su condición de carnicero (para mí bastante criminal), tomé su actitud en serio, y emprendí veloz carrera rumbo al cafetal. Una vez traspasé la pequeña parte plana, inicié el descenso de una fuerte pendiente, rodando y saltando con gran agilidad entre los sembrados, presa de un temor indescriptible, hasta llegar a una quebrada que ponía fin a nuestra finca.

Pasé el pequeño arroyo y, confundido como nunca antes, llegué a la modesta casa de un vecino llamado Elías, a quien apodaban Pinocho, a pesar de tener bastante chata la nariz. Allí estuve hasta el otro día, aprovechando la hospitalidad del buen vecino, quien se compadeció de mí, luego de narrarle la causa de mi fuga y la razón de mi desdicha.

No recuerdo cómo regresé a la casa, pero sí retengo la imagen de mi madre, inicialmente sorprendida y “regañona”,

pero luego llena de alegría, ante el retorno de su hijo amado, cuyo destino desconocía hasta el momento, pese a que varios miembros de mi familia me buscaban preocupados, por diversos parajes veredales.

Yo también estaba pleno de felicidad al llegar a mi querida residencia, y no ser castigado severamente, como solía hacerse en estos y otros casos de indisciplina, y de pilatunas infantiles. Tal vez mi madre resolvió perdonarme, para que no me fugase nuevamente, aprovechando ella, la ausencia de mi padre, quien, ciertamente, no habría tenido clemencia con su agresivo y fugitivo vástago.

Sin embargo, lo que más me alegró al llegar a casa, fue el hecho de encontrar bien a mi hermanita Amelia y, además, caminando tranquila por todos los contornos. Pues siempre pensé que había sido llevada al Hospital, y que no solo mis padres me estaban esperando enfurecidos con látigo en mano para castigarme, sino que también la Policía se encontraba allí, bien armada y preparada para llevarme a la cárcel, como si fuese un bandido desalmado que no merecía ninguna compasión.

Con estas palabras inició el espíritu de Samuel su relato autobiográfico, cuando yo, Gregorio Casablanca Sumapaz, disfrutaba de un plácido y profundo sueño nocturno. Su muerte, ocurrida en el mes de Octubre del año 2007, me produjo un gran dolor, dados los fuertes lazos de compañerismo periodístico, de amistad y comprensión que nos unían.

Cumpliendo, entonces, la promesa que le formulé durante aquel extraño encuentro, estoy compartiendo con usted, querido lector, las revelaciones que me hizo para aclarar algunas situaciones e incidentes de su vida terrenal. Y, también, para expresar algunos conceptos que él ha considerado importantes, de modo que puedan conocerse ampliamente las motivaciones y razones de muchos de sus actos, en los diversos planos de su “larga parábola vital”. §

CAPÍTULO II

LA COSECHA DE CAFÉ

*“De mi tierra en los ásperos breñales
he visto abrirse sus fragantes flores,
que parecen, del sol a los fulgores,
nieve sobre los verdes cafetales.*

*Y después, como fúlgidos corales
en explosión de vírgenes olores,
lo he visto entre los brazos tembladores,
a la sombra de bosques tropicales.*

*Ahora humea, riega tu perfume,
del ideal las alas desentume
y agita en rauda conmoción mis nervios.*

*En mí la inspiración sus rayos quiebre,
mi frente nimbe, y en sagrada fiebre,
mis versos surjan graves y soberbios”.*

(EL CAFÉ) ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS
(1865-1938) Poeta colombiano

En los tiempos de mi infancia, agregó Samuel aquella noche, el hábito del trabajo se fomentaba siempre, así como la buena costumbre de madrugar, inclusive entre personitas que apenas se asomaban al mundo, y cuyas fuerzas físicas no eran todavía suficientes para acometer ciertas faenas, dada su intrínseca rudeza. Con todo, los beneficios de tales costumbres fueron evidentes en nuestra edad adulta, ya independientes y dedicados de lleno a la lucha por la vida.

Era mi casa paterna un hogar muy numeroso como inicialmente lo expresé, pues a él llegaron 11 hermanos en sucesión admirable desde 1936, cuando nació el primer retoño. Y recuerdo muy bien las tremendas madrugadas a las cuales papá y mamá nos acostumbraron desde muy pequeños. Nos levantábamos muy temprano, los que teníamos más de ocho (8) años, digamos a las cinco y media de la mañana, y nos íbamos, cumpliendo órdenes paternas, a recoger agua, como cuatro cuadras aproximadamente más abajo de la casa, aprovechando un nacimiento ubicado en el lado izquierdo de una quebrada limpia y de moderado caudal.

Es necesario señalar que su propietario había construído un tanque en el lugar donde se hallaba el manantial, y muy generosamente permitía que tomáramos de allí, el preciado líquido, con destino al consumo doméstico, para lo cual era indispensable atravesar el arroyo, por fortuna sin mayor dificultad.

Con tal propósito, llevábamos ollas y también palancas de madera, fuertes y no muy gruesas, a las cuales les hacíamos ranuras o le clavábamos puntillas para sostener dichos recipientes. Muchas veces éstos, generalmente repletos y, por ende, muy pesados, resbalaban a lo largo del soporte natu-

ral, mientras subíamos por fuertes pendientes, en ocasiones, peligrosas y resbaladizas.

El muchachito que estaba abajo, sosteniendo la palanca mientras su compañero sujetaba el otro extremo de la misma en la parte alta, recibía el fuerte impacto de la olla, y su contenido casi siempre se vaciaba en forma violenta sobre él.

Después de ese baño con agua fría, el niño mojado debía regresar con su hermanito al tanque de provisión, a recoger más agua para llevar las vasijas llenas a la casa, donde nuestros padres esperaban impacientes a sus retoños para preparar el desayuno, y enviar luego a la escuela del pueblo a quienes ya estábamos estudiando.

Es de anotar, que debíamos efectuar varios viajes cada día, para recoger suficiente agua con destino a los menesteres domésticos y las actividades agropecuarias de rutina. Con el agravante de que esta tarea se cumplía sin la protección de unos zapatos, ya que era costumbre popular dejar descalzos a los niños, por lo menos hasta los once años, en lo cual influía más la pobreza que el descuido paternal.

Cuando mi padre tuvo la oportunidad de pedirle a la Asociación de Cafeteros que le adjudicara una vivienda decorosa para acomodar a su numerosa familia, y sustituir la humilde casa que habitábamos, los funcionarios de esta entidad le dijeron que, para el efecto, le correspondía hacer un aporte, consistente en preparar el terreno respectivo y suministrar algunos materiales de construcción como guadua, arena y otros, además de atender por su cuenta la alimentación de los trabajadores, hasta concluir la obra.

Se trataba de un programa de vivienda que implicaba un esfuerzo bilateral, orientado a mejorar el nivel de vida de los cafeteros minifundistas. Además, le advirtieron que, de todos modos, debía someterse a un estudio previo, el cual finalmente fue aprobado.

Tras los preparativos correspondientes, viajamos todos en noviembre de 1951, al vecino Municipio de Venecia, para terminar de recolectar una abundante cosecha de café, aprovechando así, esta oportunidad excepcional que se le presentó a mi padre, en virtud del apoyo de un pariente cercano.

Con tal decisión, toda la familia esperaba derivar ingresos suficientes para la realización del proyecto habitacional, en lo pertinente al aporte exigido por la Asociación mencionada, y obtener, adicionalmente, recursos destinados al pago de numerosas acreencias contraídas con el objeto de atender impostergables necesidades familiares.

Se trataba, para mí, de la primera salida de la tierra natal, por lo cual el viaje se tornó en una experiencia indescriptible, máxime si apenas tenía nueve años de edad, ávido de aventuras y conocimientos. Tras un viaje de dos horas en autobús, y un recorrido de tres, por un escabroso camino de herradura, nos albergamos todos los miembros de la familia y varios trabajadores ya contratados, en una casa vieja y amplia, ubicada a un lado del Camino Real, cerca de un potrero grande donde criaban equinos de excelentes condiciones. Frente a ella, podía observarse un maravilloso espectáculo de fértil naturaleza tropical.

Detrás de esa casa, se iniciaba una fuerte pendiente con cultivos de café, plátano y yuca. Se trataba pues, de recoger

como ya se dijo, una extraordinaria cosecha cafetera que exigía bastante mano de obra.

El negocio se hizo a través de un contrato verbal celebrado entre mi padre y el propietario de la finca. La casa de éste, más grande que la nuestra, y de dos pisos, estaba dotada de amplios compartimentos y de características arquitectónicas especiales.

Una de sus hijas, de bellas facciones, se enamoró poco después de Fabio, uno de mis numerosos tíos (veinticinco entre paternos y maternos), quien visitó aquella región. El idilio no alcanzó a concretarse firmemente, dada la fugaz permanencia en la vereda de mi apuesto pariente, y recuerdo que ella profundamente impresionada, preguntaba con frecuencia por él, al no volverlo a ver tras su rápida partida.

Pues bien, la cosecha había comenzado y los cafetos presentaban un hermoso aspecto. Sus grandes y abundantes ramas adornadas por millares de granos apretujados, de color verde, amarillo y rojo vivo, formaban un vistoso panorama que, además, llenaba a mi padre de gran satisfacción, dado el buen precio, a la sazón, de dicho producto tropical.

La fertilidad de aquella finca poco tenía que envidiarle a la Tierra de Canaán, pues además de esta espectacular composición cafetera, se observaban también, en ella, empinadas matas de plátano, cuyos pesados racimos exigían, para cortarlos y cargarlos por esas lomas, la fuerza de hombres rudos.

Lo mismo puede decirse de los árboles que le daban sombra generoso a las plantaciones de café (guamos, churimos, carboneros, etc.), formando, en conjunto, una espesura, en-

tre la cual me internaba casi diariamente para desafiar la habilidad de los recolectores adultos de la finca, contratados por papá, y quienes ganaban de acuerdo con el resultado de su trabajo, medido a través de canastos, para determinar en forma aproximada las arrobas recogidas durante la jornada.

Yo me metía por entero en esos cafetales, dominado por la magia de aquellos granos rojizos, los cuales eran tomados por los peones con particular habilidad manual, arrancándolos de atrás, hacia adelante. En esa operación, ellos demostraban gran delicadeza, buscando que sólo los maduros cayeran al canasto sujeto a la cintura. De modo que los pin-tones y los verdes, quedaban en la rama para una posterior recolección.

En mi modesta condición de niño cándido, yo pretendía ser igual o superior a los trabajadores, tan expertos como eran en tales menesteres. Por ello, tomaba un pequeño canasto con la aprobación de mi padre, y les decía luego, que podía coger muchísimo más café que ellos.

Yo pasaba de cafeto en cafeto, en forma desordenada, es decir, que tomaba al azar los granos maduros de uno y otro arbusto, sin terminar de recoger la cosecha de cada uno de ellos (siendo además muy altos para mí), falla que mi padre corregía luego con paciencia y comprensión.

No me importaba si llovía reciamente, o si hacía un sol canicular. Pues, pretendiendo competir con los hábiles trabajadores de la hacienda (como ya se dijo), mi labor continuaba hasta que mi padre paraba el trabajo, con el argumento, muy pedagógico por cierto, de que a todos les había ganado la difícil apuesta, quedando pendiente solo el premio, cuyo carácter no recuerdo, pero creo que no pasaba de unas

palabras tiernas, como decir: “lo felicito hijo, usted es muy valiente”.

Simpáticos e inolvidables fueron para mí, aquellos tiempos, en los cuales solo deseaba vivir y conocer el mundo, pues apenas había terminado el primer grado de primaria y siendo como era, entonces, una época de vacaciones escolares de fin de año, solo quería disfrutar de mis aventuras infantiles. Estando allí, muchas otras cosas ocurrieron, pese al corto tiempo de estadía (dos meses y medio solamente), según el convenio celebrado.

Me correspondió, entonces, pedirle al niño Dios el aguinaldo en aquel diciembre. Y yo, en mi carácter de niño campesino, me decidí por una prenda típica llamada “mulera”. Se trataba de un atuendo de tela gruesa similar a un poncho, que se ponían los recolectores de café, especialmente durante los días de intensa lluvia, sin que su uso dificultara el libre movimiento de las manos. También lo utilizaban los arrieros para taparles los ojos a las mulas, mientras éstas recibían enormes fardos de café, los cuales pesaban diez (10) arrobas repartidas en dos bultos iguales, usando para ello sacos (o costales) de cabuya.

La pesada carga hacía tambalear a los pobres animales, al recorrer los escabrosos y largos caminos de herradura, hasta llegar al pueblo, donde era vendida la preciosa mercancía en forma de grano seco, (o semilla), gracias a un proceso especial que tenía cumplimiento en la propia finca.

Pues bien, yo le pedí al Niño Dios que me trajera ese artículo textil, y mi sueño se cumplió, aunque parcialmente, porque el aguinaldo que recibí fue una mulera ligeramente usada, lo cual me sorprendió muchísimo, pues siempre

pensé que el niño Dios solo traía cosas nuevas. A pesar de todo, yo estaba feliz con ese atuendo de adultos, aunque no se ajustaba a mi pequeña talla. Y años después, supe que el aguinaldo “de segunda” había sido comprado a un trabajador de nombre Julio, con lo cual mis padres se ahorraron un largo viaje a la ciudad.

Era Julio un joven de poca lucidez mental, y por tal motivo, muchos lo llamaban “El Bobito”. Había sido traído de La Ceiba, nuestra tierra natal, para que ayudara en la cosecha. Su madre era una humilde lavandera de río, es decir, lavaba ropa ajena para subsistir, ubicándose en ciertas partes laterales y mansas, de quebradas y riachuelos, aprovechando la presencia natural de piedras grandes que tuvieran la superficie superior más o menos plana, un tanto suave y preferiblemente inclinada, de modo que facilitara tal labor, para lo cual se buscaban lugares cercanos a la carretera, o al camino veredal.

Mi hermano Orlando, un inquieto adolescente, le dijo un día a Julio en plan de broma, mientras se desarrollaba la tarea de recolección en esa vereda de Venecia, que él podía adivinar qué estaba haciendo su mamá Asunción en ese preciso momento, allá en La Ceiba.

Pero la respuesta fue contundente: “eso es imposible”. Ante lo cual, mi hermano replicó que él disponía de poderes especiales para hacerlo, y luego lo retó a que “casaran” una apuesta, la cual al fin fue aceptada por este campesino, tal vez por curiosidad, sin pensar en la dificultad de verificar la certeza de la información (o adivinanza) del “brujo” y sin medir bien las consecuencias.

En tal caso, apostaron algo así como tres pesos, contra el machete del modesto trabajador, con cubierta y todo, sirviendo como árbitro o testigo, otro dependiente de la finca. Hecho lo anterior, le dijo Julio a su atrevido contrincante:

- Si Usted es tan macho, dígame pues que está haciendo mi mamá Asunción en este mismo momento, allá en La Ceiba.
- Pues hombre, respondió Orlando con aire de solemnidad, y de brujo confeso y experimentado. En este preciso momento, su mamá está respirando.

Y sorprendido el contrario con semejante afirmación, le contestó: ¡Eso se sabe, Orlando! Eso se sabe. Ante lo cual, el árbitro sentenció con gran severidad: Pues eso se sabe Julio, pero usted acaba de perder la apuesta.

Al escuchar tan extraño y contundente veredicto, Julio protestó furioso. Pero Orlando, arrepentido, procedió a explicarle que se trataba de una simple broma, y le dijo que podía tomar su herramienta sin ningún problema. Pero no aceptó y se dirigió de inmediato a la casa de la finca, preparó rápidamente su maleta y salió rumbo a La Ceiba, tras cobrarle a mi padre lo que le adeudaba por concepto de jornales, y después de explicarle la razón de su renuncia y de su viaje.

En Febrero de 1952, regresamos nosotros también a La Ceiba, plenamente satisfechos por los resultados económicos de la labor realizada, e iniciamos (algunos de mis hermanos mayores y yo), el nuevo año escolar, aunque llegamos cuando los estudios ya habían empezado. Y El Bobito (quien antes fue nuestro vecino cordial), dejó de visitarnos y también de saludarnos durante largo tiempo, ofendido y dominado por un gran resentimiento.

Varios años antes de mi muerte, un coterráneo mío me informó en la Capital de la República Andina del Norte, donde yo residía, que El Bobito ya había fallecido, lo mismo que su esposa, una campesina tan buena e ingenua como él. Y que sus hijos y sus nietos vivían en una pequeña casa de bahareque ubicada a un lado de la quebrada, precisamente frente al lugar donde su mamá Asunción lavaba la ropa de sus clientes, no muy lejos del poblado.

Que Dios la tenga en su Santa Gloria, fue lo único que yo alcancé a pronunciar, en medio de una gran tristeza y de inevitables evocaciones de aquellos parajes cafeteros, tan cercanos a mi sangre y mis afectos. §

CAPÍTULO III

LA NUEVA VIVIENDA

*“He querido apegarme a mi provincia,
al humilde hogar en que he nacido.”*
(Recuerdos de Provincia)

D.F. SARMIENTO (1811-1888).
Escritor y Ex Presidente de Argentina

Regresamos, como dije antes, a la vereda natal, tres meses después de haber partido de allí, y merced al trabajo realizado en Venecia, mis padres pudieron ponerse al día con sus acreedores, a la vez que estuvieron en capacidad de atender el aporte ya mencionado, para iniciar la construcción de una vivienda moderna.

Pues bien, las labores se iniciaron, y todo fue un concierto de trabajo continuo, que la familia miraba y admiraba

con expectativa y esperanza. La obra se fue desarrollando rápidamente. Recuerdo que sus cimientos y sus muros iniciales, a modo de esqueleto, me seducían bastante, por la multiplicidad de compartimentos. Poco a poco el resto de la edificación fue tomando forma, hasta que la casa quedó terminada tres meses después de haberse iniciado su construcción, presentando un aspecto de belleza y esplendor, en medio de la exuberante naturaleza tropical.

Aunque carecíamos, como antes, de energía eléctrica (la cual llegó a la vereda muchos años después), y era indispensable, por lo mismo, seguir usando velas y lámparas de petróleo, la familia estaba feliz de tener un techo digno y cómodo. Sobre sus tejas blancas de asbesto - cemento, y sus blancas paredes, se estrellaban frecuentemente muchasavecillas que no veían en su vuelo la barrera de la nueva residencia, la cual emergía orgullosa, esplendorosamente nívea, entre el verde panorama de la finca. Y recuerdo muy bien que mis hermanos y yo, las recogíamos, profundamente conmovidos al verlas bastante heridas y, en algunos casos, muertas.

En aquella casa, decorada de color naranja en sus ventanas y sus puertas de pino, y en las estructuras de madera que adornaban y protegían su pequeño corredor interno o vestíbulo, seguimos creciendo en fraternal algarabía, pero también reñimos como traviosos infantes campesinos.

El patio de enfrente fue testigo mudo de nuestros juegos infantiles, como los de bolas, o canicas; de trompo y de pelota. También nos divertíamos con los juegos llamados “A la Peste”, “Al Escondite” y “A la Gallina Ciega”. A un lado de la vivienda, aparecía la caseta destinada a la labor de

despulsar el café recogido día tras día, durante la cosecha y los graneos, para lavarlo al día siguiente. Luego se procedía a secar el grano con el calor solar, utilizando para ello, rústicas camillas de madera colocadas sobre soportes de guadua durante varios días.

Volviendo al caso de la construcción de la nueva residencia, debo añadir que hasta allí llegó cupido para lanzar sus dardos de amor, pues mi hermana mayor entabló noviazgo con uno de los obreros, quién sabía tocar la guitarra con especial capacidad artística. Su varonil y armoniosa voz, acompañada de las notas cautivantes de su instrumento musical, conmovía el corazón de mi hermana enamorada.

Abundante agua pura para el consumo doméstico llegaba al nuevo domicilio, mediante un acueducto moderno de tubos metálicos, procedente de una fuente situada a más de quinientos metros de distancia, atravesando sembrados de café y plátano, además de potreros pendientes, en virtud del permiso generoso de sus propietarios. Pero es bueno decir que uno de ellos exigió una derivación de tal servicio, para su amplia residencia.

Este último aspecto que, ciertamente, significaba para toda la familia un gran avance, no representó para los niños una posibilidad de dormir un poco más, pues la necesidad de madrugar, continuó vigente, al exigir nuestros padres que ayudáramos en otra labor mañanera, distinta a la de cargar agua al hombro para las necesidades domésticas.

Se trataba de la preparación de ciertas tortas de maíz, llamadas arepas, para el desayuno. Y también en la iniciación del procesamiento del mismo cereal, con destino a la alimentación del día siguiente.

La transformación de este grano en apetitosas arepas, comenzaba pilando determinada cantidad del mismo, en ciertos troncos de madera que tenían un hueco en la parte superior, para depositar allí el mencionado cereal, esto es, el grano entero. Tal instrumento tenía el nombre de pilón, al cual se le hacía, por razones puramente estéticas, una hendidura o muesca en la mitad, formando, así, una especie de copa gigante que llamaba fácilmente la atención.

Dicho cereal, medido en “puchas y cuartillas” (para tales menesteres), sufría el golpe repetido de la “mano”, o cilindro de madera. Este instrumento tenía también una muesca en la mitad, para tomarlo y dejarlo caer sobre el pilón en forma vertical, con lo cual se lograba despojar el grano de su pellejo o afrecho.

La operación posterior consistía en sacar el grano ya trillado, desechar el mencionado afrecho y cocer más tarde esa parte comestible, para convertirla, al día siguiente, en frescas y exquisitas arepas, blancas o amarillas, según la clase de maíz que se estuviera procesando.

Debo declarar que para ello, era necesario moler tales granos ya cocidos, en máquina manual, y luego se le daba a la masa así obtenida, la forma de una torta plana y redonda, la cual se asaba en un plato de barro, llamado callana, o en una parrilla de alambre, utilizando para ello la leña que la finca producía. Aunque también se hacían arepas pequeñas y redondas, para ser consumidas después, especialmente en las horas de la tarde, como parte de una comida intermedia llamada “algo” en la región.

Se trataba de un trabajo diario, pues siempre se pensaba en el próximo desayuno y demás comidas, en las cuales este

alimento también solía incluirse, ya que correspondía a la tradición en una zona geográfica firmemente unida a la cultura del maíz, cereal que constituía la base de otros alimentos muy gustosos, y por ende, de gran aceptación familiar, como tamales, envueltos o bollos, empanadas, buñuelos, natilla. Estos dos últimos, preferencialmente en las fiestas decembrinas.

Mucho tiempo después llegó a la vereda el “maíz trillado” (llamado también “peto” en otras regiones), el cual se obtenía mediante un procedimiento industrial que le restó sufrimientos y trabajo a los campesinos de aquella época, en esa zona tropical.

Es de anotar, que la pequeña finca solo producía dinero para la subsistencia familiar y demás gastos hogareños, durante las dos cosechas, por lo cual mi padre se veía obligado a trabajar después de ellas, en actividades relacionadas con la producción de madera, lo cual solía cumplirse en regiones selváticas bastante alejadas del lugar donde vivíamos. §

CAPÍTULO IV

LOS PESADOS FARDOS DE MI INFANCIA

Estando yo un poco más desarrollado, aunque no tanto, mi padre solía exigirme que lo acompañara al pueblo los domingos, para asistir los dos, a la Santa Misa y regresar un poco después, yo solo, a la residencia campesina, con la carne fresca y otros artículos necesarios para la preparación del almuerzo dominguero. Se trataba de órdenes perentorias que debían ser obedecidas, so pena de sufrir fuertes castigos, en una época de gran severidad y mucha disciplina.

En muchas ocasiones, antes de efectuar las compras respectivas, mi progenitor llevaba la madera que había aserrado durante la semana, a un lugar determinado de la Plaza Principal del poblado.

Yo, con apenas nueve o diez años observaba, curioso, su trabajo, que consistía en colocar un conjunto de tablas en un sector de la plaza principal, con el propósito de ofrecérselas en venta a los clientes eventuales, entre ellos, carpinteros y personas dedicadas a la construcción de viviendas que, ciertamente, no eran muchas.

Las tablas, tan bonitas para mis ojos de niño campesino, permanecían allí (cerca de una vieja e inmensa ceiba que después fue derribada), despidiendo sus olores naturales durante largas horas, a la espera de compradores mientras mi padre y yo rezábamos mentalmente, con el fin de que aparecieran pronto los clientes, pues se trataba del único recurso económico de que disponíamos para el sustento familiar, dado que (como antes dije), la pequeña finca cafetera poco producía.

En un momento dado, mi padre me decía satisfecho: “Hijo, ya tengo la plata para el almuerzo de hoy”. Y tras dejarme cuidando el resto de la mercancía, se alejaba en plan de efectuar las compras respectivas.

Poco después, salía yo rumbo a casa, a pie (pues en tal época no teníamos caballo), con un costal de moderado peso. Pero más tarde, debía soportar la presión exagerada de una parte del mercado completo sobre mis débiles espaldas de niño, como lo explicaré después.

En el primer viaje, yo sentía que el sudor acudía abundante a mi frente, al subir rudas cuestas por un camino, muchas veces pantanoso, hasta llegar, casi una hora después, a la casa paterna, donde mi madre, preocupada por la demora, recibía la carne fresca y demás artículos para preparar los alimentos de ese día festivo.

La felicidad de mi madre al llegar yo con aquel fardo, y el succulento plato posterior, que recibía, compensaban el esfuerzo realizado en pro de la manutención hogareña. Tal labor debía cumplirse cada Domingo, aunque la lluvia arriera, o un sol canicular hiciera caer sus fuertes rayos sobre mi tierna complexión.

Era yo en aquella época, el hijo varón de mayor edad en casa, ya que Orlando mi hermano, con cinco años más, se había ido a buscar otros horizontes. Por tal razón, mi cooperación se tornaba indispensable, teniendo en cuenta que los demás estaban muy pequeños, y mis hermanas (mayores que yo) eran objeto, como todas las mujeres de ese tiempo, de particular consideración en este aspecto.

Debo agregar que después de un rato de descanso, tenía que volver al pueblo para compartir con mi padre, el peso del resto del mercado semanal, con destino a la alimentación de la familia y los trabajadores. Se trataba de una carga superior a la del mediodía, quedando mis hombros y mi espalda con vetas rojizas y evidentes huellas dolorosas, como ocurría también cuando cargaba café, o leña para cocer los alimentos.

A lo anterior debe añadirse mi participación, aunque modesta, en otras actividades de la finca, especialmente en la época de vacaciones, como recolectar la cosecha de café, rajar leña, arrancar yuca y llevarla a casa, junto con los plátanos verdes y frescos para el almuerzo del día, Todo ello era tomado de la misma parcela, pues además de cultivar la rubiácea mencionada, papá acostumbraba sembrar otras plantas para el consumo doméstico, en forma entreverada.

También mis padres tenían cría de cerdos en pequeña escala, un buen gallinero y varios perros, más voraces que feroces, además de gatos y tal cual vaca criolla, cuando la magra economía familiar lo permitía. De modo que en casa, siempre había alguna labor para atender.

Ello, ciertamente, contribuyó a fortalecer en nosotros el espíritu de trabajo, y la capacidad de enfrentar con valor y decisión los rigores y avatares de la vida. Por tal razón, las cargas que debí colocar sobre mis hombros en la edad adulta, no me parecieron tan pesadas, y mis fuerzas físicas pocas veces flaquearon al ser sometidas a fuertes pruebas en el curso de mi vida.

Contrariamente a lo que podría creerse, la rudeza de mis años infantiles y juveniles protegió mi salud, y fortaleció mi voluntad en el trabajo y en los episodios adversos, a los cuales nadie escapa en el complejo mundo que habité.

No siempre el sufrimiento es negativo, y la pobreza no carece de bondad, lo cual no quiere decir que yo desprecie el bienestar y la justicia social, pues son bases de una vida decorosa y fundamento de la paz. Sino que el ser humano necesita experimentar carencias que impliquen esfuerzos, y también, ingenio para subsanarlas.

Solo así se logrará una recia personalidad que no se amilane en la lucha por la vida y que, además, sea generosa ante el prójimo en desgracia, pues la vida fácil, o muelle, como se decía en viejos tiempos, solo conduce a una débil voluntad, a desconocer el sufrimiento de los pobres y a una larga cadena de fracasos en diversas facetas de la vida humana.

Si bien, es conveniente no someter a los menores a fuertes y agotadoras jornadas, pues ellos apenas se encuentran en proceso de crecimiento y desarrollo, muchos padres de familia de los sectores marginados y deprimidos de la sociedad, se ven obligados, como fue mi caso, a demandar su cooperación en ciertas labores, en aras de la subsistencia hogareña.

Pero es necesario hacer énfasis, en que no deben ser sometidos a esfuerzos superiores a sus capacidades, pues su resistencia es inferior, como es obvio, a la que poseen los adultos, máxime si éstos tienen ya un buen entrenamiento para tales menesteres. Como tampoco se debe perjudicar a los niños y los jóvenes, exigiéndoles que se dediquen de tiempo completo al trabajo, porque así, se les impide su adecuada instrucción y formación en los centros de enseñanza.

Entonces, Gregorio, yo considero que los niños y los jóvenes deben recibir una buena educación para que puedan convertirse en ciudadanos útiles a sí mismos, y a la sociedad en general, sin omitir la formación, en ellos, de hábitos de trabajo, invitándolos a participar en sencillas faenas que estén de acuerdo con su tierna edad. Sin descuidar, claro está, los aspectos morales, con miras a una vida digna y sana. §

CAPÍTULO V

DOS ACCIDENTES DOMÉSTICOS Y UN GRAVE SINIESTRO

Algunos años después, se presentaron en mi casa dos lamentables accidentes. En cierta ocasión una inmensa olla de “agua hirviendo”, se desprendió del alambre que la sostenía, cuando mi madre preparaba el almuerzo del día.

El recipiente fue a dar, con su pesado contenido, sobre la pequeña humanidad de Alejandro, uno de mis hermanos menores, quien se encontraba al lado derecho de mi madre, observando, curioso, sus quehaceres domésticos.

Las graves quemaduras sufridas por el infortunado niño, quien apenas tenía cinco años de edad, fueron atendidas en el rudimentario hospital del pueblo, tras un difícil viaje de dos kilómetros, pues tal era la distancia que se debía recorrer a pie (en nuestro caso), ante la carencia, a la sazón, de un caballo. Algunas cicatrices, por fortuna leves, le recuerdan hoy en día el deplorable incidente, a raíz del cual la familia entera sufrió bastante, como es apenas lógico, en tales circunstancias.

Pero tal accidente no fue el único que mi hermano sufrió siendo pequeño, pues otro día recibió en su tierno cuello, el impacto repentino de una braza de carbón vegetal “al rojo vivo”, que se desprendió del fogón de leña, mientras mamá preparaba el desayuno sobre una estufa instalada por la Asociación de Cafeteros cuando se construía la moderna vivienda.

Debo señalar que la estructura de hierro (dotada de chimenea), presentó graves fallas operativas, lo cual suscitó la indignación de mi progenitora, al punto de que ella, sin consultar con nadie, y presa de la desesperación ante el numeroso grupo familiar que debía alimentar, decidió cubrirla, toda, con una gruesa capa de tierra, para colocar encima la leña seca y, de este modo, cocer los alimentos con mayor rapidez.

El nuevo fogón, aunque generaba gran cantidad de humo, funcionó durante mucho tiempo con especial eficiencia, proporcionándole a la familia apetitosos platos, conforme a la gastronomía regional, gracias a la abnegación, la creatividad y la destreza culinaria de mamá.

Otro hecho me impactó bastante en mi lejana infancia. Se trata de un voraz incendio que se registró en mi pueblo, al iniciarse la segunda mitad del Siglo XX, el cual destruyó las casas de una cuadra (costado oriental del marco de la plaza), salvo una, la esquinera ubicada al Norte, de propiedad de uno de los magnates locales quién tenía gran poder político en la provincia.

Si bien, no me fue dado observar tan horrible catástrofe ocurrida en horas de la noche, sí pude presenciar después, los escombros y el apabullante espectáculo de edificaciones consumidas por el fuego, pues mi condición de niño campesino, me impedía ser testigo de muchas escenas ciudadinas.

Mi curiosidad infantil me permitió saber, tras indagaciones entre adultos, que muchos bomberos de municipios vecinos ayudaron a sofocar las fuertes llamas. En los días posteriores, pude observar cómo los comerciantes que habían logrado salvar parte de sus mercancías, se dedicaban a ofrecerlas “a precios de quema”, como decían sugestivos letreros colocados estratégicamente para atraer a la clientela.

Un tiempo después, pude ver que, lentamente, surgían nuevas construcciones con estilo moderno, sobre aquellos lotes en los cuales las viejas casas se ubicaban, siendo testigos mudos de la historia municipal. En la segunda planta de una de las edificaciones nuevas, situada en la esquina Sur, funcionó durante muchos años un establecimiento público que se constituyó en lugar de reuniones de la clase media, reservándose el administrador “el derecho de admisión”, para evitar la entrada de individuos poco cultos, o de personas que solían volverse agresivas tras el consumo abundante de licor.

Entretanto, en la primera planta, un bar - restaurante ofrecía sus servicios dentro de relativa comodidad, con criterios y gustos nuevos, reforzando, tales cambios, el criterio de que los incendios traen consigo el “desarrollo”, lo cual es una dura realidad que no puede negarse.

Se celebró bastante por parte de la comunidad, el hecho de que ninguna vida humana se hubiese perdido, y que solo fuese necesario afrontar pérdidas económicas, de todos modos lamentables, y de mayor gravedad en el caso de las familias pobres que fueron afectadas por este fortuito acontecimiento parroquial, el cual produjo, como es obvio, inquietud y conmoción en la comarca. §

CAPÍTULO VI

EPISODIOS ESCOLARES

*“No entiendo cómo puede vivir,
quien no lleve a flor de alma,
los recuerdos de su niñez”.*

MIGUEL DE UNAMUNO
(Escritor Español, 1864-1936)

Después de las anteriores anécdotas y reflexiones, quiero relatarle, estimado Gregorio, algunos episodios relacionados con mi vida estudiantil. Ingresé a la escuela elemental de la población de La Ceiba, ubicada cerca a nuestra finca (Vereda San Rafael), cuando ya había cumplido siete años de edad, es decir, “con uso de razón”, como lo exigían los profesores de la época.

Hacía las tareas con especial consagración y aprendí a leer con prontitud. En la cartilla “Alegría de Leer” demostraba mis habilidades ante la maestra de primeras letras, quien se sorprendía de que, en tiempo relativamente breve, hubiese podido aprender a “leer de corrido”, lo cual cobraba mayor mérito ante ella, al considerar que en esos tiempos se iniciaban los estudios en el grado primero, sin conocer siquiera las vocales, pues no existía, como ahora, la etapa preescolar. Y no era costumbre, en aquel entonces, que los padres instruyeran a sus hijos en los rudimentos de la lectura y la escritura, como tampoco de los números, antes de ingresar al establecimiento educativo elemental.

La distancia entre el pueblo y nuestra casa campesina era de dos kilómetros, aproximadamente, como atrás se comentó. Y tal trayecto debía recorrerse diariamente cuatro veces al día, pues los estudios estaban repartidos en dos jornadas (mañana y tarde), con una duración de tres horas cada una, en la etapa de primaria. Tal circunstancia, si bien implicaba un gran esfuerzo personal, contribuyó de manera notable a nuestra salud, máxime si se tiene en cuenta que se trataba de una región bastante quebrada y, por ende, con fuertes pendientes y difíciles caminos de herradura.

Continuando con mi relato, puedo afirmar que, también, en los años siguientes de primaria, fui un estudiante destacado. Recitaba las lecciones al pie de la letra, pues el maestro lo exigía, con lo cual yo hacía gala de una memoria sorprendente, y solía contestar con precisión mecánica las preguntas que me eran formuladas, pues permanecía muy atento en clase, y preparaba en forma consagrada los ejercicios y demás tareas impuestas por el preceptor correspondiente (uno para cada grupo, durante todo el año).

Así pasaron los tiempos de la escuela, en los cuales siempre fui objeto de un buen tratamiento, pero no por benevolencia y tolerancia de los profesores (pues existía un gran rigor disciplinario), sino por la buena conducta que siempre observé en todos los aspectos.

Quiero referirme de manera especial, a un profesor (quien también era Director de la Escuela), que se caracterizaba por sus fuertes gritos y sus órdenes militares, ante toda la comunidad estudiantil. “O se cumplen las órdenes, o la disciplina se acaba”¹, decía con voz enérgica, haciendo trepidar al más valiente. Y no faltaban quienes se “volaran” de las filas escolares por la parte trasera del patio del recreo, rompiendo cercas y salvando obstáculos, ante la furia desmedida de este profesor, quien, por ser así, llegó a ser considerado como el mejor en toda la historia del Municipio. Y, justo es reconocerlo, siempre impuso el orden y enseñó bastante.

Durante su “reinado”, el plantel funcionó con infalible precisión y con gran sentido de obediencia. Y había que verlo tan cordial en la calle, y tan generoso con los padres de familia, quienes le daban “carta blanca” (así como a los demás profesores), para que castigara a sus respectivos hijos, en su carácter de “segundo padre”, especialmente si eran desobedientes y no se consagraban debidamente a los estudios.

Este profesor, de nombre Juan Antonio, murió mucho tiempo después con más de ochenta años, y el pueblo demostró ser un defensor consumado de su obra educativa, a pesar de que siempre practicó el método según el cual “la letra

1. *“O se cumplen las órdenes, o la milicia se acaba”, decían, con severidad, los militares de la época (Nota del autor).*

con sangre entra” porque supo instruir a sus alumnos para salvarlos de “las tinieblas de la ignorancia”, a base de gritos y de fueete.

En materia de Historia Patria, puede decirse que sus alumnos (del grado quinto), se aprendían de memoria, los diferentes hechos históricos con fechas precisas, así como los datos biográficos de los diversos personajes y próceres de la nación.

Yo, atendiendo así sus exigencias, recitaba sin dificultad, desde los doce años, la Última Proclama del Libertador Simón Bolívar, dictada el diez de Diciembre de 1830 en la Hacienda de San Pedro Alejandrino, de Santa Marta. Y jamás se borró de mi mente esta famosa despedida, la cual estaba dirigida a todos los habitantes del vasto país que libertó y gobernó durante muchos años. También se preocupaba por que sus alumnos adquirieran buenos conocimientos sobre Matemáticas, Lenguaje, Geografía y Religión.

He ahí un personaje de leyenda. Severo y exigente. Pero también un apóstol de la verdad científica, consagrado a lograr la meta de que sus alumnos aprendieran los conocimientos escolares básicos “para que más tarde puedan ser útiles a la sociedad y a sí mismos” como solía decir frecuentemente.

En ese tiempo de estudios primarios, yo andaba descalzo. Una vez tropecé con una piedra en el camino, de regreso a casa, al culminar la jornada escolar del día. Pronto sentí un agudo dolor en el dedo gordo del pie izquierdo y la sangre fluyó en abundancia. Con todo, continué avanzando, en medio de los charcos que producía el invierno.

El resultado fue una grave infección que mis padres curaron en forma solícita, mediante “paños de agua hirviendo”, mezclada con sal gema, durante varios días, los cuales me causaban un dolor indescriptible. Debí aceptar este remedio, porque no se disponía en casa, de otro más avanzado. En aquellos tiempos se curaban las enfermedades en forma rudimentaria. En general, tales métodos producían sorprendentes efectos curativos.

Luego vino la Secundaria en una Escuela Normal de cuatro años, en la cual cursé, inicialmente, los tres primeros años sin ningún contratiempo. Y, antes bien, tuve la fortuna de recibir muy buenas notas, hasta el punto de ocupar frecuentemente el Primer Puesto, dentro del grupo respectivo.

Llegó, entonces, el momento de iniciar el cuarto (último grado), tras el cual, la institución debía otorgar el título de Maestro Elemental, previo el cumplimiento de los requisitos legales pertinentes.

Pasaron los meses dentro de una reñida competencia, o mejor, emulación. Se trataba de un pequeño grupo de ocho alumnos, ciertamente muy juiciosos y aplicados. Algunos, tal vez tres, procedían de seminarios católicos que operaban en otras ciudades. Es decir, fueron aconsejados para que abandonaran su carrera sacerdotal, y se matricularan en nuestro centro educativo, con el fin de completar el mínimo exigido por el Estado. ¡Que Dios les perdone a los culpables!

Estos últimos eran particularmente inteligentes y bastantes preparados, de manera especial en materia idiomática (Griego, Latín, Literatura, etc.). Uno de ellos, de apellido García, decía haber traducido a Horacio y a Virgilio, y sus capacidades fueron confirmadas a través de excelentes so-

netos y poemas que él redactó y recitó en público, haciéndose acreedor a los aplausos y la admiración de la comunidad estudiantil.

Llegó luego la época de los exámenes finales ya mencionados, los cuales se cumplieron en forma satisfactoria para todos los alumnos (Noviembre de 1958). Pero era necesario que las pruebas denominadas de “Cultura General” y “Cultura Pedagógica”, fueran debidamente aprobadas, para alcanzar el título académico. Estas se realizaron en presencia de severos delegados del Ministerio de Educación, pero solo dos alumnos, entre los cuales me encontraba yo, salieron adelante en tales pruebas, lo cual resultó bastante extraño, dado el buen rendimiento de aquel grupo.

Mis padres, ante la buena noticia de que yo había logrado graduarme, y conscientes de que Carolina mi hermana mayor, había obtenido el mismo título en otro establecimiento educativo local (también en el mismo mes de noviembre de 1958), decidieron organizar una gran fiesta en nuestra casa, ubicada, como ya lo manifesté, en una pintoresca vereda cafetera.

La Normal de Varones funcionó entre 1956 y 1964, tiempo durante el cual egresaron aproximadamente 180 maestros, resultado que contribuyó a subsanar el déficit de educadores que afectaba la vida provinciana. A partir de esta última fecha, el establecimiento se convirtió en un plantel de Bachillerato, perdiéndose, así, un buen centro de formación pedagógica en aquellos viejos tiempos, caracterizados por la escasez de profesores debidamente capacitados para acometer, con eficiencia, esta difícil misión de orden social. §

CAPÍTULO VII

EL MALEFICIO

A principios de Febrero de 1959, fuí notificado por la Gobernación de la Provincia, a través de un telegrama, sobre mi nombramiento como Director de la Escuela Rural de Las Lomas, jurisdicción del Municipio de La Ceiba, lo cual me alegró bastante. Viajé entonces a la ciudad de La Sierra, Capital de la Provincia de Colón, con el fin de efectuar las diligencias relativas a mi posesión como Maestro Oficial.

Comoquiera que tuve tiempo suficiente para conocer mejor la ciudad de La Sierra, decidí recorrer algunos sectores centrales de la misma. En desarrollo de tales caminatas, llegué a la zona de la Galería Municipal, o Plaza de Mercado, en la cual la efervescencia comercial era notable, y el flujo de personas de los más diversos orígenes, formaba tumultos difícilmente penetrables.

En medio de la algarabía general, encontré un corrillo formado por personas sencillas, alrededor de un hombre astu-

to que hablaba sin cesar. Yo, con el espíritu curioso propio de mi edad (16 años), me acerqué para inquirir qué ocurría allí, y en tal propósito descubrí a un individuo haciéndose propaganda, y afirmando poseer extraordinarias aptitudes para sanar todas las enfermedades de la especie humana; y también para adivinar la suerte y predecir el futuro de la gente.

En mi opinión, su fantástica verborrea, bastante violatoria de las normas idiomáticas, solo descubría a un vulgar mercader, y a un inescrupuloso explotador de la ignorancia y la fe públicas.

En dicho acto, curioso y singular, participaba una mujer con los ojos vendados que adivinaba, no sé en virtud de qué tipo de trampas, el nombre, la edad, las características físicas y otros datos personales de algunos parroquianos presentes. Y tanto el hombre como la extraña dama, insistían en tener poderes mágicos para curar todas las dolencias del cuerpo, de la mente y del espíritu, con lo cual lograron convencer a gran parte de su humilde audiencia, de modo que fue grande la venta de pomadas y otros específicos durante aquella tarde memorable.

Yo alcancé a notar, también, que muchos preguntaban por la dirección del consultorio, para contarle al hechicero, personalmente y en privado, sus tristezas, con la esperanza de encontrar así, un remedio para sus males. Y teniendo en cuenta las promesas de tan extraño personaje, seguramente pensaban incluir en sus sinceras confesiones, las penas de amor y los agobiantes problemas de dinero.

“Allá queda mi hotel, donde yo puedo atenderlos”, les decía a todos, señalando un pequeño edificio de tres pisos. “Y

que nadie falte, porque yo puedo ayudarles como ninguna otra persona puede hacerlo”.

Al terminar su perorata, repartió entre los presentes unas hojitas impresas con sus datos personales y “profesionales”. Y yo, en actitud de aparente contradicción, acudí a su promocionado consultorio, como muchas otras personas, deseando conocer su opinión sobre el futuro de mi vida, a pesar de mi propio escepticismo.

Mi decisión obedecía, más a la curiosidad juvenil frente a un personaje enigmático, que a mi aparente creencia en sus singulares predicciones. Vamos, pues, me dije con temor, pero con un gran interés en conocer sus métodos y la dotación de su despacho para el ejercicio de sus funciones agoreras.

Una vez ingresé al consultorio (el cual noté extrañamente adornado), el brujo me miró la palma de la mano izquierda y procedió a decirme muchas cosas absurdas y amañadas, según las cuales, alguien (tal vez una mujer enamorada de mí), me había dado un raro bebedizo que había afectado gravemente mi suerte y mi salud, al punto de que debía someterme a un largo tratamiento, con el fin de curarme el maleficio, para lo cual yo tenía que ir a su despacho por lo menos cada ocho días, y pagar, obviamente, la consulta y los remedios. Semejante diagnóstico me sorprendió bastante. Pero más me asusté cuando me dijo tranquilamente, que si no me hacía el tratamiento, yo estaría muerto a más tardar en treinta días.

Luego de pagar el valor de la consulta y algunas yerbas y jabones para “baños de la buena suerte”, me alejé del hotelucho muy preocupado, jurando no volver jamás al consultorio de ese brujo irresponsable, pese a la gravedad de su

sentencia, la cual siempre oculté a mi familia y mis amigos, ante la posibilidad de un regaño, tal vez merecido. O frente al riesgo de ser objeto de una burlesca actitud, por mi aparente ingenuidad.

Yo tomé posesión del cargo mencionado, regresé a mi tierra natal y de inmediato inicié mis labores docentes en el sector rural asignado por el Gobierno, haciendo obviamente un gran esfuerzo, dado mi mal estado psicológico, frente a tan funesto y fatal presagio. Debo confesar que durante un mes, estuve bastante nervioso, pensando en la posibilidad de que esa persona enigmática, tuviera la razón, no sé por qué motivo, o por qué extraña capacidad ultraterrena.

Pero el día número treinta, fue todavía más preocupante para mí. Recuerdo que en medio de una gran incertidumbre, y ante el temor de que esas macabras predicciones se hicieran realidad, esperé la Parca hasta que el reloj marcó las doce de la noche.

Y ¡oh prodigio!, la muerte con su horrenda guadaña, no apareció por parte alguna, para mi gran felicidad, y también para que, así, se operara el rotundo fracaso de un individuo con pretensiones de arúspice que sometió a una tortura innecesaria y canallesca, a un joven campesino, con el innoble propósito de ganar dinero, sin reparar en el daño que le hacía.

Lo que más deploro, es que los brujos y curanderos no se hayan acabado y, en cambio, aumenten día a día, gozando de una clientela cada vez mayor. Tal parece que el hombre, a pesar del progreso de la ciencia y la tecnología, continúa inmerso en las más grandes incógnitas respecto a su misión, su futuro y su razón de ser, en la inmensidad del universo.

Y dentro de tal confusión e incertidumbre, muchos prefieren correr el riesgo del engaño, consultando la opinión de charlatanes, y no quedarse en casa pensando en su gran fragilidad.

¿Racionalizarán muchos seres humanos su proceder, rechazando de plano a esa legión de brujos y curanderos que vienen prosperando, merced a la ingenuidad de algunos, y a la excesiva credibilidad de otros, pese a tener los consultantes, una gran cultura y una sólida formación profesional?

En fin, ellos sabrán. Que sigan consultando a ese tipo de personas chifladas, oportunistas y sin ética, ya metidas por entero en las ondas de la radio y en los canales de televisión, con la increíble anuencia del Estado.

Lamento que esto ocurra en ese mundo material. Y también deploro que sigan prosperando las personas que dicen tener capacidad para arreglar todos los problemas ajenos, mientras no les es posible subsanar los propios.

Muchos individuos dedicados al engaño, proclaman a los cuatro vientos, que pueden prever el número ganador del Premio Mayor de la Lotería para que sus clientes hagan fortuna, mientras ellos mismos no pueden utilizar esa pretendida capacidad en su propio beneficio, y por ende, deben seguir subsistiendo con base en el fraude y la mentira. §

CAPÍTULO VIII

PRIMERAS EXPERIENCIAS LABORALES

Tras esta singular anécdota, Samuel me relató aspectos fundamentales de su desempeño inicial como maestro. Primero en el lejano paraje de Las Lomas (sin acceso carreteable), y luego en la Vereda El Rosal, muy cerca del poblado de La Ceiba.

En Las Lomas trabajó Samuel por espacio de tres meses, dirigiendo dos grupos en forma simultánea. Es decir, daba clase en uno de ellos, y tras dejar a los alumnos trabajando en ejercicios de aplicación, pasaba al otro, y viceversa, según me explicó.

Luego continuó su narración en los siguientes términos: Todo parecía normal, hasta el momento en que noté que los niños asistían a la escuela cada vez en menor número. Indagando la causa del fenómeno, descubrí que ello era, en parte, el resultado de una campaña de descrédito que la profesora anterior estaba realizando en la vereda, bajo la argucia de que yo estaba demasiado joven para tan “altos menesteres”, y no era apto para ejercer el cargo, lo cual respondía a sus deseos de venganza por el hecho de haber sido destituida de su cargo, sin que yo hubiese influido en tal medida. Con el agravante de que, pocos días después, tuve que hospedarme en su propia residencia al no tener otra alternativa, pagando caro tal servicio.

Ciertamente, y como antes lo anoté, yo solo tenía 16 (diez y seis) años de edad, pero estaba debidamente preparado para desempeñar funciones educativas elementales, en virtud de mi preparación profesional en la Normal de mi pueblo, plantel en el cual había recibido una esmerada instrucción, acompañada de prácticas docentes en aspectos de Pedagogía, Metodología y Psicología Infantil.

También los padres de familia consideraban como “una pérdida de tiempo”, el hecho de que yo dictara clases de Educación Física, en el patio de la escuela, pues desconocían la importancia de tal asignatura en el campo de la salud. Además para formar hábitos de disciplina colectiva.

Muchos padres decían que sus hijos debían retirarse de las clases, a las 10 a.m., para regresar a sus casas, con el fin de llevarles el almuerzo, pues la mayoría de ellos eran jornaleros de la región, en trabajos agrícolas, de modo que sus hijos perdían una hora de estudio, diariamente, pues la jornada matutina terminaba a las 11 a.m.

Lo anterior determinaba un retraso en el desarrollo de los programas educativos, respecto a los niños que se retiraban tan temprano del salón de clases. A este factor negativo debía agregarse el hecho de que los progenitores, en medio de su ignorancia, me reclamaron, a mediados de Mayo, que al haber transcurrido tres meses de labores, sus hijos debían saber leer y escribir ya, desconociendo que el Gobierno le daba al maestro, diez meses (febrero-noviembre) para desarrollar, de manera completa, el plan anual de estudios. Es decir, que el profesor debía establecer, durante este tiempo (o año lectivo), las bases de la lectura, la escritura, las matemáticas y otras asignaturas de rigor.

Con todo, los padres decían que “el bajo rendimiento”, era elocuente demostración de la ineptitud del profesor, lo cual correspondía, como antes lo mencioné, a la campaña difamatoria y revanchista de la maestra de marras. En tal situación, yo decidí convocar urgentemente una reunión de padres de familia en la cual les expresé mis criterios, y los increpé con la vehemencia de un profesor adolescente herido en su orgullo profesional. Pero tal actitud agravó la situación de éxodo estudiantil ya mencionado.

Informado por mí, el Supervisor Local de Educación, sobre tales circunstancias, éste decidió cerrar la Escuela, bajo la argumentación de que si los alumnos no asistían a las clases de un profesor “titulado y serio”, no había razón para conservar el servicio educativo en la vereda, mientras otras carecían de él. Su mandato de cerrar el establecimiento oficial, se cumplió ante la sorpresa de aquella comunidad campesina que jamás pensó en tan negativo desenlace.

Tras la orden de traslado emanada de la Gobernación de la Provincia, y el cierre del plantel ya mencionado, llegué a otra zona rural del mismo municipio. Se trataba de la Vereda El Rosal, un tanto cercana al casco urbano, para trabajar allí como único maestro de la Escuela de Varones.

Como quiera que mi vereda natal estaba cerca de allí, principiaron las intrigas y la guerra por parte de conocidos y parientes, quienes no vieron con buenos ojos que un humilde hijo de la región hubiese llegado a ocupar “tan importante posición”, en una demostración evidente de envidia tropical.

La labor educativa se dificultó desde el principio, no solo por el espíritu chismoso de los pobladores, sino porque el profesor anterior, no había avanzado lo suficiente en el proceso enseñanza-aprendizaje, lo cual exigió de mi parte un gran esfuerzo, el cual permitió superar un poco esta falla académica en los dos grupos de la escuela.

La maledicencia veredal, logró desesperarme y aburrirme en forma rápida. Entonces, decidí pedir un traslado a otro municipio, el cual logré fácilmente, gracias a los buenos oficios de mi antiguo profesor de Historia, señor F. Carvajal, quien en esa época se desempeñaba también como Inspector Local de Educación. En tal virtud, preparé viaje, rumbo al Municipio de Sandoval, ubicado en la Región Oriental de la Provincia de Colón. §

CAPÍTULO IX

COSTUMBRES DE LA CEIBA

- Samuel. ¿Antes de que siga narrando la historia de su vida, podría hablarme un poco sobre las costumbres de La Ceiba, su tierra natal, haciendo hincapié en los tiempos de su infancia y de su juventud?
- Claro que sí, Gregorio. Pero solo a partir de 1950 y más o menos durante los nueve años siguientes. Pues antes yo estaba muy pequeño. Además vivía en una finca, un tanto ajeno a la vida urbana. Y teniendo en cuenta que salí de allí en 1959, exactamente a los 17 años de edad.

En aquella época los campesinos trabajaban juiciosos en sus parcelas, y los estudiantes procuraban cumplir con sus deberes. Los comerciantes, los carpinteros, los zapateros, los peluqueros, los panaderos y los sastres, cumplían cabal-

mente sus faenas, conforme a su leal saber y entender. Y las calles del poblado permanecían vacías, hasta el punto de decir graciosamente las comadres, que en estas vías espan- taban a plena luz del día.

En ese contexto pueblerino, solo había bullicio cuando los niños y los jóvenes recorrían las calles rumbo a los centros educativos y, también, al salir de ellos, generalmente en di- rección a sus hogares. Además, durante el domingo, con motivo del mercado semanal, se presentaba gran algarabía.

En tal ocasión, el pueblo presentaba un ambiente de fiesta general, en la que se realizaban transacciones de todo or- den, se dialogaba con amigos y parientes, se buscaba novia por doquier, o se consolidaban idilios viejos, hasta llegar al sagrado matrimonio. El ruido musical de las cantinas tur- baba el habla de las gentes arremolinadas alrededor de los toldos, y de otras ventas callejeras, en la plaza principal, la cual tenía un parque hermosamente verde, lleno de esca- ños para dialogar tranquilamente con amigos, compañeros y vecinos.

Estaba el parque rodeado de espacios en los cuales se ubi- caban los comerciantes, formando un cuadrado singular de gente dedicada a los más variados negocios, frente a la imponente arquitectura de la iglesia parroquial, cuyo cum- plido reloj marcaba las horas en forma estruendosa, hacién- dose escuchar a gran distancia.

A un lado, estaba la Alcaldía que servía de sede al Gobier- no Municipal, y de tribuna para los bandos domingueros. Estos representaban el acto posterior e inmediato a la Misa Mayor, llena la iglesia de campesinos y de pobladores ur- banos, quienes se distribuían rigurosamente en dos grupos

o “naves”, acomodándose los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha, pues siempre se dijo que éstas debían ocupar un lugar privilegiado en todas partes.

El criterio separatista de sexos también tenía vigencia plena en las escuelas, dando lugar a centros educativos femeninos y centros educativos masculinos, estableciéndose una exclusividad definitivamente inapelable. Por ello, las mujeres estudiaban lejos de los varones, y siendo como son, seres distintos y complementarios, se buscaban en la calle y en otros espacios, para verse y para amarse.

En tal virtud, era común el hecho de que los hombres jóvenes, poco concedores de las niñas, pero atraídos por ellas, las buscaban con particular frenesí. Y éstas, a su vez, hacían lo mismo, pero en forma discreta, dentro de un cuadro de mutua atracción que muchas veces terminaba en el nacimiento no premeditado (o no previsto), de hermosos bebés, en cuyo caso los abuelos, compungidos por el “horrendo” suceso, solían negar tal acontecimiento biológico y evitar los malos comentarios.

“Hijos naturales”. Así llamaban a los niños cuando nacían de la espontaneidad sexual de las parejas solteras, lo cual era motivo de gran deshonra, tanto para la madre de la criatura, como para sus parientes en general. Y para evitar estas situaciones incómodas, muchas familias, especialmente las ricas y las “acomodadas”, decidían enviar a la joven embarazada, a otra ciudad; y luego decían que se había ido a estudiar a una región de más desarrollo cultural, o que había resuelto irse a pasar una larga temporada, donde una tía suya que “vive muy lejos de aquí”.

En materia educativa puede decirse, que eran tiempos en los cuales se aplicaba abiertamente el rudo y bárbaro concepto de “la letra con sangre entra”. Se trataba de un procedimiento pedagógico ancestral, pues mis padres decían haber sido cruelmente castigados por sus maestros y sus progenitores, en su niñez y su juventud (primeras décadas del Siglo XX), por no cumplir debidamente con sus tareas escolares.

Pero, también, la severidad y la fuerte disciplina caracterizaban la vida hogareña, imponiendo, nuestros padres, el “castigo de dolor”, cada vez que lo consideraban necesario. Esta rigurosa disciplina quedó registrada en la historia educativa nacional como un procedimiento orientado, según sus promotores, a formar personas verdaderamente valerosas, con capacidad de afrontar con decisión y sin temores, los duros trances y problemas de la vida.

Es necesario señalar, sin embargo, que en los inicios de la década de los sesenta (Siglo XX), el castigo de dolor empezó a ser sustituido por otros procedimientos pedagógicos, en virtud de nuevas disposiciones legales, entrando, así, la educación, en una etapa más racional y más humana.

Continuando con esta historia parroquial, debo decir que todos los domingos (o casi todos), al terminar la Misa Mayor (11 a.m. – 12 m.) los obedientes feligreses, formando una apretada muchedumbre, se dirigían a un costado de la Plaza Principal, frente a la Alcaldía, para escuchar el Bando Municipal precedido de los golpes marciales del tambor.

La inmensa casa antigua, llena de ventanas y dotada de balcones, era el objetivo o centro de las miradas expectantes de una multitud de campesinos que, apretujados y vistiendo

sencillos trajes, que incluían casi infaliblemente un sombrero en el caso de los hombres, se ubicaban al frente del solemne Palacio Municipal, esperando ansiosos nuevas medidas oficiales.

Algunas de éstas, se referían a ciertos asuntos de poca trascendencia, como el uso adecuado de las vías públicas, incluyendo la prohibición terminante de secar café en las calles, y sobre el aseo de las mismas. Además, el Concejo Municipal disponía la lectura de sus Acuerdos, algunos de ellos de carácter tributario .

En otras ocasiones, el Alcalde prohibía actitudes relacionadas con el manejo de bares y cantinas, especialmente sobre el consumo de licor por parte de menores de edad, señalando también el horario permitido para su funcionamiento. “El señor Alcalde Municipal, en uso de sus atribuciones legales, y considerando (...)” Así se iniciaba el texto severo de los decretos locales, los cuales eran leídos cada domingo, para regular la vida del municipio.

Instruídos los parroquianos sobre tales disposiciones, procedían a disgregarse, para luego hacer sus compras domingueras y dedicarse a los negocios, al descanso, y a las conversaciones de café, amenizadas, éstas, con unas copas de cerveza o de aguardiente, antes de lo cual muchos de ellos visitaban, con especial ansiedad, la Oficina de Correos y Telégrafos para saber si ya había llegado, tras una larga espera, un mensaje de amor, la carta de un hijo ausente, o un telegrama urgente sobre asuntos mercantiles.

También en el día domingo llegaban de grandes y medianas ciudades cercanas, muchos avivatos y negociantes, con el fin de hacer “su agosto” durante ese día de mercado. Los

campesinos se arremolinaban en el parque principal, a cuyo alrededor se organizaban toldos para la venta de carne, verduras, granos y toda clase de cachivaches y mercancías. Mientras los unos vendían productos alimenticios, o mercado para la manutención semanal de los habitantes, otros organizaban la venta de helados y de artículos de panadería para saciar el gusto de niños, jóvenes y viejos.

Entre estos últimos productos, debo mencionar con especial afecto, los que distribuía mi tío materno de nombre Roberto, hombre amable, de gran espíritu de trabajo y singular vocación de servicio social, quien fue particularmente generoso con sus sobrinos pequeños (yo entre ellos), a quienes solía obsequiar parte de su apetitosa mercancía, como si se tratara de sus propios hijos.

Y no faltaban los que instalaban mesas, cubiertas con telas especiales para protegerse del sol y de la lluvia. Y sobre ellas, colocaban juegos de azar con los cuales se recreaban los sencillos visitantes.

Pero, además, llegaban, de otros municipios, como ya dije, los vendedores de “específicos” y también los culebreros, a la par que los comerciantes de telas, incluyendo árabes, quienes ofrecían finos cortes de paño inglés, esperando conquistar clientela y hacer buenos negocios.

“Yo vengo, señores, en representación de la Casa Gentleman de Barranquilla, decía uno de los vociferantes, con variadas telas que solía colocar en el suelo de la plaza, formando un “baratillo”, ante la mirada expectante de muchos campesinos, quienes se arrimaban a escuchar con interés, sus atractivas propuestas. Y como éste, muchos otros hacían lo mismo, aumentando así la barahúnda pueblerina.

En ese maremágnum de comerciantes domingueros, participaban también personas ingeniosas que llegaban al pueblo con pericos (o loros pequeños) amaestrados, con capacidad de sacar, graciosamente, de una cajita, las boletas de la suerte. Y vendían abundantes cantidades, pues la gente, dominada por la curiosidad, siempre deseaba saber todas las predicciones sobre la suerte, especialmente en los campos del amor y los negocios.

Al comenzar un nuevo año, llegaban personas geniales y oportunistas, para embelesar a la audiencia con tretas que los campesinos de la época veían con sorpresa inusitada.

En cierto caso, un astuto aventurero con pretensiones agoreras, ofrecía revelar el futuro de la gente, no ya con loritos de hermoso plumaje verde y amarillo, sino a través de un extraño método, que consistía en sacar de un libro, las premoniciones y consejos para el nuevo año, tras la simple introducción en él, de una hoja de papel en blanco, que luego salía impresa con todos los informes sobre la suerte; suficientes para que los clientes quedaran satisfechos.

“Oh libro de San Cipriano”, por la virtud que tu tienes, y por la que mi Dios te ha dado, comunícale al caballero en letras claras y legibles, y en perfecto castellano, su porvenir, quien ama, quien traiciona, lo que a la casa viene, la suerte para el año nuevo. Y el libro le va dando rápidamente su contestación (...). Con estas palabras de corte mágico, producía el avispaado mercader la admiración general, atrayendo cada vez mayor cantidad de personas que se peleaban por los puestos, para ver las raras facultades del nuevo visitante, quien luego de tales oraciones sacaba la hoja escrita, tras haberla metido totalmente en blanco, como ya se dijo, entre

las páginas de aquel libro misterioso. “Véndame a mí, véndame a mí”, decían al unísono los numerosos parroquianos que veían en aquel acto, un portento verdadero.

También los circos constituían un eficaz instrumento de diversión, cuando llegaban esporádicamente al pueblo, con sus artistas, sus payasos y sus animales amaestrados. Aunque se trataba de pequeñas compañías que arribaban a la localidad de tiempo en tiempo, los circos llenaban de alegría y regocijo a gran cantidad de personas adultas, y también a los niños. Todos se acercaban a sus instalaciones cubiertas por gruesas carpas en forma de un toldo gigantesco, a disfrutar de sus funciones, especialmente durante los fines de semana y los días festivos.

La llegada del circo constituía, entonces, un gran acontecimiento que rompía la monotonía pueblerina y le daba a todos los habitantes locales, la posibilidad de pasar momentos maravillosos, durante los cuales el ingenio de los cómicos, las piruetas de los malabaristas, las gracias de los animales y los extraños actos de los magos, entre otras atracciones, se convertían en factores de admiración y de recreación a nivel comunitario.

Algo similar puede decirse de la llamada “Ciudad de Hierro”, la cual llegaba al pueblo periódicamente, con sus llamativos elementos mecánicos, entre los cuales se destacaba la “Rueda de Chicago”, para dar lugar, como los circos, a inolvidables momentos de esparcimiento popular. Aunque se trataba de compañías modestas dedicadas a tales menes-

teres sociales en provincia, su arribo a la población llenaba también de alegría y de jolgorio a sus sencillos habitantes.

Dentro de las distracciones populares, no pueden olvidarse las retretas que organizaba en la plaza principal, la Banda Musical del Municipio, especialmente durante las tardes del domingo, para amenizar el ambiente pueblerino. Sus numerosos componentes, bien equipados con instrumentos de viento y percusión, hacían gala de su gran capacidad artística, ante un numeroso público que los escuchaba con particular deleite, dentro de un programa orientado a fomentar la cultura musical, y a procurar momentos de solaz en aquella entrañable provincia tropical.

Respecto al deporte, puede decirse que en tal época se encontraba prácticamente en ciernes, este factor orientado a la diversión y la salud. Solo el ciclismo, el fútbol y el baloncesto, empezaban a tomar alguna fuerza entre la juventud de mi pueblo, sin que se pueda mencionar un certamen de carácter deportivo que haya tenido importancia regional en esos tiempos de precarias telecomunicaciones, pues la radio en la década de los cincuenta, era un recurso del cual solo algunas familias urbanas disfrutaban, y la T.V., introducida al país en 1954, no se veía en ninguna parte del poblado.

Dentro del mismo estado embrionario puede ubicarse el cinematógrafo, el cual, si bien, a mediados del siglo XX había sentado sus reales en la localidad con sus películas mexicanas y los filmes de “El Gordo y el Flaco”, no tuvo mayor desarrollo en aquellas calendas, llegando a ser, tal distracción, en mi caso personal, una expresión artística prácticamente desconocida, salvo claro está, la propaganda que solía hacerse en las carteleras ubicadas en la parte exterior del teatro.

Mi condición de campesino, mi tierna edad y la escasez de recursos pecuniarios que afrontaba, me mantuvieron un tanto alejado de tal esparcimiento, al cual solo me aficioné años después, ya adulto y con más conciencia de su valor como arte y como medio de cultura, siendo ya residente de otros sectores geográficos del país, con mayor desarrollo general. Aunque no olvido las ocasiones en las cuales, movido por la curiosidad infantil, logré ver furtivamente algunas escenas de ciertas películas protagonizadas por “charros mexicanos” a través de las rendijas de una pared de madera que tenía el Teatro Municipal, en su entrada y cerca a la taquilla, aprovechando el descuido del vigilante.

Pero una vez advertía yo el peligro de ser cogido “in fraganti”, emprendía veloz carrera por esas calles aldeanas, unas destapadas y otras empedradas, pues solo al final de la década de los cincuenta, empezó la pavimentación de las principales vías como expresión del modernismo. Y no sobra decir que durante los días siguientes esas imágenes extrañas seguían en mi mente, de modo que se reconstruían en ella, las ruidosas canciones rancheras, lo mismo que los disparos que se desataban entre los grupos de parroquianos, en esas graciosas cintas proyectadas en blanco y negro, como factor de diversión de los espectadores locales. §

CAPÍTULO X

BARDOS POPULARES

De otro lado, era notable la costumbre de hacer versos por cualquier cosa que aconteciera, como en el simpático caso de una huelga de comerciantes, a raíz de los nuevos impuestos que aprobó el Concejo Municipal. En efecto, en medio de la huelga mencionada, un inquieto bardo popular redactó unos divertidos versos que luego hizo imprimir en pequeñas hojas, para venderlas en toda la región, entre los cuales recuerdo los siguientes:

*(...) Y si cierran los almacenes
y no venden el liencillo,
será de hojas de guineo
hacer los pantaloncillos.*

*Entonces a las mujeres
se les agravó la situación,
porque al no vender coleta,
con qué hacen “combinación”.*

*También a los choferes
aquí los quieren gravar.
Y si hacen parar los carros,
¿en qué vamos a montar?*

Pero, también, se presentaban en mi tierra natal, tragedias deplorables, tal vez por poco sentido de la previsión y la prudencia, como en el caso de un derrumbe que se registró en la carretera que conduce a la Capital de la Provincia, a solo dos cuadras del poblado.

Un día de triste recordación, se desprendió en forma repentina una inmensa masa de tierra, a raíz de una corriente de agua que se filtraba en forma lenta, pero peligrosa, sin que nadie lo notara. Pues bien, se vino a media noche la avalancha o alud, tapando una casa grande que bordeaba la mencionada carretera, y en la cual dormían profundamente sus numerosos habitantes. Muchas personas cercanas a mis afectos y mi sangre, perdieron la vida en esta tragedia dolorosa, que ahora recuerdo con tristeza profunda y la cual fue cantada por un bardo local que vendió muchas hojitas, especialmente durante los domingos, narrando los detalles del derrumbe, en los cuales decía parcialmente:

*“Pues misiá Bárbara Franco,
viuda de Don Baldomero,
pereció ella con sus hijos,
y dos López también murieron”.*

Recuerdo además la hoja volante, impresa en una editorial de provincia, que contenía la despedida de un sacerdote, quien hacía varios años había llegado a regir la grey del pueblo, con su robusta complexión y su actitud de hombre sencillo y generoso:

“Una tarde del mes de febrero de 1950, llegué por primera vez a esta parroquia (...). Hoy después de cinco años, la voluntad de Dios me aparta de vosotros, amadísimos fieles. Pero, antes, he de afirmar públicamente, que aquí he pasado los años más tranquilos y felices de mi vida sacerdotal. Lo digo muy alto: Nunca por parte de vosotros se me ha dado causa de pena, o descontento (...). Estoy seguro de que recibiréis al nuevo Párroco, con la misma generosidad y hospitalidad con que lo habéis hecho siempre...”

De otro lado, los bardos le contaban al pueblo otros incidentes y noticias, con gracia sin igual, incluyendo eventos que solo tenían asidero en la efervescente imaginación del trópico, aunque muchas veces no se ajustaran plenamente a la lógica, ni al rigor gramatical. Tal es el caso de un extraño matrimonio entre dos mujeres, narrado con especial acento humorístico en los siguientes versos que circularon copiosamente por toda la comarca, y cuyo texto quedó grabado para siempre en mi memoria de niño, en virtud de la fuerte impresión y la gracia que me produjo este hecho singular de

aquella época lejana. Dice así, la referida composición poética de corte eminentemente popular, en la cual se acomodan las palabras en forma un tanto forzadas, en aras de la rima:

*“Les cuento que una mujer
de cuarenta años de edad,
se casó con una niña
de inocente castidad.*

*Pues muchas ganas tenía
esta mujer endiablada,
y aunque ya tenía familia
se declaró enamorada.*

*Se puso saco y chaleco
corbata negra y sombrero,
y le dijo a María Inés
que él era rico y soltero.*

*Sin saber la pobre Inés,
le aceptó pronto el casorio
y, así, a la casa cural
se fue con su hermoso novio.*

*El cura cree enseguida
que lo mejor es casarlos,
y le buscó los padrinos*

*sin figurarse el engaño.
Fueron padrinos del caso,
el criado y la cocinera
y que allí presentes estaban
parados en la escalera.*

*Casados de allí salieron
María Inés y su querer,
dándose abrazos y picos
con su marido-mujer. (...)*

*Ya a la segunda noche,
María Inés no aguantó más,
y le contó lo ocurrido
a su padrino Tomás.*

*Ya muy pronto Tomás
se lo contó al señor cura,
y éste muy pronto exigió
del esposo la captura.*

*Por eso les aconsejo
a las muchachas de hoy en día,
que antes de casarse toquen,
porque así no hay picardía”.*

Las hojitas impresas con esta composición, se vendían en forma copiosa, pues los campesinos y muchos habitantes urbanos, querían llevar a casa y conservar el texto de esta historia, que, como es de suponer, causó mucha gracia en el poblado.

Al llegar la noche del Domingo, y tras un agitado día de mercado, y de fiesta para muchos, los campesinos regresaban a sus parcelas generalmente por escabrosos caminos de herradura, para unirse a las familias alrededor de una vela, la cual difícilmente les permitían ver el plato de fríjoles con chicharrón¹ que sus consagradas esposas les ofrecían cariñosamente.

Después de rezar el Santo Rosario y otras oraciones, con particular fervor, la familia solía acostarse y dormir profundamente en medio de la quietud y el silencio del ámbito rural, pletórico, este último, de plantaciones de café, plátano, maíz, yuca y caña panelera, entre otros cultivos, de los cuales derivaban su sustento cotidiano.

Al día siguiente, comenzaba una nueva semana de trabajo para los mayores, ante el deber de procurar a sus familias la subsistencia, y contribuir al desarrollo económico y social del municipio. También los pobladores urbanos regresaban a sus labores habituales, y los estudiantes volvían a la escuela o al colegio, a continuar su preparación intelectual, pensando en el futuro.

Era notable el ambiente de disciplina que reinaba en aquellos tiempos, en los cuales las autoridades civiles encabezadas por el Señor Alcalde, y el Gobierno Eclesiástico simbolizado por el señor Cura Párroco, eran cabalmente respetadas, sin asomo alguno de rebeldía o de reproche.

Lamentablemente, esta región, al igual que muchas otras zonas del país, padeció en esta época, los horrores de la violencia política, a raíz del asesinato de una importante figura nacional, situación que duró varios años y dejó un doloroso saldo de pérdidas humanas, a la par que afectó gravemente la economía y, en general, la vida de toda la nación. §

-
1. *Chicharrón: tocino de cerdo, frito.*

CAPÍTULO XI

OTRAS FACETAS PROVINCIANAS

- Apreciado Samuel. He venido escuchando con mucho interés su magnífico relato sobre las costumbres de La Ceiba. Observo que se trata de hechos y actitudes sencillas, que reflejan muy bien la vida cotidiana de ese pintoresco poblado tropical, en aquellos viejos tiempos. Pero creo que no podemos omitir algunas referencias sobre las creencias, y prácticas religiosas, en el texto que debo escribir sobre su activa y fecunda vida terrenal. De modo que estaré muy atento a sus explicaciones, sobre esta faceta tan importante de su pueblo y su provincia.
- Bueno Gregorio. Me parece muy oportuna su recomendación, y con mucho gusto procuraré atenderla, mencionando inicialmente las Fiestas Patronales, las cuales se celebraban con gran pompa y devoción, durante los

primeros ocho días del mes de diciembre, en honor de la Inmaculada Concepción. Ciertamente, se trataba de un gran acontecimiento que congregaba a miles de devotos de la Virgen María, en desarrollo de ceremonias diarias organizadas por la Parroquia, y en ellas participaban destacados oradores sagrados, procedentes de otras latitudes.

Aparte de los ritos y oraciones de rigor en estas fiestas, recuerdo muy bien el extraordinario espectáculo de juegos pirotécnicos que, diariamente, y en las horas de la noche, tenía lugar en el Parque Principal. Tal acto era presenciado con gran expectación por miles de fieles, en su mayoría, campesinos, quienes llegaban de las distintas veredas y, especialmente, de las más cercanas, a cumplir con esos deberes religiosos.

Era, pues, la pólvora (manejada en este caso con gran pericia, por su propio fabricante), un gran atractivo en tales certámenes católicos, en los cuales muchos noviazgos se fortalecían, a la par que nacían otros; todos ellos con muy buenos augurios en el campo de la felicidad personal y las perspectivas de crecimiento poblacional del Municipio. Aunque es necesario observar, que la venta de productos pirotécnicos era totalmente libre, lo cual, como es de suponer, daba lugar a eventuales accidentes con graves consecuencias personales, especialmente cuando sus usuarios eran niños, tanto en estas festividades, como en otras ocasiones de jolgorio general.

Después llegaban los eventos propios de la Navidad, en medio de la alegría y del fervor que inspiraban la Novena del

Niño Dios, y los memorables villancicos frente al pesebre, en unión de toda la familia. Sin faltar, claro está, la preparación de la “natilla” y los “buñuelos”, y en muchos hogares el tradicional sacrificio del “marrano”, para el consumo doméstico durante los días 23, 24 y 25 de Diciembre, dentro de una efusiva atmósfera familiar que incluía mucha música, especialmente de cuerda; licor para los adultos; animados bailes hogareños y, otra vez, las diversiones derivadas de la pólvora.

Y ni hablar de la felicidad que sentíamos los niños al recibir el aguinaldo, aunque se tratase de modestos objetos que poco duraban en nuestras manos infantiles por su uso inadecuado. O porque la excesiva curiosidad nos llevaba a desbaratarlos, si se trataba de juguetes, queriendo conocer sus mecanismos interiores. Y siempre creímos que venían directamente del cielo, en virtud de la inmensa generosidad del Niño Dios. Solo cuando llegaba la pubertad, conocíamos la triste verdad de que eran comprados por papá y mamá, acabándose así nuestra “inocencia”, tan preciada y respetada en aquellos viejos tiempos, así como la enorme satisfacción que solían producir en el alma infantil, aquellos “regalos divinos”.

Respecto a la Semana Santa, puede decirse que a mediados del Siglo XX se celebraba esta festividad en forma solemne, y dentro de un extraordinario recogimiento espiritual. Es de anotar que en aquella época, se profesaba un gran respeto a las normas de la Iglesia. Los Obispos y los Sacerdotes eran venerados y acatados cabalmente por los feligreses, no solo

en razón de la notable fe religiosa que existía, sino también porque ellos, con su digno proceder, infundían respeto y admiración ante los numerosos componentes de su grey.

Dentro de tal contexto, los sacerdotes eran, no solo ejes espirituales de la parroquia, sino, también, guías e instrumentos de consuelo para las personas tristes y desorientadas. En ejercicio de tal misión, actuaban como consejeros de las esposas aburridas por el mal proceder de sus maridos. Y, también, de esposos defraudados por el flagelo doloroso de la infidelidad.

También debían escuchar los problemas generados por el mal entendimiento de los parroquianos, y por sus pecados carnales, sin excluir el caso particular de criminales que solían acudir al sacerdote para confesar sus crímenes horrendos, sin que el representante de Dios pudiese divulgarlos ante las autoridades competentes, en virtud del sigilo sagrado de la penitencia.

Era, entonces, la Semana Santa, una época de gran significado espiritual. La “música pagana” se cambiaba por la de carácter religioso; y en las mesas familiares, el pescado sustituía las carnes rojas, “tan expresivas del pecado”. Los sacerdotes, iluminados y proclives a la sana intención y a los desbordamientos orales de carácter espiritual, canalizaban sus energías en aras de la orientación cristiana de sus fieles.

En la tarde del Jueves Santo se realizaba la gran ceremonia recordatoria de la Última Sena y el Lavatorio de los Pies,

en la cual, a pesar de su extensión, participaba la gente con notable fervor religioso. El Viernes Santo, sagrado día como ninguno, nadie podía trabajar, porque se trataba de una fecha que debía ser consagrada por entero, a la grandeza del Señor.

La gente también pensaba en cosas materiales, pues buscaba tesoros ocultos, porque se decía que el Viernes Santo a las doce de la noche, se veían entierros y guacas, según los campesinos. Según sus creencias, una extraña luz salía de estos lugares, siempre y cuando los interesados se ocultaran bien entre las ramas de los árboles, lo cual les permitía encontrar riquezas enterradas.

Recuerdo, además, la famosa procesión del viacrucis. Se trataba, como en la actualidad, de un acontecimiento multitudinario que rememoraba la crucifixión de Cristo, el cual se celebraba a lo largo de las principales calles de mi pueblo. Y debía ser preparado de antemano, pues se trataba de un recorrido de catorce estaciones, como acto litúrgico previo a la muerte del Divino Salvador.

Los sacerdotes explicaban muy bien el significado de dicha procesión, haciendo énfasis en cada una de las estaciones correspondientes, a medida que se realizaba dicha marcha religiosa, a lo largo de un trayecto dotado de imágenes para el efecto. Todo ello se realizaba en medio de un fervor imperturbable.

Más tarde (3 p.m.), se realizaba una larga ceremonia, incluyendo el sermón de las siete palabras. Se trataba, de un acto altamente doloroso, en cuya celebración la gente se arrepentía de sus pecados, y prometía no volver a violar los mandamientos del Señor. En tal ocasión se escuchaban muchos

ruidos, y se veían extraños fenómenos que producían pavor y estremecimiento entre los fieles, como truenos y relámpagos, en medio de una fuerte cortina de humo que se levantaba en el fondo del altar.

Allí se había organizado todo, para simular el Monte Calvario y la representación de las tres cruces. Esto es, la de Jesús, y las que le correspondían a los dos ladrones acompañantes, durante aquella tarde triste de Jerusalén. Muchos decían que todo ese alboroto venía del cielo, en prueba de la grandeza del Señor crucificado.

Pero, la verdad, es que todo se reducía a mucho teatro, expresado en artificios de pólvora, y a una buena organización escénica para conmover a la feligresía y promover así, su conversión, lo cual, ciertamente, se lograba pero en forma temporal.

Pasada la devoción de la Semana Mayor, se olvidaban las gentes de Dios y volvían a pecar, es decir, a vivir como antes, con poco sentido de la caridad cristiana y con deseos vehementes de poseer la mujer del prójimo. Y también, buscando apoderarse de los bienes ajenos. En fin, con muchas inclinaciones pecaminosas y malvadas.

Hasta hace algunos años, todavía la Semana Santa se celebraba en Provincia con gran solemnidad, superando en ello, a la Capital de la República. Yo lo experimenté personalmente, recién llegado a ella, procedente de esa región cafetera de Occidente. Un día, Viernes Santo, sorprendí a la familia de mi novia en la Capital, con un vestido meticuloso en cuyo conjunto se destacaba una severa corbata negra, como símbolo de duelo y de respeto ante la muerte dolorosa de Jesús.

En efecto, al presentarme enhiesto y muy ceremonioso en la casa de mi prometida, produje, sin que lo esperara, una sensación nerviosa general que, de inmediato, generó la con-sabida pregunta: ¿Quién se murió? Pues Jesús, les contesté extrañado y con acento de católico confeso.

Ellos no adivinaron el sentido piadoso de mi expresión, y debieron controlarse para no reír a mandíbula batiente, pese a que conformaban una familia practicante de la fe católica y muy respetuosa del culto cristiano. Aunque no con la devoción que mis padres me infundieron, desde el ya lejano encanto de mi cuna. Esa cuna humilde rodeada de cánticos y rezos que me correspondió y me protegió durante aquella etapa inicial, en medio de los verdes cafetales de La Ceiba. §

CAPÍTULO XII

PROBLEMAS DE ORDEN PÚBLICO

- Es muy interesante el recuento que usted acaba de hacerme sobre La Ceiba en tiempos de su juventud, le dije a Samuel. Pero yo quisiera saber un poco más sobre los episodios de violencia que se presentaron allí, al igual que en muchas otras partes del territorio nacional, a mediados del Siglo XX, agregué.
- Después del asesinato de un destacado político, como le dije, Gregorio, sí ocurrieron lamentables casos de violencia durante varios años en mi pueblo y en algunas veredas, respondió Samuel, y luego agregó: Muchos de tales incidentes, ocurrieron cuando yo aún estaba muy pequeño y no tuve oportunidad de conocerlos en forma suficiente. Sin embargo, quiero referirle la siguiente anécdota:

Uno de mis familiares cercanos, tenía en La Ceiba una modesta cantina, en la cual yo le ayudaba los domingos, a pesar de mi corta edad, pues apenas frisaba en los once años. Se trataba de un pequeño negocio que funcionaba en la salida del casco urbano, rumbo a mi vereda. La misma zona que años después fue bautizada con el severo nombre de “Punta Brava”, dados los episodios de violencia que solían presentarse en tal sector. Entre ellos puedo mencionar uno, en el cual fue atacado y gravemente herido con arma cortopunzante, mi tío materno Pedro Pablo, por razones exclusivamente políticas.

Por fortuna logró salvar su vida en forma milagrosa, gracias a los cuidados hospitalarios que le fueron proporcionados oportunamente, a pesar de haber presentado más de veinticinco lesiones en diferentes partes de su cuerpo.

Recuerdo, además, lo que mi padre me relató un día, en el sentido de que en dicho lugar se registró una pelea (años atrás), entre uno de sus amigos llamado Pompilio, y el dueño de una sombrerería apodado El Andaluz. Respecto a este caso, puedo precisar que Pompilio entró, un día domingo, en franca confrontación con dicho personaje, considerado como un hombre ágil y bien entrenado en el manejo de armas cortopunzantes, como la llamada “peinilla”, la cual consistía en un machete largo, un tanto flexible, como de veintidós pulgadas y bastante utilizado en el campo nefasto de las peleas provincianas.

Pues bien, armado El Andaluz con tal herramienta, y el amigo de papá con una navaja, se inició la frenética contienda, por razones que aún desconozco, ante la mirada expectante de muchos aldeanos que habían llegado a la población,

ese día de mercado. Y tras furiosos lances de parte y parte, Pompilio le produjo al contrincante una herida en el abdomen, aunque de poca gravedad. En forma providencial, mi padre apareció en tal momento, y procedió a poner punto final a esta riña pueblerina, a base de cordiales y mágicas convenciones, como solo él podía hacerlo, por ser un hombre pacífico y de gran reputación moral.

En tal caso, Pompilio fue a parar inmediatamente a la Cárcel Municipal, y mi progenitor, hondamente preocupado por la suerte de su amigo, debió “mover cielo y tierra”, incluyendo trámites políticos, como era de usanza en aquella época violenta de mitad del Siglo XX, para que fuese liberado pronto, como en efecto sucedió. También pude presenciar, horrorizado, otras peleas en la plaza principal, en las cuales se esgrimían armas blancas, en medio de la muchedumbre que acudía al mercado semanal durante el día domingo, a consecuencia de profundos odios partidistas.

Supe, además, de otros casos de violencia presentados en mi pueblo: De un momento a otro alguien sacaba su revólver escondido bajo la ruana, y disparaba contra una persona determinada, produciéndole la muerte; y luego se fugaba rápidamente, eludiendo así la acción de la justicia.

En algunos casos, se trataba de individuos que llegaban de otros municipios con el propósito de eliminar a algún contrincante ideológico, o de consumir una venganza personal. También se registraban, especialmente en áreas rurales, dolorosos asesinatos cometidos con sevicia, es decir, sometiendo a la víctima a execrables torturas, por simple sectarismo político.

Las amenazas de muerte contra algunas personas de las dos tendencias ideológicas predominantes, se hicieron sentir en diferentes lugares del municipio, lo cual generó el éxodo de numerosos habitantes, tras vender, a precios de ruina, sus pertenencias. La división social fue tan notable, que los padres les prohibían a sus hijas casarse con pretendientes del partido contrario; y en el caso de los varones, también se presentaban grandes presiones para impedir tales matrimonios.

Esta ola de barbarie regional, era el fiel reflejo de lo que estaba ocurriendo en casi todo el territorio nacional, y fue particularmente grave y espeluznante entre 1948 y 1953, pues en este último año se produjo un golpe de Estado. El nuevo gobierno comenzó a tomar drásticas medidas para controlar el orden público. La dictadura terminó en Mayo de 1957, lo cual permitió que la democracia regresara a mediados de 1958, tras el gobierno transitorio de una Junta Militar.

Se estima que trescientas mil personas perdieron la vida durante estos diez años de historia de mi Patria (1948-1958). Con todo, la situación de zozobra se prolongó durante varios años en otras regiones del país, pues los odios y los sentimientos de venganza, continuaban anidando en el corazón de muchos compatriotas.

Conviene señalar que en 1958 se inició una etapa democrática especial, en virtud de un pacto político celebrado entre los dos partidos, el cual fue apoyado por el pueblo mediante un plebiscito. En dicho convenio, se establecía la alternación presidencial para ambas tendencias ideológicas, excluyendo otras expresiones políticas.

Hacia el año de 1964, empezó a formarse un grupo guerrillero, y luego otros. Todos con pretensiones socialistas. Algunos de ellos llegaron a ser bastante fuertes y demostraron una gran audacia bélica, lo cual puso en serio riesgo la estabilidad democrática de la Nación, a la par que suscitó el nacimiento, años después, de organizaciones de defensa privada, apoyadas, en algunos casos, por el narcotráfico, para hacerle frente a la grave situación, y llenar así el vacío de Estado que, en muchas regiones del país, se presentaba.

Posiblemente, más adelante tenga oportunidad de ampliar este tema tan importante, pero también tan angustioso para todos los habitantes de la República. Le pido, Gregorio, que por favor, me lo recuerde a su debido tiempo, de modo que este relato no quede incompleto en tal materia, aunque, como ya le dije, se trata de episodios que llenaron de dolor el alma nacional.

- Bueno, Samuel, le contesté. Observo que se pone usted muy triste, al hablar de estos episodios tan violentos. Sin embargo, comparto su opinión en el sentido de que más adelante deben ser explicados en forma detallada, a manera de relato histórico, con miras a que nuestros lectores queden mejor informados en esta materia, y procuren buscar la paz en la República Andina del Norte, como expresión de civilidad, de orden y justicia. Aunque reconozco que la paz continua y general, es una utopía, pero creo que sí podemos lograr un poco de sensatez y un razonable ambiente de tranquilidad social, en aras de nuestra felicidad y el progreso general.
- Ha hablado usted, Gregorio, como un hombre verdaderamente serio y reflexivo, dijo Samuel. La paz es la base

del desarrollo. Por ello, es necesario reconocer que la guerra y, en general, todos los actos violentos, jamás deben hacer parte de las alternativas en una sociedad civilizada y democrática. Y mucho menos si se quiere llamar cristiana, y respetuosa de la moral y de la ley.

- Estoy de acuerdo con usted en este aspecto, respondí de inmediato, para cortarle a Samuel esa larga perorata que quería continuar, porque yo lo conocí como una persona bastante inclinada a los discursos extensos, aunque debo reconocer que solían ser bastante lúcidos y bien fundamentados.

Luego le propuse lo siguiente: ¿Por qué no hablamos de un tema diferente, para que usted y yo nos tranquilicemos un poco, y dejemos de pensar en esos dolorosos actos sangrientos que, lamentablemente, se registraron en numerosas regiones del territorio nacional?

- Claro que sí, Gregorio, me contestó al instante. Entonces seguiré contándole otros aspectos de mi vida.
- Sí, Samuel. Continúe con esa interesante biografía en forma pormenorizada, como ha venido haciéndolo, pues así la obra resultará más descriptiva y, por lo mismo, más apasionante para todos los lectores. §

CAPÍTULO XIII

VIAJE A SANDOVAL

*Chung- Chien daba clases
en la escuela primaria de una aldea (...)*

KAO YUN – LAN
(Anales de una ciudad de provincia)

Tras cumplir seis meses de servicios educativos en mi patria chica, y confirmar que “nadie es profeta en su tierra”, llegué a la población de Sandoval, la cual presentaba un buen paisaje en sus contornos, y sus moradores eran personas amables y muy trabajadoras.

Mi traslado a la zona urbana de este municipio, representaba para mí un gran triunfo, luego del grado obtenido en la Normal, y de los avatares sufridos, ya someramente comentados. Ciertamente, las cosas cambiaron, pues todo se inició con total normalidad, armonía y deferencia hacia mí, pese a la juventud que yo reflejaba, pues solo tenía, entonces, diez y siete años de edad.

Los días y los meses pasaron, y la gente se adaptó a mi figura juvenil, la cual contrastaba con la de mis compañeros de trabajo, quienes tenían entre los treinta y los sesenta años. El señor Director de la escuela, hombre ecuánime y justo, de avanzada edad, se convirtió en mi mayor defensor frente a las dudas y la suspicacia de algunos profesores, quienes solo veían en mí, a un joven compañero incapaz de desempeñarse adecuadamente en el cargo, y de imponer la autoridad en el ámbito escolar.

Al finalizar el año de 1959, y tras cuatro meses de trabajo educativo allí, por haber llegado en Agosto a esta localidad, se inició la preparación del Acto de Clausura del año lectivo. En tal virtud, el Consejo de Profesores, ¡oh prodigio!, me escogió como orador principal de dicha ceremonia, merced a una proposición presentada por el mismo Director.

Empero, varios días después, el mismo Consejo de Profesores cambió el cargo de “Principal Orador”, por la misión de pronunciar “unas palabritas alusivas al acto”, bajo la presión ejercida ante el mismo Director, en el sentido de que yo no tenía capacidad suficiente para desempeñar dicha función con la lucidez necesaria. Y en tal caso, fue designado otro profesor para pronunciar el discurso de fondo.

En tal situación, resolví escribir “las palabritas”, para luego aprendérmelas de memoria, queriendo impresionar al auditorio con una aparente improvisación. Por fortuna, me correspondió intervenir antes del solemne discurso de clausura. Entonces, tras el saludo protocolario, dije lo siguiente con voz pausada y fuerte:

“Nos hemos reunido aquí, con el fin de celebrar el acto de clausura correspondiente al presente año escolar y, por una

designación inmerecida, me corresponde ahora dirigiros la palabra. Pero antes, juzgo oportuno manifestaros, que si poseyera las dotes magníficas que regalan las musas a poetas y oradores, no tendría inconveniente en hablar de la mejor manera para complaceros. Más, estando desprovisto de toda cualidad oratoria, me permito cumplir el encargo como tal, seguro de que sabréis dispensarme los errores de mi breve exposición (...)"

Continué con otras consideraciones pedagógicas, y con algunos comentarios alusivos a las labores realizadas. Y al concluir el discurso, fui aplaudido en forma entusiasta por el auditorio. Pero el contraste fue notable cuando el "profesor principal" sacó de uno de los bolsillos de su saco, un documento que solo contenía la transcripción del comentario publicado en un libro popular, sobre "el carácter" y otros temas, el cual fue leído con precaria entonación, sin dar crédito al autor. En tal caso, la situación se decidió a mi favor, pues, como yo lo deseaba, logré dar la idea de haber improvisado, sin que "mi trampa" hubiese sido descubierta.

A mediados del año siguiente, fui escogido por el Señor Cura Párroco (quien también fungía como Inspector Local de Educación), para cumplir la misión de pronunciar otro discurso, esta vez con motivo de la celebración del Día de la Juventud, llamado también Día Olímpico (julio 19), el cual preparé con especial cuidado, consciente de la trascendencia del honroso encargo.

Para el efecto, conté con la amable colaboración del respetado jerarca, quien me facilitó el acceso a su bien dotada biblioteca, para obtener una mayor ilustración sobre Grecia y los Juegos Olímpicos antiguos, en los cuales se inspiraban

estas justas deportivas, de obligatoria celebración anual en todos los municipios de la República.

Tal investigación, me permitió elaborar un trabajo ajustado al auditorio (infantil y juvenil), en el cual me referí al origen griego de estos juegos (776 A.C.) en honor de Zeus, cada cuatro años. Sin olvidar que tales justas perduraron bajo el dominio de Roma, hasta su prohibición, por parte de Teodosio, hacia el año 393 de la era cristiana, según algunos historiadores.

Otros sostienen que la última se realizó entre 392 y 396. Igualmente, mencioné la Primera Olimpiada Moderna celebrada en Atenas en 1896, gracias a la labor desarrollada por el Barón francés Pierre de Coubertin (1863-1937), con miras al resurgimiento de dichas competencias.

Se aclaró que dicho evento en el Municipio de Sandoval, no tenía relación con las olimpiadas modernas de carácter internacional ya mencionadas, las cuales se venían celebrando cada cuatro años, con sede en diferentes países del mundo, gracias a la noble acción del ya nombrado líder francés.

Parece que su lectura en el Parque Principal de la población, ante toda la comunidad estudiantil urbana, satisfizo o llenó las expectativas de los organizadores del evento, pese a las fallas del micrófono.

Debo decir que en el Municipio de Sandoval, me disparó Cupido su flecha de pasión, y por tal influencia, tuve dos amores que iluminaron mi tierno corazón, dándome un motivo de felicidad y de esperanza en esa tierna etapa de mi vida. §

CAPÍTULO XIV

EL HOSPITAL Y EL MEMORIAL

El espíritu de Samuel continuó relatándome aspectos fundamentales de su labor educativa, esta vez en el Municipio de San Juan, al cual llegó en el mes de Agosto de 1960, luego de su desempeño en Sandoval. Al respecto señaló que allí tuvo problemas de salud, de carácter nervioso, por lo cual se hizo internar en una clínica de La Sierra para recibir un adecuado tratamiento, en el mes de Octubre del mismo año, dentro de la sección de Psiquiatría.

Llegué a dicho establecimiento (dijo en su narración), no por estar loco, sino por haber solicitado que me recluyeran allí, para lograr una mayor efectividad en dicho tratamiento, contrariando así la recomendación médica de seguir una terapia ambulatoria.

Se trataba de una afección que el Psiquiatra respectivo llamó Psiconeurosis Angustiosa, la cual se manifestaba en forma de estrés, a raíz de mi temprana vinculación al magisterio oficial, sumada a dificultades surgidas en mis relaciones con algunos compañeros de trabajo, en dicho municipio. Además, sentía el peso abrumador de una gran responsabilidad laboral, dentro de un fuerte y, tal vez, exagerado control administrativo.

Pues bien, fui alojado allí con la plenitud de mis facultades mentales, en medio de un grupo de personas que presentaban graves problemas, pues la mayoría había perdido la razón y solo algunos pacientes la recobraban temporalmente, en virtud del respectivo tratamiento, el cual incluía en algunos casos, “choques eléctricos”, y muy pronto me convertí en un auxiliar voluntario de los médicos y las enfermeras de dicha sección.

En efecto, yo les ayudaba a los facultativos y al personal paramédico, en la función de abordar y dominar a los locos programados para tales choques, lo cual no era fácil por su gran obstinación y rebeldía para el efecto, particularmente cuando se trataba de pacientes varones, dada su gran fuerza física, entre quienes descollaba un policía robusto que erraba por los pasillos o corredores de la sección, con rostro severo y cabizbajo.

Observando yo, que la alimentación de los pacientes tenía grandes deficiencias, esto es, que no era debidamente balanceada, decidí redactar un memorial dirigido a la División de Dietética, solicitando un mejoramiento en tal servicio.

“Los denodados esfuerzos de los médicos por la pronta recuperación de los pacientes, pierden efectividad, si no cuen-

tan con la decidida colaboración de quienes están encargados de alimentarlos debidamente". Así rezaba un acápite de tal documento, el cual debía ser firmado por el mayor número posible de enfermos. Pero, dada su grave condición, solo pude conseguir cuatro firmas, aparte de la mía, pese a que esta unidad hospitalaria tenía una población superior a veinte pacientes.

Era tan lamentable el estado mental de mis compañeros, que la mayoría de ellos había olvidado firmar. Incluso, muchos no tenían idea de su nombre, ni de su profesión o procedencia. Y si bien, había un ambiente de respeto y consideración por parte del personal profesional de la clínica hacia los enfermos, era común ver actitudes y gestos burlescos por parte de otros pacientes ubicados en secciones vecinas, quienes tenían la posibilidad de observarnos a través de sus ventanas, lo cual, obviamente, me producía gran contrariedad, como miembro excepcional y voluntario de una comunidad un tanto aislada, y protegida por estrechas rejas.

Debo decir que en los días siguientes, se observó un mejoramiento sustancial de la alimentación, en lo cual, debió influir el peso de los argumentos expuestos en el memorial, y la simpática introducción o parte inicial del mismo que decía: "Los suscritos pacientes de la Sección de Psiquiatría, en pleno uso de nuestras facultades mentales, y considerando (...)

A pesar del ambiente enrarecido de este pabellón, dada la compañía forzosa y cotidiana de locos, me adapté fácilmente a él, no solo por estar alejado de las arduas tareas educativas y los chismes de mis compañeros de trabajo, sino también por la belleza de las enfermeras y el disfrute de

tiempo suficiente, así como del medio tranquilo de mi aposento, para leer, escribir y meditar.

A tal situación debo la lectura reposada de muchos libros que me fueron prestados por el personal paramédico, sobre aspectos clínicos relativos a los trastornos mentales. Recuerdo que una de tales obras, llevaba el título de “Introducción a la Psicopatología”, texto del cual saqué valiosas informaciones y enseñanzas científicas, y de cuyo autor no tengo memoria.

Se unía a tal posibilidad de aprendizaje, la oportunidad maravillosa de tratar en forma cotidiana con una joven enfermera, de apellidos Gualtero López, con quien simpatiqué bastante y de quien recibí las mejores atenciones. Era ella generosa en su trabajo, de maravillosa esbeltez, y de bonitas facciones resaltadas por su espectacular cofia paramédica.

Si bien, todo se redujo al trato amigable entre enfermera y paciente, ella me sedujo siempre, y por ello brotaron de mi ardiente corazón, expresiones poéticas modestas, pero sinceras, que se concretaron en versos rimados del orden de los acrósticos, tan de moda en aquellos tiempos dominados por un gran romanticismo.

*“ Es fragante tu cuerpo cual las flores,
Rebosantes de aroma y ambrosía.
Oh! Si darme, quisieras, tus amores,
Las gracias al instante te daría”.*

Así decía, parcialmente, aquella modesta poesía, concebida al impulso de un profundo sentimiento de afecto hacia aquella joven dama, a quien jamás volví a ver, tras mi salida del hospital, dejando un gran vacío, y una profunda y permanente sensación de nostalgia en mi blando corazón juvenil.

En aquel recinto, tuve la oportunidad de observar otras escenas que produjeron en mí, un gran dolor. Muchas veces note que algunos pacientes experimentaban alucinaciones visuales y auditivas. Al respecto, no olvido a una señora que solía decir en horas mañaneras, con pesadumbre contagiosa: “Ahí van mis pobres muchachitos, sin desayunar, para la escuela”.

También me conmovió profundamente la escena de un seminarista, besándose con una señora enloquecida por los celos. En tal ocasión, ella lo agarraba con frenesí y lo besaba repetidamente, mientras el seminarista aceptaba su actitud amorosa con un fervor particular. Cuando nosotros tratamos de separarlos ante la desmedida persistencia del acto, la loca gritaba con gran desespero, y pedía que no le quitaran a su marido, mientras él vociferaba que ella era la Virgen Santísima, a quien veneraba y amaba intensamente. Y vaya esfuerzo que debimos hacer, para separar a esta pareja bastante singular.

Muchas otras anécdotas podrían relatar acerca de esta institución hospitalaria, en la cual estuve alojado por voluntad propia, y no por imposición facultativa. Antes bien, pedí ampliar mi tiempo de permanencia en ella, “por pereza” de regresar a mi trabajo docente, aduciendo, engañosamente, que mi estado de salud no había mejorado. Con todo, llego

el momento de salir y de reintegrarme a las labores habituales, ya bastante más tranquilo y con mayor equilibrio emocional. §

CAPÍTULO XV

DISCORDIAS Y QUERELLAS

“El hombre es un lobo para el hombre”

THOMAS HOBBES (1588-1679)
Filósofo inglés

Tras mencionar algunos incidentes registrados en otras poblaciones, como Tierra Linda, Venecia y Quintana, en las cuales también prestó Samuel sus servicios docentes después de salir de San Juan, se refirió a un caso especial ocurrido en La Sierra (Capital de la Provincia), donde trabajó durante cinco años consecutivos, dentro de buenas condiciones generales. El caso en mención, le produjo grandes preocupaciones, y fue narrado en los siguientes términos:

- En 1964 tomé en alquiler un apartamento ubicado en el sector central de la ciudad de La Sierra. Se trataba de la

primera planta de una amplia edificación, en la cual me acomodé con toda mi familia paterna, a la cual yo quería ayudar, dada su difícil situación económica, pues la pequeña finca de mis padres no producía lo suficiente para una vida decorosa.

Avanzaba aquel año normalmente, y ya habían transcurrido siete meses desde el momento en que ocupé el inmueble. Pero un día aciago, se presentó un incidente que involucró inicialmente a mi madre y al propietario, (de apellido Martínez), quien vivía en el segundo piso. El problema comenzó a raíz de una pequeña inundación que se registró en mi apartamento, por no cerrar oportunamente un grifo del tanque o alberca, donde se almacenaba agua para el lavado de la ropa.

En tal caso, el señor Martínez bajó, energúmeno, y golpeó con gran fuerza e insistencia la puerta de mi residencia. Luego entró gritando y exigiéndole, en términos soeces, a mi madre, que cerrara bien la llave para evitar una “catástrofe”, lo cual hizo ella en forma rápida, conjurando así el problema que se presentó mientras atendía una visita.

Yo llegué poco después, y al ser informado del caso, procedí a formularle el reclamo a dicho señor, en términos corteses, por su violenta actitud y, ante todo, por las grotescas expresiones proferidas en contra de mi madre, agregando que se trataba de un incidente menor, ya subsanado, y el cual se había originado en forma involuntaria. Pero él me respondió con agresividad y grosería, profiriendo insultos de la peor calaña contra mí.

Por fortuna, la discusión no pasó a mayores, a pesar de las ofensas verbales del furibundo propietario del inmueble (quien parecía tener una edad superior a los 55 años), contra

una señora humilde, pero decente, y contra un joven como yo, que apenas frisaba en los veintidós abriles y que había hablado con respeto, aunque también con justificada indignación.

Los días siguientes transcurrieron en medio de una situación de alarma y preocupación, dada la agresividad del dueño, quien solía mostrar, aunque en forma un tanto disimulada, un gran revólver calibre 38, cada vez que se encontraba conmigo, o con algunos miembros de mi familia, como tratando de advertirnos que estaba preparado para una eventual confrontación. Pedro y Manuel, dos de mis hermanos, menores que yo, decidieron prepararse para afrontar el peligro que este señor representaba, tomando medidas similares, obviamente no en plan de agresión, sino de defensa, en un momento dado.

Yo, más pacífico que mis hermanos, y dispuesto siempre a lograr soluciones concertadas a los problemas personales y sociales, guardé prudencia en medio de la tensión reinante, tratando de evitar una tragedia.

Con todo, un día cualquiera llegó al centro docente donde yo prestaba mis servicios como educador oficial, una citación para que me presentara en las dependencias de la Secretaría de Educación de la Provincia de Colón, con el propósito de que suministrara personalmente “una importante información”.

Al llegar a la oficina respectiva, me recibió, en forma inamistosa, un alto funcionario, quien me pidió explicaciones sobre una acusación en contra mía, según la cual yo no había cumplido con mis obligaciones respecto al pago de los cánones de arrendamiento de la vivienda que ocupaba con mi familia.

Bastante desconcertado y presumiendo con buenas bases, una relación de amistad entre Martínez y el referido empleado, respondí con educación, pero también con énfasis, que yo le había pagado cumplidamente los siete meses de alquiler a su propietario, y que, en una actitud de confianza exagerada y, tal vez, de inexperiencia en materia de negocios, no le había exigido el recibo por tales pagos directos y personales. Y que él, jamás me extendió tal documento, tal vez pensando en causarme después algún perjuicio, como en efecto ya lo estaba logrando con su deshonesto proceder.

Luego le hablé al funcionario de las discrepancias que habían surgido entre nosotros, y le expresé mi extrañeza de que el referido propietario de la vivienda, me estuviese cobrando un dinero que ya había pagado, dentro de los términos convenidos. Finalmente le manifesté, que si dicho caballero consideraba que no le había cumplido con tal obligación, podía demandarme ante un juzgado civil, y, en este caso, yo sabría defenderme con testigos.

Ciertamente, la referencia a los testigos, solo buscaba vencerlo respecto a la verdad de mi versión, pues yo recordaba que solo algunos miembros de mi familia habían presenciado el pago de los cánones de arrendamiento, pero estaba consciente de que tal testimonio tenía muy poco valor probatorio, en este caso.

El funcionario expresó luego sus dudas, respecto a mis explicaciones, y, en cambio, se manifestó en favor del demandante, asumiendo así una posición de injustificable parcialidad, solo explicable por la amistad que sostenía con él, según lo confirmé después.

Salí, luego, de aquel despacho, bastante deprimido y ofendido por la impropia conducta de un funcionario que quería

amedrentarme en términos fuertes y desobligantes, llegando, inclusive, a amenazarme con una destitución de mi cargo, si no acataba las exigencias del malhadado señor Martínez.

Debo decir, adicionalmente, que Martínez, no contento con haber logrado mi comparecencia ante un superior jerárquico, para ser reconvenido, injustamente en mi opinión, decidió iniciar una acción judicial contra mí. En efecto, me hizo citar a un Juzgado Civil “para la toma de unas posiciones”, con lo cual se buscaba que yo reconociera legalmente la deuda, para luego proceder a un embargo, de acuerdo con las averiguaciones que pude adelantar.

Acudí, entonces, a las dependencias judiciales con tranquilidad de conciencia, y tuve tan buena suerte, que el Secretario del despacho me reconoció de inmediato como un coterráneo suyo, y me expuso su buen concepto sobre mi familia, a la cual conocía muy bien, desde mucho tiempo atrás, en nuestro pueblo natal.

¿Qué le pasa a usted? me preguntó sorprendido ante mi presencia en su despacho. Entonces, yo le di las explicaciones del caso, antes de iniciar la diligencia legal. Señor, no diga más, me dijo sonriente y en voz baja. Yo le formule las preguntas, y yo mismo las contesto, para que usted salga favorecido en este cuestionario judicial, pues veo en usted sinceridad y rectitud.

Al terminar la diligencia, firmé el documento respectivo. Luego me dijo el Secretario con vehemencia y entusiasmo: “Con estas declaraciones, el demandante ha perdido relativamente el pleito, pues la deuda ha sido negada”. Y si desea seguir litigando, debe pagarle altos honorarios a su abogado, lo cual posiblemente no hará, pues estos juicios son bastante inciertos.

No pararon ahí las descaradas pretensiones de mi gratuito enemigo, quien decidió demandarme ante una Inspección de Policía, poco después de que yo le hiciera entrega del apartamento. Quería obligarme a firmar una caución para que no lo agrediera, pues según él, yo lo había amenazado de muerte, lo cual era totalmente falso y contrario a mis principios éticos.

De todos modos, cumplí con las exigencias del funcionario que me atendió en esta diligencia, quién además me llamó la atención con especial energía por el presunto hecho de que yo le había causado, en forma voluntaria, graves daños al apartamento, antes de entregarlo. En tal situación, rechacé rotundamente tal acusación por ser, también, falsa y mal intencionada, aunque lo hice con el debido respeto a la autoridad, frente a la cual me encontraba en tal momento.

Se notaba en la actitud brusca y descortés del funcionario, gran parcialidad en favor del demandante, con quien él mantenía una íntima amistad, según supe más tarde. A pesar de todo, el desagradable pleito llegó a su fin, pues el mencionado individuo (Señor Martínez), decidió desistir de sus propósitos, tal vez pensando en que, definitivamente, había perdido la guerra que me había declarado.

Ciertamente, eran tiempos en los cuales yo no conocía algunas tretas de personas sin cultura y sin ninguna formación moral, que, dominadas por el rencor, el egoísmo y la injusticia, son capaces de llevar a cabo las más viles acciones contra el prójimo, demostrando así su mezquindad y su maldad. §

CAPÍTULO XVI
**BOCHICA Y
ALGUNOS
INCIDENTES
MEMORABLES**

*“SIU-WEI se inclinó hacia la ventanilla
y contempló cómo huían, veloces,
las montañas en la lejanía”*

(KAO YUN-LAN)

Anales de una Ciudad de Provincia.

Luego Samuel hizo alusión a su labor en otras escuelas de La Sierra, a estudios nocturnos que logró adelantar allí, y a su retiro voluntario del magisterio, después de cumplir diez (10) años de labores, mediante una carta de renuncia

bastante demostrativa de su inconformidad con la política educativa de la época, especialmente por la falta de incentivos para los educadores oficiales.

En dicho documento, Samuel destaca la función social del maestro, señalando lo siguiente: "(...) Al educador se le ha encomendado una de las misiones más nobles y sublimes, como es la erradicación del flagelo de la ignorancia y la formación de una personalidad que consulte los más altos principios de convivencia, de dignidad humana y de vocación hacia los más caros valores del espíritu. Este aspecto ha sido ampliamente reconocido por el Gobierno y los círculos sociales, pero de una manera simplemente retórica, sin traducir tal pensamiento en actitudes y realizaciones de sentido práctico, que realmente beneficien al maestro".

Después de formular otras consideraciones sobre diversos aspectos educativos, Samuel expresa: "Por estas y otras razones, tales como los equivocados procedimientos de evaluación del rendimiento profesional, la deficiente remuneración y sus pagos retardados, y la actitud petulante y poco dispuesta al diálogo cordial por parte de algunos directivos, quienes suelen mirar al subalterno con sentimientos de superioridad y desprecio, etc., me veo impelido a presentar ante usted, Señor Secretario de Educación, renuncia irrevocable del cargo de Institutor al servicio de la provincia. (...)

"Finalmente, quiero manifestarle que siempre me sentí orgulloso de prestarle mi modesto concurso a la causa educativa, y que he sido testigo de los equivocados tratamientos oficiales, frente a quienes no están cometiendo otro pecado, que el de contribuir a la grandeza del individuo, de la sociedad y de la patria".

Poco tiempo después, Samuel viajó a la ciudad de Bochica, Capital de la República, en busca de mejores horizontes y de nuevas perspectivas laborales, tras haber explorado otros espacios y otras regiones geográficas. Esta etapa de su vida fue narrada por él, en los siguientes términos:

- Recuerdo muy bien que llegué a Bochica el 20 de julio de 1969, en las horas de la tarde. En esa misma noche (a las 9:56 p.m. hora de mi país) el hombre conquistó la Luna, en ejercicio de una hazaña que partió en dos la historia de la humanidad, la cual se cumplió a través de la Nave Espacial Apolo XI, comandada por el valeroso astronauta norteamericano Neil Armstrong.

Este hecho histórico produjo en todo el mundo, gran admiración. Y en mí, un joven provinciano que anhelaba abrirse campo en la inmensa capital, un impacto insuperable, por su enorme importancia, y por ser considerado como un suceso imposible hasta entonces. Tal hazaña constituyó, como se sabe, la base de mayores logros, dentro del propósito humano de explorar el universo.

Arribé, entonces, con parte de mi familia paterna, a la Capital, aquel día memorable. Y después de instalarnos temporalmente en casa de un pariente, me dediqué a observar y estudiar el carácter de aquellos habitantes, para interpretar correctamente su comportamiento, bastante extraño para mí.

Éramos nosotros personas abiertas y efusivas, con gran tendencia hacia la jovialidad, y a asumir posiciones informales, lo cual contradecía un poco el talante de aquella sociedad

reservada, que, además, demostraba mal humor y una visible desconfianza.

Mientras yo era franco, ellos eran discretos y prudentes. Mientras yo hablaba mucho, ellos eran taciturnos y callados. Cuando saludaba en la tienda, la persona que atendía se quedaba muda, esperando que le dijera qué necesitaba. Y mientras en mi tierra provinciana todos vivíamos en medio de gran cordialidad, en esa gran ciudad se respiraba una atmósfera de aburrimiento y de manifiesta hostilidad.

Con todo, yo me fui adaptando a aquel ambiente triste. Y, además, frío, por tratarse de una alta meseta de los Andes. Más tarde, organicé un pequeño negocio en un barrio popular con la cooperación de los parientes cercanos con quienes ahora vivía, el cual solo conservé durante cinco meses, al cabo de los cuales resolví venderlo por razones de baja rentabilidad y también, por motivos familiares.

Un colegio prestigioso ubicado en el Norte de la Capital, solucionó mi problema laboral en aquellos tiempos ya lejanos, sobre cuya actividad poco tengo para contar. Lo que sí debo destacar, es la armonía del trabajo en un ambiente campesino con niños de la alta sociedad. Como factores negativos, puedo señalar que la remuneración al maestro era inferior a la oficial, y que se notaba la prevalencia del alumno respecto a su maestro, al considerarse al primero como una fuente de ingresos, y al segundo, como un factor de gastos, lo cual me indujo a buscar nuevos espacios de trabajo en la ciudad, diez meses después de haber ingresado a este plantel.

Un tiempo después, un viejo líder cívico oriundo de mi provincia, quien vivía en la capital desde hacía varios años, me nombró su asesor personal (ad honorem), con la función de

acompañarlo en algunas de sus visitas a los pueblos ganaderos del centro del país (bajo su responsabilidad económica), en ejercicio de una posición de Relaciones Públicas que desempeñaba dentro de una gran Federación gremial. En desarrollo de tal actividad, me correspondía tomar nota de los discursos del Gerente General de la entidad, pronunciados cuando él visitaba las provincias, con el fin de redactar noticias con destino al más importante diario de la nación.

Con tal actividad, yo buscaba el apoyo de ese gran señor en materia laboral, conforme a la recomendación de mi noble benefactor. Publicadas durante varios meses aquellas corresponsalías, por las cuales, como ya dije, no recibía ninguna contraprestación pecuniaria, logré una vinculación a la institución gremial ya mencionada. En tal caso, fui nombrado, inicialmente, como Promotor de Comités Regionales, con la función de crear células gremiales adscritas a la Federación, en diferentes zonas del país.

Fue así como logré conocer gran parte del territorio nacional, caracterizado por tener altas montañas, grandes valles y vastas llanuras; de una enorme riqueza forestal y agrícola, y de extraordinarias perspectivas económicas. Ubicado en plena zona tórrida, con gentes alegres, bullangueras y espontáneas en su inmensa mayoría, así como seductores paisajes tropicales. El país está bañado por dos grandes océanos, ubicados el uno al Occidente, y el otro al Norte. Dispone de largos y caudalosos ríos de gran importancia pesquera, y muchos con facilidades para las comunicaciones fluviales en extensas áreas geográficas.

Transcurridos ocho años de servicios a tal institución, en la cual también desarrollé actividades de prensa y de carác-

ter administrativo, me retiré voluntariamente de ella. Y más tarde, trabajé en otros organismos con funciones similares.

No quiero referirme a otros pasos y otras aventuras, sin relatar un episodio singular, dentro de mi estadía en esta importante agremiación, el cual se relaciona con un Expresidente de la República, quien asistió, como invitado especial, a una ceremonia que se celebró en la sede de dicha entidad privada, con especial solemnidad.

Aconteció que algunos empleados ejecutivos de la Asociación, resolvieron organizar, con propósitos de publicidad institucional, contando con la fervorosa aquiescencia de su Gerente, un acto solemne para condecorar al GANADERO No. 100.000 (Cien mil).

Para tal efecto, escogieron a un modesto campesino que afirmaba tener cien años (100), y quien fue encontrado casualmente por ellos, en una estrecha carretera del Municipio de El Águila, arreando tres vacas lecheras.

Pues bien, el acto se inició a las 7 de la noche en el recinto de la asociación, con la presencia de destacados personajes de la vida nacional. Tras varios discursos pronunciados por eminentes oradores, llegó el momento culminante de la condecoración del ya citado ganadero No. 100.000. Para el efecto, fue llamado al estrado el humilde campesino, quien ya mostraba explicables signos de cansancio.

Y un Expresidente de la República, llamado F. Velandia Linares muy aficionado a la caza, a quien se le había asignado la función de imponer la condecoración, pronunció ante la mirada expectante de los asistentes y, particularmente, de los miembros de la prensa nacional, quienes esperaban im-

portantes planteamientos políticos y económicos, una insignificante y graciosa perorata que decía, más o menos, así:

“Es un honor para mí condecorar a este humilde ciudadano, aunque existe la casualidad de que él, es más ganadero que yo, porque tiene tres vacas lecheras y yo solamente tengo dos. Y viene al caso poder condecorarlo, porque él es oriundo de la región de El Águila, y yo también tengo un águila”.

Ante semejante discurso, los periodistas quedaron atónitos y defraudados, al tiempo que las risas estentóreas afloraron al recinto en forma colectiva. Debo anotar que por aquellas calendas, el expresidente en referencia había sido objeto de un reportaje publicado en un prestigioso diario de circulación nacional. El periodista respectivo lo criticó bastante y utilizó expresiones que, si bien, denotaban gran perspicacia y excepcional talento periodístico, ofendieron en sumo grado al prominente hombre público, quien falleció poco tiempo después.

En tal documento, el periodista decía que los discursos de ese personaje eran “vacíos, retóricos, folclóricos y alegóricos”. Y agregaba: “Pintoresco y grandilocuente, cae con inusitada frecuencia en la verborrea cantinflesca”.

También señalaba el reportero (con veintitrés años de edad, aproximadamente), en dicho reportaje realizado en la casa de habitación de uno de los hijos del Ex – Presidente, que “bajo la claraboya de la terraza interior, la palidez de cera de su rostro”, lo hacía aparecer “ahora más que nunca, como un gigantesco gato de felpa, con ojos de vidrio, o un muñeco de celuloide deslustrado por el uso”.

Como es de suponer, en tales circunstancias los representantes de la prensa esperaban ansiosos una respuesta categórica del exgobernante, asumiendo su propia defensa, lo cual, como pudo verse, no se cumplió. Al menos en esa ocasión.

Se trataba de una importante figura política que generó numerosas controversias por ciertas actitudes extrañas. Al respecto, conviene recordar el lapsus que tuvo en el aeropuerto, cuando, al recibir al entonces Presidente de Francia, General Charles de Gaulle, dijo, equivocadamente: “Viva España”, lo cual causó, como es obvio, gran perplejidad en toda la nación.

Recuerdo también, que a Velandia Linares le correspondió afrontar, como Presidente, en el mes de Junio de 1965, un grave caso de orden público acaecido en la Capital de la República. Se trata del grave enfrentamiento que se presentó entre un peligroso delincuente, y numerosos miembros de la fuerza pública, en un lugar boscoso ubicado en el sector Sur de la ciudad. El combate tuvo una duración de cinco horas, al cabo de las cuales, fue dado de baja.

Se calcula que, inicialmente, participaron en él doscientos (200) soldados bien equipados y varios miembros de la Policía. Pero, ante la pericia militar del “bandolero”, llamado JMS, y su gran fortaleza física, fue necesario incrementar el contingente, hasta el punto de agregar cien (100) soldados bien armados. Y se dice que también fue necesario utilizar gases lacrimógenos. Los miembros de la familia que acompañaban al delincuente, lograron salir indemnes antes de ser abatido, finalmente, JMS.

Se trató, entonces, de una lucha dura, larga, y desigual, tras la cual murió JMS al negarse, repetidamente, a rendirse ante

las autoridades, concluyendo así un grave episodio de orden público, en el cual fallecieron cuatro (4) militares y un agente de Policía, y fueron heridos catorce uniformados.

Se dice (no sé si en forma exagerada), que fue necesario utilizar cinco mil (5.000) cartuchos y cincuenta (50) balas de cañón antiaéreo durante varias horas (2:30 p.m.- 8 p.m.), para poder dar de baja al “bandolero” apodado Siete Colores, quien tenía a la sazón 32 años y disponía, al iniciarse el combate, de una ametralladora MADSEN, mil cartuchos de guerra y un “revólver treinta y ocho (38) largo”.

Dicho personaje, entró en rebelión a consecuencia del asesinato de su padre, gozaba de un gran entrenamiento en actos de guerra, y disponía de mucha experiencia en tal aspecto, pues había participado en una prolongada confrontación de claros perfiles políticos, que había generado ya millares de víctimas fatales.

Sus acciones violentas habían creado un ambiente de temor en varias regiones del país, y muchos campesinos le atribuían poderes especiales, hasta el punto de generar la leyenda de que tenía la capacidad de convertirse en una planta o en un animal, en un momento dado, para eludir la acción de las autoridades. Aunque algunos le reconocían actitudes de gran generosidad frente a los pobres y los necesitados, especialmente cuando estuvo vinculado a las actividades relacionadas con las esmeraldas.

Una vez terminó esta singular batalla, en la cual la desproporción bélica era evidente, el Presidente mencionado pronunció una breve alocución, en la cual decía, lo siguiente:

“Estimados compatriotas: Me complace informar a toda la nación, que en el día de hoy, la Fuerza Pública ha dado de baja, en forma heroica y valerosa, al peligroso bandolero JMS, quien se había refugiado en una vieja casa del Sur de la ciudad, huyendo de las autoridades, desde la cual disparaba a diestra y siniestra, a mansalva y sobreseguro, contra los miembros de seguridad del Estado. Este hecho confirma la gran capacidad de combate del Ejército y de la Policía, a la vez que demuestra, una vez más, que mi Gobierno está dispuesto a luchar en forma patriótica contra la delincuencia, en sus diversas manifestaciones, acatando así, la Constitución Política y las leyes del país”.

Ciertamente, concluyó Samuel, participar en un combate de trescientas personas contra un solo ser humano, no puede llamarse un acto de valor, y mucho menos de heroísmo. Pero es necesario reconocer, que se trataba de un sujeto de alta peligrosidad, que se negó a entregarse, sin condiciones y sin exigencias, ante las poderosas fuerzas del Estado. §

CAPÍTULO XVII

UN INFAUSTO SUCESO FAMILIAR

Samuel me relató luego un infausto suceso que se registró en su familia. Se trata del fallecimiento de su padre, acaecido a principios de 1983, en una zona rural del Sur-Occidente de la nación, ubicada a quinientos (500) kilómetros de la Capital, ciudad en la cual él vivía a la sazón. Este fatal acontecimiento, representó para toda la familia una dolorosa sorpresa, pues no se veían en el entrañable anciano, ni síntomas, ni signos que hicieran presumir su cercano deceso.

Según Samuel, su señor padre, a sus 74 años, presentaba un buen semblante. Su ánimo no parecía haberse alterado, y se mostraba en buenas condiciones generales de salud, inclusive, demostraba buen humor y una relativa felicidad, al estar acompañado de su esposa, de muchos de sus hijos y de no pocos nietos, con quienes solía jugar y departir en for-

ma jubilosa. Aunque, como es natural, a esa edad, un tanto avanzada, en ocasiones presentaba algunos malestares pasajeros que parecían revestir poca trascendencia.

Al hacer una corta semblanza del patriarca, Samuel expresó que él había nacido en 1908. Estudió brevemente en la escuelita de su vereda, lo cual le permitió conocer las bases de la lectura y la escritura, y las operaciones aritméticas elementales. Tras suspender sus estudios por razones económicas, se dedicó al trabajo campesino. Leyendo en sus momentos libres, el diccionario, algunas obras literarias y libros educativos elementales, logró adquirir nuevos conocimientos, así como un lenguaje aderezado y selecto, con el cual supo cautivar a la gente de su entorno.

A los 26 años de edad, el padre de Samuel fundó un modesto hogar, con quien más tarde fue su señora madre (una juiciosa niña campesina), en cuyo seno nacieron y crecieron numerosos vástagos en medio del bucólico paisaje cafetero. Se distinguió como un hombre responsable, caritativo y bastante respetuoso con sus semejantes. Siempre se le reconocieron sus sanas costumbres, su espíritu pacífico, su alto sentido de la dignidad personal y un amor indeclinable por el trabajo honrado y constructivo.

Las anteriores virtudes, aunadas a sus grandes cualidades en el marco de su familia, le granjearon el afecto y la admiración de quienes tuvieron oportunidad de conocerlo y de tratarlo. Tras una larga y meritoria existencia, le sobrevino la muerte, cuando realizaba algunas labores matutinas en la finca de uno de sus hijos, ubicada a gran distancia de la capital, como ya se comentó, a consecuencia de un repentino accidente cardiovascular.

El sepelio se cumplió en la ciudad de Bochica, y a él acudieron numerosos parientes y amigos, expresando así su dolor y su cariño frente a la desaparición de un varón ejemplar en las diversas facetas de su vida. §

CAPÍTULO XVIII

RECUERDOS DEL CARIBE

*Las algas marinas y los peces,
testigos son de que escribí en la arena
tu bienamado nombre, muchas veces.*

*Testigos las palmeras litorales
porque en sus verdes troncos melódicos,
grabó mi amor sus claras iniciales.*

*Testigos son la luna y los luceros
que me enseñaron a esculpir tu nombre
sobre la proa azul de los veleros (...)*

HELCIAS MARTÁN GÓNGORA – Poeta Colombiano –
("Declaración de Amor")

Viajé a la República de Lempira en 1985 (continuó Samuel), con el fin de prestar un servicio de asesoría en el campo de las comunicaciones, dentro del área agropecuaria, en desa-

rollo de un programa socioeconómico, dirigido por varias instituciones internacionales especializadas en actividades de cooperación con los países democráticos del llamado Tercer Mundo. Al llegar a la ciudad de La Estrella, me hospedé en el Hotel Bellavista, en compañía de varios profesionales contratados también, dentro del mismo programa, e inicié las actividades respectivas.

En dicho hotel, permanecimos durante tres meses consecutivos, disfrutando de sus amplias instalaciones y sus excelentes servicios. Recuerdo que frecuentemente llegaban de la Gran República del Norte, grandes contingentes de soldados, dentro de una estrategia o plan militar que buscaba fortalecer los escuadrones de defensa del país, frente al riesgo de ser atacado por fuerzas de izquierda de los países vecinos, en una época de grandes confrontaciones bélicas en la región.

Durante mi estadía allí, tuve la oportunidad de recorrer varios sectores del territorio nacional, incluyendo las ruinas de una antigua ciudad indígena Maya, donde pude observar el rastro de una interesante civilización que dejó a la posteridad numerosos monumentos, con extraños símbolos, los cuales han despertado el interés de la comunidad científica mundial. Todos ellos con enorme fuerza simbólica, respecto a sus creencias religiosas y su cultura en general.

Los Mayas, como se sabe, conocieron la escritura, cultivaron la pintura y se destacaron también por sus grandes conocimientos astronómicos y matemáticos. Son admirables sus calendarios y la gran capacidad que demostraron para realizar maravillosas obras arquitectónicas. Además, llaman la atención, el juego de pelota, su organización social y políti-

ca, y otros aspectos de su vida, lo cual sigue siendo objeto de investigación por parte de arqueólogos, antropólogos e historiadores de diversas partes del mundo.

Debo agregar que mi vida sentimental y mis relaciones familiares se vieron fuertemente afectadas durante mi permanencia en tal país, la cual se prolongó por espacio de tres meses, al cabo de los cuales regresé a mi patria para reintegrarme a mi hogar y a mis quehaceres habituales.

“Espero que al recibir esta nueva carta, te encuentres bien, así como los niños”, decía yo en una esquila dirigida a mi esposa, la cual fue escrita y remitida pocos días después de mi reencuentro temporal con ella, y nuestros entrañables retoños, en una isla vecina de dicho país caribeño, en la cual ya habíamos estado en cumplimiento de nuestro viaje de bodas, es decir, varios años atrás.

Recuerdo, aún, el texto total de aquella misiva, pues la escribí con todo el corazón, dominado por una gran nostalgia. En ella agregaba lo siguiente:

“El viaje a la Isla de San Lorenzo y nuestro maravilloso encuentro, me dieron entusiasmo y ánimo para continuar trabajando lejos de mi patria, y de los míos. Fue un extraordinario período de descanso al lado de tres seres que amo intensamente. Me agrada saber que tú estuviste muy contenta, disfrutando conmigo y nuestros hijos de las bondades de ese paraíso, al cual estamos espiritualmente unidos desde aquel inolvidable viaje de bodas.

“Los niños también pudieron descansar y deleitarse con la suave brisa del mar, con las olas acariciantes de aquellas aguas marinas, tan puras y transparentes como las almas

buenas; con el comercio pletórico de mercancías, tan atractivas y tentadoras ante tus ojos curiosos, y tan mágicas para la inocente avidez de los chiquillos; con aquellas comidas apetitosas, mientras la vista de todos nosotros se recreaba en la contemplación de hermosos barcos, y de lanchas mecidas por un mar unido con el cielo, allá en el horizonte.

“También nuestros hijos pudieron jugar en nuestra compañía, con la arena húmeda de la playa, y ver, con sorpresa, cómo el mar les borraba las figuras que ellos mismos hacían, juguetones y animados. Las suaves olas marinas llegaban a importunar con su singular gracia natural, las travesuras de los pequeños, bañados por un sol esplendoroso, extasiados ante la solemne grandeza de aquel inmenso depósito natural de aguas refulgentes. El viaje alrededor de la isla fue, igualmente, una grata experiencia que todos disfrutamos.

“Los baños en la piscina del hotel; los sabrosos desayunos; la cena demorada, pero al fin, muy bien servida y de gran exquisitez; y el ir y venir por un ascensor cansado y ya decrépito, son también recuerdos que no se alejarán de nuestros corazones, tan felices durante seis días de consentimiento mutuo y de diálogo familiar siempre sincero. Y como todo es pasajero en este mundo, llegó el final de tan agradable temporada.

“El viaje de regreso al aeropuerto cargados de paquetes, y la larga fila de veraneantes que visitaban la isla y ya volvían a sus quehaceres normales; la triste despedida en el muelle, para tomar el avión que habría de llevarte a Bochica junto con los niños, son escenas y vivencias que jamás podré olvidar. Menos ahora, cuando he regresado a mi anterior soledad, lejos de tu grata presencia y del cariño de mis hijos”.

El espíritu de Samuel, también me habló de la fundación de una revista agropecuaria por su cuenta y riesgo, la cual alcanzó a editar durante ocho años consecutivos, al cabo de los cuales se vio obligado a suspenderla, a consecuencia de una crisis financiera ocasionada por graves fenómenos registrados en ese sector de la economía nacional.

Mencionó, además, varios estudios que él adelantó en Bochica, y otras posiciones laborales. Igualmente, algunos logros literarios, entre ellos la publicación de varios cuentos suyos en importantes diarios nacionales, de lo cual se sintió muy satisfecho. Tal conquista fortaleció su vocación en ese campo, y lo impulsó a seguir escribiendo relatos con gran dedicación, paralelamente a su labor de periodista y ensayista, vinculado a numerosos medios de comunicación.

Muchos de sus trabajos aún se encuentran inéditos, y espera que algún día sus hijos y sus nietos promuevan su edición como factor cultural, y como realización de la meta fundamental de todo escritor, como es lograr que sus trabajos vean la luz pública, aunque sea en forma póstuma. §

CAPÍTULO XIX

UN PAÍS EN GUERRA

La desgracia cunde, multiforme, sobre la tierra.

EDGAR ALAN POE - Escritor norteamericano (1809-1849)
Berenice (Cuento)

- Usted acaba de darme a conocer importantes aspectos personales, incluyendo una carta muy conmovedora que pertenece a su vida sentimental, mi querido Samuel, y, por tanto, quiero guardar la discreción debida frente a ella, le dije a Samuel aquella noche. Solo le comento que se observa en ese texto un gran apego a su familia, y unos sentimientos muy nobles de su parte. Pero pasemos a otro tema. Usted me pidió que le recordara ampliar su relato sobre la ola de violencia que ha venido sufriendo la República Andina del Norte, en las últimas décadas.

Yo creo que llegó el momento de que usted me haga una exposición adicional, para incluirla en las memorias.

- Me parece muy oportuno su recordatorio, me respondió al instante. Para el efecto, quiero remontarme a la situación política del país a mediados del Siglo XX, para luego ir comentando otros aspectos, y otros hechos fundamentales que han tenido resonancia nacional e internacional.

Como ya lo comenté en este relato autobiográfico, en la República Andina del Norte se presentó una larga ola de violencia a partir de 1948, a consecuencia del asesinato del insigne político Luis Ángel Bernal.

Con todo, las cosas comenzaron a cambiar favorablemente después de la posesión, en Agosto de 1958, del Presidente Humberto Lara, quien comenzó a aplicar la paridad política en la Administración, en cumplimiento de un plebiscito aprobado por el pueblo en Diciembre de 1957, el cual establecía que durante los dieciséis (16) años siguientes (1958-1974), tanto el gabinete ministerial como las corporaciones legislativas debían constituirse con representantes de los dos partidos (el Tradicional y el Moderno), en forma equilibrada, es decir, mitad y mitad, buscando así, el fin de la larga lucha fratricida que estaban librando desde hacía diez años, con un elevado saldo de muertos y grandes pérdidas económicas, como lo expliqué anteriormente.

Pues bien, se resolvió en forma progresiva, aunque parcial, tal enfrentamiento, pero algunos sectores de la población quedaron sumidos en el descontento, como el Partido Popular (presidido por Pedro Juan García), con el apoyo de un pequeño grupo de campesinos rebeldes, todos de orientación socialista, contra el cual luchó, inicialmente, el siguiente

mandatario (del Partido Tradicional), sin lograr desarticular dicho movimiento insurgente, el cual fue tomando fuerza con el paso de los años, hasta convertirse en una guerrilla con enorme capacidad militar.

Los odios entre Tradicionales y Modernos se redujeron sustancialmente, hasta el punto de que en las nuevas generaciones no se presentaron esos sentimientos de animadversión que caracterizaron a sus padres. Sin embargo, los rebeldes de izquierda se fortalecieron gradualmente (como ya lo mencioné), en medio de la selva, de manera especial mediante el secuestro, la extorsión y las actividades vinculadas al narcotráfico, y se constituyeron en un grave problema nacional, bajo el nombre de Fuerzas Revolucionarias del Pueblo (F.R.P), grupo que continuaba vigente al final del año 2007.

Aparte de esas fuerzas sediciosas, debo mencionar al grupo guerrillero de nombre Ejército Popular Rebelde (E.P.R.), tan audaz y combativo como el primero, el cual se encontraba en un proceso de diálogo con el Gobierno en el momento de mi muerte, sin que hasta esa fecha se hubiese logrado un acuerdo concreto en razón de la radicalidad de sus posiciones, y la orientación derechista del nuevo Presidente de la República llamado Gilberto Jaramillo.

Frente a la fuerte acometida de las guerrillas, y la debilidad manifiesta del Estado en materia de protección ciudadana, surgieron, en los últimos años, grupos armados de derecha en el seno de muchas comunidades rurales, los cuales se fueron fortaleciendo poco a poco, con el apoyo financiero de los terratenientes y los narcotraficantes, hasta convertirse en verdaderas máquinas de guerra. Con el agravante de

que, con el correr del tiempo, la mayor parte de esos grupos se dedicaron de lleno al cultivo de plantas psicotrópicas y al mercadeo de drogas ilegales, o estupefacientes, para financiar su lucha contra la guerrilla.

Pasaron muchos años en medio de tal confrontación y, paralelamente, se incrementó el fenómeno del narcotráfico, del cual se alimentaron no solo las mafias convertidas en un factor de violencia, sino también las fuerzas ilegales enfrentadas, esto es, la izquierda y la derecha. El Gobierno, en su deber de atacar y contrarrestar tal enfrentamiento bélico, actuó con decisión, y los muertos y heridos se contabilizaron por millares.

El narcotráfico fomentó el sicariato y permeó los diversos estamentos del Estado, promoviendo así la corrupción oficial. Simpatizantes de la izquierda, y simpatizantes de la derecha, infiltrados en el gobierno, se convirtieron en elementos informantes y en colaboradores directos e indirectos, de las fuerzas en conflicto, inclinándose de este modo a favor de los unos, o de los otros, de modo que el país entró en una etapa crítica de marcada división.

Entre los años 2004 y 2007, muchos de los grupos rebeldes de derecha celebraron conversaciones con el Gobierno, con miras a lograr un acuerdo que les permitiera entregar sus armas y sus bienes, al Estado, a cambio de una sanción carcelaria moderada. Y, en efecto, millares de sus integrantes se “desmovilizaron”, esto es, se retiraron de sus acciones bélicas, de conformidad con tal acuerdo y las disposiciones consagradas en la “ley de paz, justicia y reparación”.

Conviene señalar que a finales del año 2007, es decir en el momento de mi muerte, se presentaba una situación bas-

tante compleja, con las siguientes facetas:

- 1) El Ejército enfrentado a los grupos sediciosos de derecha, que no se habían acogido a las propuestas del gobierno, y a la nueva ley de paz, siendo todavía muy fuertes en las regiones donde estaban operando.
- 2) Fuertes combates entre la guerrilla y las fuerzas del Estado, especialmente en regiones del Sur, donde aquellas poseían gran dominio, y en las cuales los cultivos de coca y sus laboratorios les permitían financiar sus acciones subversivas.
- 3) Enfrentamientos entre guerrilleros y rebeldes de derecha en diversas regiones del país, frente a los cuales el gobierno actuaba en forma vigorosa para imponer el orden y evitar la muerte de civiles, así como el desplazamiento campesino.

Conviene señalar que este último fenómeno venía disminuyendo últimamente, a raíz de los acuerdos celebrados con esos grupos organizados “para defenderse de los ataques de la izquierda armada”, el cual fue muy intenso años atrás, cuando los grupos beligerantes se encontraban en pleno auge, lo cual generó un grave problema social que se tradujo en el abandono del agro y en la ubicación masiva de productores rurales con sus familias, en los centros urbanos del país, aumentando así el desempleo y generando un grave hacinamiento, e incrementando los índices de inseguridad en el marco de la vida citadina.

- 4) El Gobierno atacaba fuertemente el grave problema de la delincuencia común, la cual, en algunos casos, estaba aliada con la guerrilla, especialmente en materia de secuestro.

- 5) Ataques frontales por parte de la Policía y el Ejército contra los narcotraficantes, quienes tenían características especiales por conformar grandes y poderosas mafias dedicadas al cultivo, el procesamiento y la venta nacional e internacional de estupefacientes.
- 6) Violentos encuentros entre los dos grupos guerrilleros (E.P.R. y F.R.P), disputándose el control de algunas regiones del país. En tales combates intervenían las fuerzas armadas del Estado para imponer el orden y evitar la muerte de campesinos inocentes, así como el desplazamiento de la población.

Se trata, entonces, de un problema que ha afectado gravemente al país en todos los aspectos, y que exige de parte del Gobierno, mayores esfuerzos en busca de la paz, que incluyan medidas orientadas al diálogo. Y, paralelamente, programas que concurren a la superación de la pobreza en las diversas regiones del país.

Solo así será posible que la nación recupere la tranquilidad social necesaria, para enrumbarse por caminos de desarrollo, con cabal respeto a los factores que hacen posible la vida en el Planeta. Es necesario ponerle fin a esta larga etapa de autodestrucción, de barbarie y de horripilantes escenas fratricidas que nos desacreditan ante el panorama del mundo.

Así veía yo, a la República Andina del Norte en aspectos políticos y sociales, hasta finales del año 2007, cuando, por supremos designios divinos, debí ausentarme definitivamente del mundo material al que usted, Gregorio, todavía pertenece, y en el cual podrá continuar desarrollando buenas obras, como tantas otras que ya tiene acumuladas en su rico inventario vital, para satisfacción del Padre Celestial, y

para beneficio de los sectores pobres y los corazones afligidos. Es usted Gregorio, un valioso exponente de la bondad y de la solidaridad en ese complejo planeta, al cual le deseo un buen futuro y una inquebrantable atmósfera de amor. §

CAPÍTULO XX

ROMANCES DE SAMUEL

*¡Ojos indefinibles, ojos grandes;
como el cielo y el mar, hondos y puros;
ojos, como las selvas de los Andes,
misteriosos, fantásticos y oscuros!*

*¡Ojos en cuyas místicas ojeras
se ve el rastro de incógnitos pesares,
cual se ve en la aridez de las riberas,
la huella de las ondas de los mares! (...)*

*¡Miradme con amor, fúlgidos ojos;
y cuando muera yo, que os amo tanto,
verted sobre mis líbidos despojos,
el dulce manantial de vuestro llanto!*

JULIO FLÓREZ - Poeta Colombiano -
("Tus ojos")

- Después de este interesante y descarnado análisis de carácter político y social que, ciertamente, es doloroso, yo quisiera que usted, Samuel, abordara un tema más amable, como puede ser su vida sentimental, pues observo que en sus revelaciones se ha mostrado bastante parco en tal asunto, y sería importante que mencionara algunos aspectos relativos al amor.
- No he querido referirme a esta faceta, porque considero que se trata de asuntos demasiado personales, pero, pensándolo bien, yo creo que podría ser interesante, desde el punto de vista sociológico, hacer un resumen de esa parte de mi existencia terrenal.

Entonces procederé a explicar en forma cronológica algunos eventos amorosos, pero antes, le ruego a los lectores del libro que usted escribirá, un poco de paciencia, por tratarse de una relación que abarca mucho tiempo. Y también, un poco de comprensión, si mi humilde relato no satisface sus expectativas, pues no busco impresionar con espectaculares alusiones personales, sino revelar ciertas actitudes y costumbres del pasado, en materia afectiva, a la par que varias experiencias personales.

Me referiré, entonces, a diversas expresiones amorosas hacia el sexo femenino, desde aquella etapa en la cual, tales sentimientos apenas empezaban a insinuarse en lo más profundo de mi ser, hasta el momento en que contraí matrimonio, y, entonces, debí cesar en la búsqueda de una dama digna, atractiva y bondadosa que quisiese unirse a mí, para recorrer juntos un tramo importante y decisivo del espinoso camino de la vida.

(1957). Diré, inicialmente, que recuerdo muy bien a una niña hermosa y delicada llamada Amanda, de quien me enamoré perdidamente a mis quince años, pero ella no cedía ante mis repetidos mensajes sentimentales.

En el deseo de ser más convincente, decidí acudir a un compañero de estudios, un poco mayor que yo, quien se caracterizaba por su capacidad para la redacción y su gran romanticismo, con el fin de que me escribiera una carta “bien bonita”, buscando conquistarla. Y él, muy acucioso y cooperador ante mi angustiada súplica, me entregó, poco después, un texto de su puño y letra, cuyo párrafo inicial era el siguiente:

“Amada mía: Me encuentro ante ti confesándote un amor que, en varias ocasiones, te he puesto bien de manifiesto, pero los esfuerzos que he realizado para conquistar tu corazón, han sido vanos. Pero, ¿cómo quieres, cariñito mío, que yo extinga este incendio, si él es más potente que yo? Desde que te conocí, se fue contigo mi corazón en busca de una ilusión que tú no dejas germinar con tu indiferencia, y tu silencio tan triste para mí (...).”

Yo trascribí la carta ansiosamente y la envié con un amigo. Pocos días después, recibí una maravillosa respuesta positiva que generó gran alegría en un espíritu antes abatido y pesaroso. Recuerdo muy bien, que sostuvimos una correspondencia muy activa a nivel local, pues sus padres **no le permitían** hablar con los muchachos del pueblo, en razón de su tierna edad (14 años), porque consideraban que todavía no era tiempo de involucrarse en una relación sentimental.

Sus cartas o esquelas, tenían la fragancia de finos perfumes de la época, y en ellas su pequeña autora, solía estampar, coquetamente, besos “muy apasionados” utilizando los colorettes o pintalabios de su madre. Yo, dominado por una enorme timidez y un explicable nerviosismo, cuando los amigos me hacían entrega de dichos mensajes, me internaba en los baños de la Escuela Normal donde, a la sazón, cursaba el tercer grado de secundaria, para leerlas y releerlas con inocultable emoción, de modo que nadie se percatara de nuestro secreto noviazgo.

Se trataba, ciertamente, de un amor platónico, pues jamás pudimos encontrarnos para expresarnos, mutua y personalmente, nuestros fuertes sentimientos amorosos. Tras recibir el grado de Maestro, en el mismo establecimiento educativo de mi pueblo (La Ceiba), salí de la región en plan de trabajo, a otros lugares de la Provincia de Colón, y jamás volví a verla. Después supe que se había casado con un profesor de la localidad, y que vivía muy feliz en ese mismo pueblo donde nos conocimos, y donde, secretamente, nos amamos.

Le debo pues, a mi noble condiscípulo García, autor de aquella carta de amor, de quien también hablé en la parte inicial de estas memorias, el milagro de que Amanda hubiese decidido atender mis requerimientos afectivos, aunque solo fuese a través de la correspondencia.

Es bueno señalar que poco tiempo después, este inquieto joven adquirió gran fama en la región, como poeta, y que una de sus poesías se convirtió en canción sentimental, gracias al talento musical de uno de mis hermanos mayores, quien solía cantarla en sus serenatas locales, con la cual lograba conmover el corazón de las muchachas del poblado.

(1959). Recuerdo con especial afecto a mis novias de otros municipios de la Provincia de Colón, en los cuales trabajé por espacio de diez años. Al respecto puedo decir, inicialmente, que conocí en Sandoval a Dabeiba, una hermosa jovencita de labios pronunciados, piel morena y ojos negros penetrantes, con quien tuve una relación de varios meses.

No olvido que al romper aquel romance, por cosas elementales de enamorados juveniles, Dabeiba quiso devolverme el “gran regalo” que yo le había hecho, el cual se reducía a una planta acuática sembrada en una jarra de cristal, lo cual no permití. Diez años después, me encontré con ella en Bochica (Capital de la República), pero en tal ocasión solo dialogamos brevemente recordando viejos tiempos.

(1960). Quiero hablar enseguida de Amelia, una niña de bellas facciones y modales distinguidos, a quien tuve oportunidad de conocer, también, en Sandoval. Era sonriente, de cabellos negros ligeramente rizados, y de gran porte señorial, pese a sus 16 años. Poco antes de conocerla había perdido a su padre, quien fungió como Alcalde Municipal de La Granja, siendo originarios de dicha población. Es bueno señalar que Amelia se encontraba allí, visitando a su hermano mayor, quien era casado y había fijado su residencia en esa población.

En aquella época, los jóvenes se expresaban el amor a través de miradas furtivas y de ocasionales encuentros, en los cuales los diálogos eran sencillos y discretos, guardando siempre gran distancia, aunque ardiera la pasión. Ambos se trataban con **gran respeto** y siempre procuraban no ofenderse. Todo se reducía a pura galantería y apariencia. Todo implicaba delicadeza del varón frente a la dama, en medio de un tejer permanente de ilusiones.

No olvido sus impecables trajes negros, pues en aquel tiempo era costumbre “guardar luto”, durante seis meses por lo menos, en caso de muerte de un ser querido, especialmente dentro del sexo femenino, como también evoco su cautivante belleza, su maravillosa sencillez y sus delicados modales. Jamás la volví a ver después de su partida hacia su tierra natal, no muy lejos del lugar donde nos conocimos y sostuvimos un romance breve, pero lleno de gratas impresiones.

(1962). No puedo olvidar el caso especial de Venecia (Columón), cuando Gloria, una joven un poco mayor que yo, se adueñó de mi tierno corazón. Durante varios meses dialogué con ella en el portón de su casa de “Calle Caliente”, cincuenta metros más abajo de la Iglesia Parroquial, en la penumbra formada por los débiles bombillos eléctricos de la empinada vía urbana.

Nunca intentamos besarnos, y solo permanecíamos embelesados el uno frente al otro, hablando cosas simples y bastante enamorados. Su figura esbelta, su piel alabastrina, sus hermosos ojos azules, “soñadores y profundos”, eran atributos que me hacían trasladar a mundos imaginarios, llenos de felicidad e inmensa paz.

No puede desconocerse que hubo pequeñas disensiones entre los dos, y recuerdo los celos que sentí, cuando, después de terminar la relación, supe que se había comprometido con uno de mis mejores amigos. Pero en este último caso, todo se redujo a un noviazgo pasajero, pues Gloria se casó un tiempo después, con otro educador local, y nunca más volví a tener información sobre esta noble doncella pueblerina.

Poco después llegué a la ciudad de Quintana, donde serví en la misma profesión durante un año, pero mi corazón en dicho lapso, no tuvo mayores impresiones, como si hubiese querido tomarse un tiempo de reposo en cuestiones del amor.

(1965). Un día cualquiera, fui trasladado a La Sierra. En este lugar las cosas cambiaron en materia sentimental, pues una nueva mujer de nombre Amparo, entró en mi vida, iniciándose, así, un breve idilio. Se trataba de una bella niña, noble y sencilla, de tes morena y ojos verdes. Tal amorío no fue duradero, y, por tanto, juzgo pertinente omitir detalles al respecto, aunque jamás podré olvidar la intensa felicidad que me prodigó aquella relación; pero también recuerdo la dura sensación de dolor y desengaño que me produjo el pronto rompimiento, cuando solo tenía 23 años de edad.

(1967-1968). Aquí debo referirme al caso de Esther Julia, quien vivía con sus padres y hermanos en el barrio Madrid de la ciudad de La Sierra, Provincia de Colón, ocupando el segundo piso de la casa. Entre tanto, yo habitaba el primero, siendo su familia la dueña del inmueble.

Yo me abstenía, frecuentemente, de visitarla en su domicilio, en razón del mal genio de mi “suegro”, y mi exagerada timidez. Con el agravante de que no era posible concertar con ella una cita en la calle, porque sus padres se lo tenían prohibido, y siempre exigían que nuestros encuentros se cumplieran en la sala de su casa, pero con su vigilancia permanente, tratando de evitar que los enamorados se acercaran demasiado, se dieran un beso, o se tomaran de las manos.

Y esa era la costumbre general. En caso de que las normas impuestas en tales ocasiones, fueran transgredidas, el noviazgo debía tener fin, y la prometida recibiría un fuerte castigo físico y un mayor control familiar. Recuerdo muy bien que su mamá solía acompañarnos siempre al cine, como si se tratara de un evento peligroso para su tierna hija en materia del honor sexual.

Un anillo llamado, entonces, “alejandra”, simboliza el único regalo que le hice con motivo de su cumpleaños, y que rememoré con nostalgia muchos años después de haberse terminado aquel romance, tan sano, tan cándido y tan casto como todos los demás.

Al retirarme voluntariamente del magisterio, salí con mi familia, de La Sierra (luego de una permanencia allí, de cinco años), rumbo a nuestra finca cafetera de La Ceiba. Previamente, habíamos decidido romper nuestro romance, lo cual, ciertamente, me produjo gran tristeza, pues estaba bastante enamorado. Y, a partir de allí, empecé a luchar por olvidarla, pero no fue fácil alcanzar tal objetivo.

Un tiempo después, viajé a la Ciudad de Bochica, con el fin de establecerme allí definitivamente con mi familia paterna y, poco a poco, fui borrando de mi mente su seductora presencia, hasta tranquilizar un tanto mi espíritu y adaptarme a la nueva situación. Pasaron muchos años, durante los cuales nos vimos dos veces, fugazmente, en la enorme y bulliciosa Capital, pero solo a título de amigos.

(1975). Conocí a Ligia durante una visita que hice a mi pueblo natal. Mujer hermosa de porte distinguido, cuidadosa en el hablar y de buenas capacidades para las relaciones so-

ciales. Aunque de familia sencilla, tal vez como la mía, pero de grandes virtudes morales y nobles sentimientos.

Ella vivía y trabajaba en la ciudad de Quintana, ejerciendo el Magisterio Oficial, pero nuestras relaciones se redujeron a unas cartas de amor intercambiadas, y a esporádicas visitas que yo le hice desde la capital, por carretera. Pocos detalles podría contar respecto a nuestros encuentros, cortos pero cargados de sana pasión y cabal entendimiento, pues se trató de un romance de breve duración, a una edad en la cual yo debería haber formalizado ya, un matrimonio, pues, entonces, pasaba de los famosos 33.

(1977). Finalmente, Lucía, una dama elegante y discreta, de atractivas facciones, suaves modales, amable y de buena formación moral, me sedujo intensamente, en la ciudad de Bochica, cuando me encontraba trabajando en una corporación gremial agropecuaria, en aspectos de divulgación y prensa, con algunas funciones adicionales de carácter administrativo.

En tal momento, yo estaba dedicado a la organización de un congreso ganadero y ella había llegado allí, para cooperar en tal labor por un tiempo definido. Pues bien, me involucré con Lucía y seguí sus pasos. Embriagados de amor y llenos de expectativas y esperanzas, fuimos consolidando poco a poco una relación que, desde sus comienzos, tuvo gran seriedad, como correspondía a personas ya mayores.

Un ramo de flores, un reloj de mesa, una serenata romántica, y tal cual invitación a cine o a comer, fueron expresiones y símbolos con los cuales le demostré mi afecto, dentro de un idilio sano y bien intencionado. Sin desconocer, claro está, unos cuantos besos que, ciertamente, fueron bien co-

rrespondidos, sin que traspasáramos tal límite, en una época aun caracterizada por el pudor de la mujer y el respeto del novio hacia la novia, en todas las circunstancias de lugar y tiempo.

Diez y seis meses después de conocernos, decidimos formar un nuevo hogar. Con todo, yo abrigaba fuertes dudas respecto a la posibilidad de lograr la felicidad, con una dama que pertenecía a una región muy diferente a la mía, y a una clase social un tanto superior. Y, por lo mismo, exigente en aspectos económicos, y en materia de ceremonias y protocolos propios de los estratos distinguidos.

El tiempo avanzó y nacieron en este hogar, dos hermosos retoños que se convirtieron en nuestro principal motivo de felicidad, y en nuestro báculo generoso en los momentos de adversidad y de tristeza, durante la vejez.

Veintinueve años duró mi matrimonio, y el balance general fue satisfactorio, pues las relaciones conyugales discurren en condiciones normales, a pesar de las dificultades económicas que, por épocas, debimos afrontar, así como los diversos fenómenos del entorno y de la vida.

Debo afirmar, sin embargo, que para ello fue necesario observar mucha prudencia, y gran sentido de comprensión y ayuda mutua. Es natural que en determinados momentos, y por determinadas circunstancias, hayan surgido discrepancias y desavenencias conyugales; pero éstas, a la postre, fueron debidamente dirimidas o zanjadas, logrando, de tal modo, la reconciliación y, por ende, la recuperación de la paz en el marco del hogar.

Muchas gracias, Gregorio, me dijo Samuel, por haber tenido paciencia suficiente para escuchar este largo recuento sentimental, tal vez intrascendente y árido. “Que Dios lo bendiga, lo mismo que a los amables lectores de su libro, y que a todos les vaya bien en el campo del amor, pues este es un motor importante de la vida, ya que sin él, es muy difícil sobrellevar las pesadas cargas del destino, y se carecería de un valioso instrumento que tiene la capacidad de aminorar el fuerte impacto de las tribulaciones.

Aunque, también, puede convertirse en un factor generador de sinsabores y amarguras, conforme a la suerte y la conducta de cada uno de los seres humanos, dentro del incierto mundo temporal del cual ya me ausenté, aunque solo en forma física, pues espiritualmente sigo y seguiré unido a él. Y obviamente, a mis seres queridos, conforme a la soberana voluntad del Creador. §

CAPÍTULO XXI

OTRAS REVELACIONES

*Muchas maravillas hay en el universo,
pero la obra maestra de la creación,
es el corazón materno.*

ERNEST BERSOT

Luego Samuel me explicó las dificultades que debió afrontar durante sus últimos años, a raíz de graves traumas financieros. Y también, me narró otras experiencias, entre ellas, la desintegración temporal de su hogar, a consecuencia de un viaje que hizo su esposa a la Gran República del Norte, al finalizar el Siglo XX, en busca de trabajo para coadyuvar a la solución de los problemas económicos ya mencionados, lo cual se cumplió en virtud de un convenio familiar.

Al respecto, me dijo que esa situación duró cinco años, durante los cuales todos los miembros de su familia sufrieron mucho, especialmente sus dos hijos, quienes estuvieron privados de la presencia de su madre durante ese lapso. Al cabo de tal período, ella pudo volver a su Patria, y así se logró recuperar la normalidad de la vida hogareña, como él mismo lo describe:

“Regresó mi esposa al país, y logramos, al fin, reintegrar el hogar tristemente dividido, lo cual llenó de alegría a sus miembros y, particularmente, a nuestros dos retoños, quienes ya habían superado la difícil etapa de la adolescencia, y uno de ellos, de nombre Esperanza, había egresado ya de la Universidad. Poco tiempo después, el otro, es decir Francisco, un varón juicioso y tan inteligente como su hermana, logró también terminar con éxito sus estudios, en el mismo claustro universitario.

Vivíamos entonces, contentos, padres e hijos, en un nuevo domicilio, más amplio que los anteriores, rehaciendo nuestros vínculos afectivos, realizando esfuerzos por recuperar la economía familiar y contemplando mejores posibilidades de organización doméstica. Pero cierto día, llegó una noticia a mi hogar, la cual me produjo la más intensa conmoción, pues se relacionaba directamente con la muerte de mi madre, lo cual sucedió el 11 de julio del año 2005”.

Enseguida Samuel me habló de las exequias respectivas, a las cuales asistieron numerosos parientes y una apreciable cantidad de amigos. En tal ocasión, Samuel expresó, conolido, estas palabras, a manera de homenaje póstumo a su progenitora, en el sagrado recinto de un amplio templo católico de la ciudad Capital:

“Querida Madre: Ha terminado tu vida terrenal, durante la cual nos diste ejemplo de dignidad, de amor al prójimo, de responsabilidad en todos los aspectos y de gran fervor religioso, dentro del más acendrado cristianismo.

Como madre, siempre actuaste con cariño, con abnegación y con nobleza. Nunca fuiste ajena a las necesidades fundamentales de tus hijos. Antes bien, estuviste atenta durante toda tu larga y benemérita parábola vital, buscando que tus once vástagos entrañables, tuviesen lo indispensable para que crecer y vivir con decoro, dentro de tus posibilidades y las limitaciones propias de una familia sencilla, pero respetuosa de la moral y de la Ley.

Durante los 92 años de tu existencia, fuiste un símbolo de amor, inicialmente filial y luego maternal. También de esposa leal y comprensiva, de hermana afectuosa, de vecina solidaria, de amiga solícita, y de mujer dispuesta al servicio de la comunidad. Tu gran capacidad de sacrificio en aras de tus seres queridos y, en general, de quienes te rodearon, fue siempre un ejemplo que no pasó desapercibido para tus hijos, porque expresaba muy bien la bondad de tu sensible corazón.

En la adversidad demostraste mucha fortaleza, y supiste sortear las necesidades vitales y, particularmente, las que debiste afrontar en la crianza y educación de tu prole, saliendo siempre airosa, en unión de nuestro padre, quien formó contigo un binomio maravilloso, una pareja ejemplar que ha servido y servirá de modelo para todos nosotros, por su admirable armonía conyugal, por sus altos criterios morales y espirituales, y su devoción por el trabajo, buscando sacar adelante una familia numerosa, como fue la nuestra.

Estamos seguros de que Dios sabrá recompensarte por tantas virtudes, y tan nobles sentimientos, en los inescrutables espacios de la eternidad, donde ya debes haberte reencontrado con tu esposo y demás seres queridos que te precedieron en la despedida definitiva, para emprender el camino hacia las elevadas cimas de la espiritualidad y de la gloria.

Que el ser supremo te reciba jubilosamente, como bien te lo mereces, en el sagrado Reino de los Cielos. Desde allí, ruega por nosotros, y en general, por toda la humanidad. Y, ante todo, por los que sufren los rigores de la enfermedad, el dolor, la tristeza, el olvido, la injusticia, la violencia, el hambre y la pobreza. Ruega pues a Dios, por todos, madre mía, desde la privilegiada posición que seguramente El te ha reservado, tras desaparecer de este mundo temporal, como justa compensación por tu grandeza". §

CAPÍTULO XXII

SUCESO INESPERADO

Si bien, la muerte de su señora madre lo afectó bastante, procuró continuar en su propósito de reorganización hogareña, en forma animosa y optimista. Pero un día cualquiera sucedió algo inesperado, lo cual fue narrado por Samuel, en los siguientes términos:

“Iba yo caminando en plan de trabajo, por la calle, y al tratar de cruzar una vía un tanto distraído, cierto vehículo automotor que iba a gran velocidad, me atropelló y puso fin a mi existencia, para infortunio y dolor de todo el núcleo familiar, así como de mis amigos verdaderos. Pero, también, para satisfacción y alegría de quienes poco me querían.

Ahora, en los espacios infinitos de la eternidad, alejado de los míos (aunque permanezco muy cerca de ellos, en forma

espiritual), rememoro los principales pasajes de mi vida terrenal, y ruego a Dios por el bienestar y la salud de todos mis parientes. Y, en general, de todas las personas que aún viven en ese “Valle de Lágrimas”, al cual pertenecí.

Ofrezco humildemente mis disculpas, a quienes pude haber ofendido de hecho, o de palabra, pues soy consciente de que, como ser humano, cometí grandes errores en el difícil camino de mi vida. A todos mis congéneres les puedo asegurar, que tienen en mi invisible presencia, a un consagrado intercesor ante la omnipotencia divina.

En el caso de los pobres, le estoy pidiendo a Dios que, en prueba de su infinita misericordia, les envíe un alivio generoso, de modo que puedan liberarse de ese estado de precariedad en que se encuentran, fundamentalmente por el injusto olvido estatal, y la insolidaridad de los seres humanos más afortunados en la vida temporal.

Esto lo digo con cariño, desde mi estancia sobrenatural e intangible, para los seres racionales del Planeta Azul, de quienes espero un replanteamiento de sus concepciones y sus actos, en pro del amor, de la justicia y de la paz. Y, también, en aras de la protección de las riquezas naturales (como atrás lo señalé), con miras a un ambiente sano, y a la conservación de la vida como máximo valor de la maravillosa esfera que me albergó y me sustentó, con inmenso afecto maternal.

Finalmente, les auguro a todos los habitantes del entrañable mundo que, por soberana voluntad divina, abandoné, mucha comprensión y una buena dosis de bienestar y de felicidad. Y les reitero que estaré siempre dispuesto a interceder ante Dios Omnipotente en beneficio de todos y, de manera

especial, en favor de aquellas personas que me amaron y me tendieron su mano generosa en los momentos de infortunio y de cruel incertidumbre, muy frecuentes, por cierto, en el accidentado discurrir de mi existencia”.

Esta es la historia de Samuel Naranjo Manantial, y tales son sus deseos póstumos, según me lo comunicó durante aquella noche, cuando yo descansaba en mi lecho conyugal, después de un fatigante día de trabajo periodístico, en el complejo marco de la gran ciudad. §

(FIN)

APENDICE No. 1

**TRES CUENTOS
COLOMBIANOS**

AVENTURAS EN LA GRAN CIUDAD

En aquella congestionada urbe capitalina de ocho millones de habitantes, la delincuencia presentaba índices que producían zozobra general. Además, el desorden del tránsito y la falta de civismo de muchas personas, eran factores críticos que aumentaban el descontento ciudadano.

Este complejo panorama preocupaba también, como es apenas obvio, a las autoridades locales, las cuales realizaban esfuerzos supremos para imponer el orden público, sin lograr las metas esperadas.

Por ello, mi esposa y yo salíamos poco de la casa, y solo lo hacíamos en casos de especial necesidad, aunque siempre dominados por el temor de ser asaltados, o de convertirnos en víctimas de accidentes producidos por vehículos automotores manejados por personas imprudentes, al igual que de ciclistas y motociclistas veloces, y amigos de invadir las vías peatonales, sin reparar en los riesgos de sus atrevidas actitudes.

El sentimiento de temor, se extendía a la acción siniestra de sicarios, de atacantes en buses de servicio público, y de individuos dedicados a pedir limosna con extrema agresividad, hasta el punto de amenazar de muerte, en algunos casos, a quienes no atendían sus requerimientos. Aunque el diario trabajo y la necesidad de realizar diligencias importantes, exigían recorrer la gran ciudad, pero observando siempre las debidas precauciones.

En la mañana de aquel día, salimos, mi esposa y yo (ambos mayores de setenta), a cumplir con sendas citas médicas, lo cual logramos sin dificultad. Luego reclamamos los medicamentos formulados, aunque hubiese sido menester esperar cerca de dos horas en esta última gestión.

Tras almorzar frugalmente en un restaurante cercano, traspasamos una congestionada avenida, y avanzamos lo suficiente para tomar el vehículo de regreso a casa. Una vez nos ubicamos en el paradero oficial, y esperamos un poco, procedimos a subirnos a un pequeño bus público un tanto vetusto, sin registradora y bastante congestionado de pasajeros deseosos de llegar a su destino.

Cuando yo me aprestaba a pagar el pasaje de los dos, alguien me susurró y me tomó suavemente el maletín de trabajo, sin que yo opusiera resistencia, pues creí que lo hacía mi mujer, dado que ella acostumbraba ayudarme, cuando me encontraba bastante atareado.

Después de recibir “las vueltas” y de avanzar hacia atrás en medio de la gran cantidad de pasajeros, llegué al lugar donde se encontraba mi esposa ya sentada, pero observé de inmediato, que ella no tenía el maletín. Al preguntarle por este importante adminículo, ella me respondió sorprendida, que no lo tenía.

¡Pero si yo te lo entregué al subir al bus!, le reclamé bastante preocupado. Y ella insistió en que no lo había recibido.

Entonces, levanté la voz con una mezcla de indignación y de susto, diciéndole: ¡Cómo es posible que me digas eso, si yo mismo te lo entregué, cuando pagaba el pasaje de los dos.

No. No lo tengo. Tú no me lo entregaste. Sería que lo dejaste cerca del conductor, cuando pagabas el pasaje.

Ante tal opinión, regresé con dificultad a la parte delantera del vehículo. Pero no lo encontré.

Debe ser que lo dejé en el paradero, en el cual tomamos el bus, pensé confundido, y le dije a mi mujer que nos bajáramos de inmediato, tras enterarla de esta presunción.

Nos bajamos entonces del vehículo los dos, y emprendimos veloz carrera rumbo al paradero. Mi esposa, tan angustiada como yo, procuraba seguirme, a pesar de sus precarias condiciones de salud. Debo confesar que yo tenía serias dudas de lograr recuperar el maletín, dada la inseguridad reinante en la ciudad.

Pues bien, llegué primero que ella, aunque casi asfixiado, a la meta trazada, y después de observar bien el banco de dicho paradero, descubrí con profunda tristeza que no estaba allí mi querido instrumento de labores, el mismo que mi hijo Daniel hubo de regalarme, cariñoso, al regresar de un largo viaje ordenado por la ONU, una institución en la cual servía, a la sazón.

Miré entonces, con pupilas de hombre fracasado, a mi pobre mujer, quien llegó pronto al sitio convenido, tras recorrer, como yo, más de cinco cuadras. Entonces confirmé también, que estaba viejo, muy viejo, pues me encontraba bastante fatigado, hasta el punto de creer que me hallaba muy cerca del final.

¿Qué hacemos?, le dije compungido a mi esposa, “mi compañera de tragedias infinitas”, como solía llamar a su mujer, un entrañable amigo mío.

Pues vayamos al dispensario que está cerca, para tratar de recuperar las órdenes médicas que yo perdí, me respondió.

Claro que sí, le contesté. Pero no se te olvide que en el maletín también llevabas mis órdenes de consulta para fechas posteriores, y mis resultados de análisis de laboratorio, le replique. Y también mis medicinas.

Pero ya no hay nada que hacer al respecto. Tocaré comprar las drogas, aunque son bastante caras, dijo ella.

Esa es la verdad, le expresé, pero nos toca tener paciencia suficiente, pues también perdí el teléfono celular y otras cosas.

¡Ah, y mis joyas!, gritó indignada mi mujer. Las que te entregué para venderlas con motivo del próximo Día de la Madre. ¡Qué vaina!. Y lo malo es que aún las debo, porque fueron obtenidas en consignación. Fui muy tonta al pensar que, después de ir al médico, podíamos visitar unas amigas, quienes me encargaron varios juegos. Y por eso decidí traérlas, y pedirte que las guardaras en ese maletín.

Ahora veo que las cosas se agravaron, dije yo más nervioso que antes, pensando en que lo mejor era desaparecerme del mapa, sin dejar ninguna huella.

Entonces, decidimos devolvernos, para entrar al dispensario cercano, donde, por fortuna, le entregaron a mi esposa varias órdenes médicas, en calidad de copia.

Al menos recuperamos algunos papeles, le dije yo, después de media hora de angustiada espera, y luego salimos de ese establecimiento de salud para dirigirnos al sitio donde debíamos tomar el bus de regreso a casa. Es decir, el mismo paradero de esta corta narración.

Yo no quiero abordar nuevamente un bus donde tomamos el vehículo, en el cual ocurrió el gran desastre. Mejor tomemos un taxi, y nos vamos con calma y con resignación a nuestra casa, le propuse.

Una vez terminé de hablarle a mi esposa, le entró una llamada a su teléfono celular.

¡Contesta pronto! porque ya nos vamos, le dije con mal genio.

¡Aló! Cómo te fue hermanita en la gestión de hoy, interrogó mi esposa haciendo, seguramente, un gran esfuerzo en medio de esa difícil situación.

Pues me fue mal, porque me negaron el reajuste de mi pensión.

Al escuchar yo tan mala noticia, le dije que no le hablara de la pérdida de mi maletín, para no preocuparla más.

Lo lamento hermanita, expresó mi esposa, pero aún tiene la posibilidad de apelar la decisión. Yo estoy aquí con mi marido, en un paradero. Te cuento que se le perdió su maletín, y allí había cosas de gran valor para nosotros.

En ese momento, un señor alto, bien vestido, con bigotes y de ojos negros brillantes, apareció como por encanto, y le dijo sonriente a mi mujer: "Mire señora, aquí está el maletín de su marido".

Nuestra sorpresa fue tan grande, que casi nos desmayamos los dos en plena calle. Esto es un milagro, dijimos al unísono, mirando fijamente a ese Ángel que Dios omnipotente nos envió.

Luego nos explicó que él venía en la buseta, y vio que una joven amable y generosa, me ofreció su colaboración, y, en consecuencia, ella tomó el maletín mientras yo pagaba el valor de nuestro pasaje.

Entonces, en el momento de salir dicho señor del bus urbano para realizar una diligencia, la niña fue informada por él, de que nosotros nos habíamos bajado varias cuadras atrás. Entonces, ella manifestó que no se había dado cuenta de ello, y le imploró que se llevara “la maleta” para devolverla, por si de pronto nos veía.

Mi esposa y yo, tras agradecer y recompensar tan noble acción, concluimos que a veces en medio de la complejidad y los riesgos de la gran ciudad, ocurren admirables expresiones de honradez, y hechos que bien pueden ser calificados como auténticos milagros. De esos que suscitan profundas reflexiones teológicas, a quienes les es permitido conocerlos, incluyendo a las personas más incrédulas de este extraño mundo.

Y al llegar a casa un tanto exhaustos, me dijo mi esposa con una mezcla de alegría, y de sorpresa aún no superada: “A ese señor solo le faltaban dos grandes alas, para ser tomado por un ser del más allá”.

Sí, le respondí inmediatamente. Se trató, sin duda alguna, de un ser glorioso que Dios le envió, generosamente, a dos viejos asustados, en medio del caos y la confusión general de la enorme capital. §

LUNA, LA NOBLE PERRA CAMPESINA

Cuando los ladrones salieron rumbo a la zona de rastrojo, la perra los siguió, ladrando con insistencia, despertando así a varios miembros del grupo de turistas (parientes entre sí, en esta ocasión), alojados en aquella casa de tierra caliente, provista de piscina y otros atractivos para sus clientes, la mayoría provenientes de la Capital, ubicada a cien kilómetros de allí. Esta casa de recreo se encontraba cerca de un gran río, el cual recorría, impetuoso, de Sur a Norte, casi toda la nación.

Aunque los llamados “cuidanderos” (una humilde pareja campesina), salieron con rapidez, provistos de linternas, pero no de armas, nada lograron al recorrer ansiosos los alrededores de la pequeña finca, en la cual, el calor, durante aquellos últimos días de diciembre, era intenso, hasta el punto de llegar a los treinta y ocho grados, según datos de las autoridades ambientales.

Los turistas, despiertos por tal causa, salieron de sus habitaciones por curiosidad; pero nada vieron, salvo la ronda de la pareja ya citada. Al día siguiente, se descubrió la realidad, ante la sorpresa de los huéspedes. Muchos elementos de gran valor, entre ellos, computadores personales y un equipo de sonido, habían desaparecido de la sala principal.

Se pretendía celebrar en esta finca el fin del año 2015, tras muchas dificultades sociales y políticas que afectaron la vida nacional, incluyendo episodios graves de delincuencia común y narcotráfico. Y también problemas guerrilleros.

Estos últimos, habían generado destrucción y muerte durante muchos años, en todo el país. Y en tal época del año, el grupo más fuerte estaba celebrando conversaciones con el Gobierno en busca de la paz, con la asesoría y el apoyo de otras naciones, dada la complejidad de este conflicto.

Pues bien, se desaparecieron numerosos elementos, lo cual produjo gran preocupación en los buenos y humildes cuidanderos, quienes dijeron que, posiblemente, los “amigos de lo ajeno” habían entrado por la cocina, ya que alguien dejó abierta una ventana, por olvido o por un lamentable descuido, pues varios miembros del grupo de turistas se habían acostado tarde, tras divertirse, dialogando y participando en juegos de mesa, comunes en aquella acogedora y ardiente tierra de América del Sur.

Naturalmente, la pérdida sufrida generó gran malestar entre los afectados, pero estos decidieron aceptar el incidente como una contingencia común en este tipo de excursiones. Y, además, reconocieron que hubo muchos motivos de satisfacción y esparcimiento, entre ellos, los paseos que lograron organizar, incluyendo uno al puerto cercano, ubicado en la margen derecha del caudaloso río mencionado. Y viajes a otras poblaciones vecinas erigidas en un hermoso valle rodeadas de prósperas haciendas ganaderas y de bellas plantaciones de árboles frutales, al igual que de otros cultivos, especialmente de arroz y algodón.

Al terminar la temporada de descanso, los paseantes se despidieron con cariño de aquella buena familia campesina, tras permanecer una semana completa, bien atendidos, despegados del Televisor y de la prensa diaria, a la vez que ajenos a las presiones de la intensa vida citadina.

Como es habitual en estos casos, sus integrantes dispusieron de baño permanente en la piscina, alrededor de la cual solía caminar, en aparente plan de vigilancia, la noble perra que protegió la integridad y la vida de los durmientes, pues al dar la voz de alarma, los ladrones salieron presurosos llevándose consigo los bienes ya citados, sin atacar a los habitantes transitorios de esta vivienda de recreo.

Un tiempo después, Luna logró evitar con sus ladridos estentóreos, el secuestro de un hijo del señor Gobernador de la Provincia, por parte de una banda de criminales que incursionó al amanecer en esta finca “de descanso”.

Según la prensa regional, los delincuentes pretendían retenerlo con fines económicos, dado que su padre era, además, un gran empresario, al que querían extorsionar con propósitos de enriquecimiento personal. Aunque otros decían, que se trataba de un plan con objetivos políticos, pues esta organización delictiva tenía vínculos con un grupo guerrillero que estaba tomando fuerza en la Provincia. De todos modos, las autoridades iniciaron de inmediato las investigaciones pertinentes.

Como en el caso de los turistas inicialmente mencionados, Luna logró despertar al distinguido huésped, y a su escolta personal. Así lograron huir rápidamente evitando, con ello, un grave hecho ilegal que habría puesto en riesgo la vida de este joven.

Todo lo sucedido respecto a este fallido intento de secuestro, fue relatado, también, por otro periódico de cobertura nacional, en el cual, el corresponsal del diario destacó la valiente actitud de Luna, en este y otros casos, y la exaltó como “la noble perra salvadora de El Palmar”, pues así se llamaba aquella pintoresca vereda tropical. §

EL PASEO FAMILIAR Y EL ANCIANO CASCARRABIAS

“Santa Cecilia”. Así se llamaba aquel pueblo de ambiente colonial que yo visité en compañía de mi esposa, mis hijos y muchos otros parientes cercanos, cuando ya me acercaba a la compleja edad de los ochenta, etapa en la cual los caprichos seniles suelen dificultar la satisfacción de ciertos propósitos y anhelos expresados por quienes nos acompañan en plan de distracción y entretenimiento.

En este caso, alguien proponía, por ejemplo, que el grupo familiar visitara un lugar determinado, y pronto aparecía mi reproche de anciano: ¿Hay baños por allá? ¿No será muy peligroso? ¿Y usted no cree que va a llover en ese sitio?

No se preocupe abuelo, que nosotros nos encargamos de que todo marche bien, respondía el proponente. Salíamos, entonces, rumbo al sector que la mayoría quería visitar, y en esos recorridos logramos conocer sitios históricos, regiones agrícolas y una moderna fábrica de vinos.

También visitamos poblados de enorme interés artístico, en los cuales se producían admirables figuras de cerámicas, así como poblados de importancia gastronómica. Pero lo que más me impresionó, fue un museo de animales prehistóricos, en el cual se exponían fósiles marinos de serpientes, peces, tortugas, ictiosaurios y amonitas, pues se cree que la región estuvo cubierta por un antiguo mar.

Muy cerca de allí, se encontraba el litoral o tierra firme, donde, según los expertos, abundaban los dinosaurios, los cuales desaparecieron de la faz de la tierra hace ya 65 (sesenta

y cinco) millones de años, a consecuencia de la violenta y destructiva caída de un meteorito, en una península ubicada al Noroeste de este magnífico lugar, la cual, pertenece, precisamente, a la Patria de mi yerno, un señor muy atento y muy amable. Excelentes réplicas de estos últimos animales, se exhibían en aquel interesante museo regional.

Un aspecto que incomodó bastante a mi familia en este gran paseo, fue mi negativa a entrar a un criadero de avestruces.

No señores, le dije a todo el grupo. Yo no entro a ese lugar. Estoy muy viejo y ya he caminado mucho. Yo me quedo aquí en la entrada, mientras ustedes ingresan tranquilos y hacen el recorrido pertinente.

Ante mi rebelde actitud, mi hija y su esposo insistieron en que yo ingresara, pues querían que la familia no se dividiera en esta ocasión trascendental.

Me da mucha pena, pero no estoy dispuesto a recorrer casi un kilómetro, después de haber caminado tanto en el día de hoy. Vayan ustedes y yo los espero aquí.

En tales circunstancias, todos compraron sus boletos, y yo me quedé en la camioneta, completamente sólo, con la puerta abierta, pues el calor en ese momento era muy fuerte. Aunque corría el riesgo de quedarme dormido y, en tal caso, podría ser víctima de un robo, pues en esos sitios cercanos a la capital, suelen acudir en tiempos de vacaciones, astutos delincuentes que desean perpetrar sus fechorías, aprovechando el gran flujo de turistas.

¡De lo que se perdió, señor!, me dijo mi yerno al salir de aquel lugar, con todos sus acompañantes.

Sí papá, perdió la oportunidad de ver los avestruces, expresó mi hija en actitud de apoyo conyugal, y con un dejo de tristeza.

No señores. Yo me salvé de pagar una boleta cara, y de que esos animales me atacaran, les respondí en forma enfática, tratando de impedir un reproche colectivo.

En ese paseo familiar, si bien, nos divertimos mucho, también nos tocó afrontar situaciones preocupantes. Cierta día, llegamos a la casa semiurbana que estábamos ocupando, y todos queríamos entrar pronto a descansar. Pero descubrimos que su puerta principal, había quedado trancada totalmente. En tal caso, intentamos abrir otra, con un frustrante resultado, pues las llaves no funcionaron. Entonces, todos empezamos a sentir gran inquietud.

De un momento a otro, mi yerno y otros parientes, produjeron el milagro de abrir una ventana, por la cual pudo entrar una persona joven que luego abrió la puerta principal, y así, toda la familia se salvó de un incómodo viaje a la ciudad, en busca de hotel, con el fin de pernoctar. Después de cenar y dialogar un rato, todos nos fuimos a dormir, aquella noche, tras un largo día de muchas diversiones.

Poco después, un intenso temblor de tierra nos hizo levantar en forma apresurada. Y dominados por una fuerte conmoción, corrimos hacia el amplio jardín de la vivienda. Por fortuna, el suelo no volvió a sacudirse después de aquellos 40 segundos angustiosos. Y al volver nuevamente a nuestra casa temporal, descubrimos, satisfechos, que todo estaba bien.

Al día siguiente, fuimos informados sobre algunas víctimas mortales, y sobre daños materiales en otros sectores de la región, incluyendo el caso de una familia que quedó atrapada bajo los escombros de su vivienda. Pero afortunadamente, fue rescatada sin sufrir pérdidas humanas, aunque con algunos traumatismos de diversa gravedad. En tales circunstancias, decidimos regresar a nuestras residencias, ubicadas en la inmensa y ruidosa capital.

Como todos sabemos, en este mundo se presentan con frecuencia, diversos hechos y complejas circunstancias, susceptibles de afectar al ser humano. Por eso, hay que decir con mucha devoción: “Que Dios nos tenga de su mano”. §

APENDICE No. 2
**TEMAS
INFANTILES**

UN FELIZ Y BRILLANTE PORVENIR

*Julieta, nuestra bella nietecita,
ha cumplido ya, dos años de existencia.
Estamos seguros, como abuelos,
de que Adrián Ernesto y María Elena,
sus diligentes y orgullosos padres,
seguirán protegiendo su salud,
y en general, la cuidarán con celo,
en su niñez y su lozana juventud.*

*Cuando Julieta llegó al mundo,
yo sentí más liviana
la carga de los años.
Y bastante satisfecho percibí,
que podría vivir un tiempo más,
con amor, con entusiasmo
y con claro concepto de mi rumbo.*

*También Rosita,
su tierna y solícita abuelita,
así como su noble tío Omar Felipe,
y su afectuosa tía Ingrid Fernanda,
se hayan bastante complacidos,
con su infantil y candorosa compañía,
mediante la cual estaremos más unidos.*

*Igual sentimiento experimentan
muchos otros adorables miembros
de esta gran familia tropical,
lo cual, indudablemente, compromete
nuestro más profundo afecto,
a la par, que nuestra buena voluntad.*

*Abrigamos, con firmeza, la esperanza
de que, merced a las gestiones de Julieta
en el contexto de un futuro no lejano,
México, su gran país, conquistará,
aplicando un criterio recto y sano,
mejores condiciones de paz y de bonanza.*

*Y tenemos la certeza plena,
de que ella también trabajará
por el bienestar y el progreso de Colombia,
la tierra natal de su mamá.*

*Sin omitir en su misión,
planes orientados a la buena educación
de nuestros dos pueblos hermanos.
Incluyendo, claro está, programas ecológicos,
buscando lograr
un planeta limpio y sano.*

*Que esta niña vivaz e inteligente,
represente con orgullo y gran conciencia,
durante una larga y próspera existencia,
las virtudes de las dos naciones.*

*Es este un gran deseo
que formulan sus abuelos colombianos,
quienes, afectuosamente, le auguran,
en aras de un próspero vivir,
muchos éxitos en todas sus acciones
y, en resumen, un feliz y brillante porvenir.*

OMAR GIRALDO GIRALDO
Bogotá, D.C. 19 de julio de 2019.

UN MES CON JULIETICA

*Durante un mes completo,
Julieta, nuestra bella nietecita,
estuvo conmigo y con Rosita,
haciéndonos grata compañía.*

*Durante este breve lapso,
nos distrajo en forma permanente,
porque todo el día
iba y venía, y, de repente,
organizaba y desorganizaba
con gracia sin igual y gran talento.*

*“Papá abue”, gritaba,
y luego me entregaba el celular,
el cual había encontrado,
quizás “abandonado”
según su criterio y su pensar.*

*“Papá abue”, repetía
y en seguida me entregaba con amor,
mi pequeño radio transistor,
pensando, tal vez, en que yo lo requería,
para escuchar ruidos y sonidos
que ella, en su inocencia, no entendía.*

*También Rosita
guarda muy buenos recuerdos
de su tierna nietecita,
pues solía distraerla diariamente
con sus graciosas pilatunas,
las cuales realizaba
en ausencia, o en presencia de la gente.*

*“Mamá abue”, le decía
y luego le entregaba,
con gran satisfacción,
el control remoto del hogar,
para que ella viera,
con entusiasmo y emoción,
la tele nacional.*

*Y en otras ocasiones,
nos deleitaba a todos
con sus magníficas acciones
relativas al cuidado y al aseo
de sus múltiples “bebés”,
a los cuales alimentaba con esmero.
Y también los llevaba de paseo.*

*Desafortunadamente, un día cualquiera,
Julietica debió regresar
a la tierra gentil de los mariachis,
dejándonos, así, en un ambiente
de gran nostalgia familiar.*

*Pero ella nos recuerda con cariño,
al igual que María Elena,
quien ostenta el noble rango
de abnegada y solícita mamá,
y Adrián López García, su papá,
un vigoroso caballero mexicano
que ama profundamente a su pequeña.*

*Y tenemos la certeza plena,
de que más adelante,
los tres regresarán
del gran país hermano,*

*con el fin de acompañarnos,
en suelo colombiano.
Es decir, en el ambiente nacional,
como lo hicieron ya,
en ciudades y campiñas,
del gran panorama tropical.*

Bogotá, D.C. Enero 19 de 2020
OMAR GIRALDO GIRALDO

PINOCHO

Una bella canción infantil dedicada a
Julietica, por sus abuelitos Omar y Rosita

Cumpleaños No. 3

Esta pieza musical fue cantada por su abuelito Omar Giraldo, con sus alumnos de primaria, en Colombia, pues ejerció la docencia dentro del sector oficial de este país, durante muchos años del Siglo XX. Según fuentes confiables, su autor es el cantante argentino-español Luis María Aguilera Picca (1936-2009), llamado Luis Aguilé en el mundo artístico. Dice así esta tierna obra, cuya música se encuentra en Internet.

Hasta el viejo Hospital de los Muñecos
llegó el pobre Pinocho malherido.
Un cruel espantapájaros bandido,
lo sorprendió dormido y lo atacó.

Llegó con su nariz hecha pedazos,
una pierna en tres partes astillada,
una lesión profunda y delicada,
y el Médico de turno lo asistió.

A un viejo cirujano llamaron con urgencia
y con su vieja ciencia pronto lo remendó;
pero dijo a los otros muñecos internados:
Todo esto será en vano, le falta el corazón.

El caso es que Pinocho estaba grave,
y en sí de su desmayo no volvía,
y el viejo cirujano no sabía
a quien pedir prestado un corazón.

Entonces llegó el Ada Protectora.
Y viendo que Pinocho se moría,
le puso un corazón de fantasía,
y al momento Pinocho despertó (Bis).

NOTA:

Pinocho es un personaje de la literatura infantil, creado por el escritor italiano Carlos Lorenzini (1826-1890), quien se identificaba con el seudónimo de Carlos Collodi. Con base en este cuento, escrito en 1882, se realizó una película que fue estrenada en 1940, en el Central Theater de Nueva York (USA). Pequeño Larousse Ilustrado y otras fuentes.

Bogotá, D.C. Colombia, Julio 19 de 2020.

NOTA IMPORTANTE

El autor deja constancia de que el periodista mencionado en el Capítulo XVI (Bochica y algunos incidentes memorables), es el ilustre colombiano JUAN GOSSAÍN. El reportaje fue publicado en el diario El Espectador (Bogotá), el 23 de marzo de 1971, y las fuertes críticas del periodista, pertenecen a su introducción.

JUAN GOSSAÍN, oriundo de San Bernardo del Viento (Córdoba, Colombia), también se ha caracterizado como novelista, cuentista y ensayista, y goza de gran prestigio y amplio reconocimiento internacional, por su valiosa contribución a la cultura hispanoamericana.

*FUENTE: Antología de Grandes Reportajes Colombianos.
Daniel Samper Pizano. Editora Nueva Frontera Ltda.
Impresión: Editorial Retina. Bogotá, 1976.*

(O.G.G.)

AGRADECIMIENTOS

Deseo manifestar mis más sinceros sentimientos de gratitud, a las personas que me apoyaron durante el desarrollo del presente trabajo literario, no solo en materia de ideas y sugerencias, sino también, en cumplimiento del proceso editorial correspondiente.

Me estoy refiriendo, en primer lugar, a mi esposa Rosita Palacio Zamudio, y a mis hijos María Elena y Omar Felipe. Igualmente, a Jairo Andrés Beltrán, Claudia Patricia Arias, Ángel Zuluaga G., Rafael Antonio Giraldo, Jenny Paola Giraldo Loaiza, Martha Elena Sierra, Luis Carlos Sierra, y muchos otros amigos y parientes, que de una u otra forma, contribuyeron a enriquecer este largo relato existencial.

Igualmente, quiero destacar el valioso aporte de Omaira Betancur Gómez, prestigiosa y experimentada docente, quien tuvo la gentileza de honrarme con un magnífico prólogo, en el cual comenta ampliamente el contenido y el estilo de esta obra, cuyo texto he puesto a disposición de la vasta comunidad hispanohablante, esperando su amable atención con miras al sano esparcimiento, y al aumento del bagaje intelectual, en el marco de la estudiosa y compleja sociedad contemporánea.

(El Autor)

Esta obra literaria fue diagramada electrónicamente por
Jairo Andrés Beltrán Villalobos (anbilli@gmail.com), y
en la composición de textos se utilizaron las siguientes
fuentes: Futura y Palatino.

Bogotá, Colombia. (2022)

